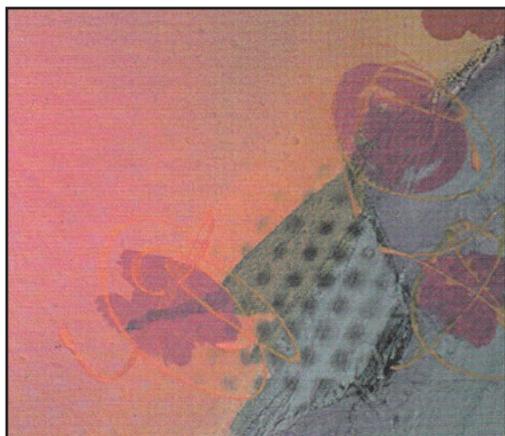


La Trinidad



Un solo Dios, tres personas

Enseñanzas de la Biblia Popular

La Trinidad

Un solo Dios, tres personas

Richard D. Balge

EDITORIAL NORTHWESTERN

Milwaukee, Wisconsin

Segunda Edición, 1998

Todas las citas bíblicas, a menos que se indique lo contrario, son tomadas de la SANTA BIBLIA, REINA VALERA 1995, EDICIÓN DE ESTUDIO. Copyright © 1995, por Sociedades Bíblicas Unidas. Usada con permiso de las SBU. Todos los derechos reservados.

La marca “Reina Valera 1995, Edición de Estudio” está registrada en la Oficina de Patentes y Marcas de los Estados Unidos por la Sociedades Bíblicas Unidas. El uso de cualquier marca requiere el permiso de las Sociedades Bíblicas Unidas.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, guardada en algún sistema de recuperación, o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado, o de otro modo excepto para una breve cita, sin permiso previo del publicador.

Tarjeta de la Librería del Congreso 96 71904
Número de Control de la Biblioteca del Congreso: 00 093125
Editorial Northwestern
© 2001 Por la Editorial Northwestern
www.nph.net
Publicado en 2001
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0 8100 1275 8

Tabla de contenido

Prefacio del editor	5
Introducción	7
1. ¿Puede ser conocido Dios?	11
2. Yo creo en Dios	21
3. El Padre y el Hijo son Dios	31
4. El Espíritu Santo es Dios	47
5. La Trinidad: Términos usados por la iglesia	57
6. La Trinidad: Tres personas	65
7. La Trinidad: Un solo Dios	77
8. Algunos errores antiguos y sus contrapartes modernas	87
9. Arrianismo	99
10. Errores anti-trinitarios modernos	109
11. Nosotros creemos: Credos y confesiones	117
Notas finales	135
Para lectura adicional	139

Índice de textos bíblicos	141
Índice temático	147

Prefacio del Editor

Enseñanzas de la Biblia Popular es una serie de libros sobre las principales enseñanzas doctrinales de la Biblia.

Siguiendo el patrón establecido con la serie La Biblia Popular, estos libros están escritos especialmente para laicos. Los términos teológicos, cuando se usan, se explican en lenguaje cotidiano para que la gente pueda entenderlos. Los autores muestran cómo la doctrina cristiana se extrae directamente de pasajes claros de la Escritura y, luego, cómo se aplican esas doctrinas a la fe y a la vida de las personas. Lo más importante es que estos libros muestran que cada enseñanza de la Escritura apunta a Cristo, nuestro único Salvador.

Los autores de Enseñanzas de la Biblia Popular son pastores de congregaciones y profesores con años de experiencia en la enseñanza de la Biblia. Son hombres de gran erudición y aporte práctico.

Aprovechamos esta oportunidad para expresar nuestra gratitud, al Profesor Leroy Dobberstein del Seminario Luterano de Wisconsin, ubicado en Mequon, Wisconsin, EEUU, y al Profesor Thomas Nass del Martin Luther College, en New Ulm, Minnesota, EEUU, por contribuir como consultores para esta serie. Sus aportes y colaboración han sido invaluable.

Pedimos que el Señor use estos tomos para ayudar a su pueblo a crecer en su fe, conocimiento, y comprensión de sus enseñanzas salvadoras, las cuales nos ha revelado en la Biblia. A Dios sea toda la gloria.

Curtis A. Jahn
Editor de la serie

Introducción

En el Convento de la Fuente en el norte de Inglaterra, los monjes medievales oyeron un sermón de su abad todos los domingos del año, excepto uno. El domingo de Trinidad no había sermón, “debido a la complejidad del tema”.

La doctrina de la Trinidad es compleja. Es un intento de decir ni más ni menos de lo que la Biblia dice acerca de Dios. No se puede probar que Dios es tres en uno, pero sí se puede demostrar que las Escrituras enseñan que él lo es. También es posible demostrar que algunas formas de expresar la verdad acerca de Dios son incorrectas. Pero no es posible probar que las palabras Trinidad, ser, persona, y naturaleza sean necesariamente los únicos o los mejores términos para expresar las verdades escriturales acerca de Dios. Sin embargo, hasta el momento nadie ha encontrado otro lenguaje más útil.

Nosotros no podemos definir a Dios con exactitud porque la Biblia no lo define a él. Tampoco podemos comprenderlo completamente. Dios se ha revelado a sí mismo, pero no nos ha dicho la verdad sobre sí mismo en la extensión que él lo sabe. Un dios que quepa en mi inteligencia sería más pequeño de lo que yo soy, y por lo tanto no sería Dios. Sólo podemos expresar imperfectamente la verdad concerniente a quién es Dios.

Sin embargo, nosotros podemos (aunque siempre imperfectamente) describir a Dios con base en lo que él nos dice acerca de sí mismo en la Biblia. Pero aun más importante, podemos leer acerca de lo que Dios ha hecho para salvar a cada pecador. En su Palabra escrita, nos dice lo que necesitamos saber para nuestra salvación. De las Escrituras

podemos empezar a entender lo que ha hecho, lo que está haciendo y lo que hará por nosotros.

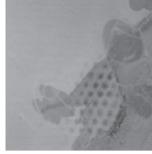
Sólo al contar la historia de la redención del mundo, la Biblia nos dice que Dios es uno y que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. No podemos entender esto en términos de aritmética. Simplemente debemos poner todas las matemáticas a un lado y oír lo que Dios dice acerca de sí mismo en la Escritura. Debemos usar nuestra razón para tratar de entender lo que la Escritura dice, pero no para decidir si lo que la Escritura dice es razonable o cierta.

La doctrina de la Trinidad está inseparablemente ligada a la verdad que Jesucristo es nuestro divino Salvador. Por lo tanto, es una doctrina práctica, y no una enseñanza marginal en el “borde” de lo que es importante para nuestra fe. Friedrich Schleiermacher (1768-1834) ha sido llamado “el padre de la teología moderna” y “el fundador de la teología protestante moderna”. En su libro de teología sistemática, *La fe cristiana*, este racionalista alemán sólo trató la doctrina de la Trinidad en un simple apéndice. Dado que no creía que Cristo es el Dios eterno que se hizo completamente humano por amor a nosotros, y porque él consideró al Espíritu Santo simplemente como el “espíritu común”¹ de la iglesia, él no sabía qué hacer con la doctrina de la Trinidad. Desde Schleiermacher, la “teología moderna” generalmente ha desechado la doctrina como falsa, anticuada o irrelevante. No es sorprendente que la “teología moderna” también ha desechado las enseñanzas de la Biblia sobre la encarnación de Cristo y su expiación del pecado. Como veremos, esas doctrinas están inseparablemente conectadas con la doctrina de la Trinidad.

En este libro responderemos las preguntas “¿Dios puede ser conocido?” y “¿Cómo puede ser conocido Dios?” Luego veremos lo que la Biblia enseña acerca de Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. Seguiremos la huella de la historia, de cómo los maestros de la iglesia primitiva

intentaron plasmar estas verdades en palabras. Veremos que aun los cristianos creyentes en la Biblia, de alguna inteligencia considerable, tenían gran dificultad para encontrar conceptos y un lenguaje apropiado. Veremos que algunos de los más recientes teólogos, que escriben y hablan de esta doctrina, simplemente han revivido y reactivado antiguos errores. Con sentimiento y dolor, mostraremos las maneras en las que varios religiosos niegan y se oponen a las enseñanzas de la Biblia y de cómo algunas sectas cristianas han incurrido en errores al referirse a la doctrina de la Trinidad. Finalmente, veremos cómo los grandes credos trinitarios llegaron a existir, y los examinaremos brevemente.

Como resultado de nuestro estudio, esperamos que sean llevados más cerca al verdadero Dios, para que podamos “temer y amar a Dios y confiar en él sobre todas las cosas” (Catecismo Menor de Lutero).



1

¿Puede ser conocido Dios?

Únicamente Dios realmente conoce a Dios. Nadie tiene información de testigos oculares que puede ofrecer relacionada con él. Él “habita en luz inaccesible”, que “ninguno de los hombres ha visto ni puede ver” (1 Timoteo 6:16). El filósofo sabio no tiene ventaja sobre una persona común en este asunto. “Porque ¿quién de entre los hombres conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1 Corintios 2:11). Así como usted y yo no podemos conocer los pensamientos más íntimos de otros (¡con frecuencia no conocemos nuestros propios pensamientos!), tampoco podemos, con nuestra inteligencia humana limitada, conocer los pensamientos de Dios o comprender quién es él realmente.

Revelado en naturaleza

La Biblia no fue escrita para probar que hay Dios. En sus primeras palabras, la Biblia da por sentado su existencia y su actividad: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). No hay discusión de si hay un Dios o cómo es Dios. El autor simplemente hace a Dios el tema de la primera frase y comienza a hablar acerca de lo que Dios ha hecho. La Biblia puede hacer eso porque Dios se ha revelado a sí mismo en el mundo natural y en la naturaleza interior de los seres humanos.

Aunque él no ha revelado su ser esencial ni todos sus pensamientos, Dios se ha hecho conocido en naturaleza y continúa haciéndolo. Aunque es cierto que él no puede ser confinado en un tubo de ensayo o examinado bajo un microscopio, Dios sí ha revelado mucho de lo que él es, lo que ha hecho y lo que está haciendo. Se ha revelado a sí mismo como el Creador y el Juez en lo que llamamos ley natural, en la conciencia humana y en la historia. No obstante, no se ha revelado a sí mismo en naturaleza como el Salvador.

La creación

Pablo escribe en Romanos 1:19,20: “Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto [a los gentiles, o paganos], pues Dios se lo manifestó: Lo invisible de él, su eterno poder y su deidad, se hace claramente visible desde la creación del mundo y se puede discernir por medio de las cosas hechas. Por lo tanto, no tienen excusa.” Desde el primer día de la creación, la inmensidad del universo, las maravillas del cuerpo y la mente humana, y la infinita variedad de naturaleza han clamado: “¡Dios nos hizo!” David declara en el Salmo 19:1: “Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos”.

El mundo que podemos ver, que nos llena con maravilla, testifica que sólo un eterno, poderoso, sabio y divino ser

puede ser responsable por este asombroso mundo. “No llegó a ser por sí mismo”, ha sido siempre la reacción instintiva del hombre, aunque sabemos que este conocimiento natural puede ser suprimido por el incesante latido de la teoría evolucionista atea.

Lo que Dios revela sobre él mismo en la creación no depende de la intuición, ni de genios, ni aun del estudio perpetuo de la ciencia. Sin la ayuda de filósofos o científicos, la gente común reconoce que debe haber un poder detrás del modo en que este mundo se creó y es preservado. Muchos que entienden las matemáticas y las ciencias avanzadas se maravillan de toda la evidencia de un diseñador en naturaleza. Las tribus más primitivas sienten la presencia de un poder divino. Dios “no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones” (Hechos 14:17). Sabiendo que hay un dios, pero no sabiendo quién es él, ellos adoran dioses hechos por los hombres o espíritus de criaturas, con la esperanza de ganar su favor o de aplacar su ira. Es realmente mucho más natural creer en la existencia de Dios que no creer.

La ley natural

Antes que Adán y Eva pecaran, ellos habían obedecido perfectamente la ley de Dios. Debido a que su caída en el pecado afectó a todos los seres humanos que alguna vez nacería, nuestro conocimiento del bien y del mal es borroso e imperfecto. Aun cuando los seres humanos son por naturaleza completamente corruptos por el pecado, incluso los paganos “conocen el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte” (Romanos 1:32). “Tales cosas” son enumeradas en el catálogo de los pecados contra Dios y contra nuestros prójimos que Pablo proporciona en Romanos 1:18-31. Ese catálogo incluye la vulgar idolatría, la

homosexualidad, el asesinato y pecados menos espectaculares que no siempre son reconocidos o admitidos como pecados, tales como la envidia, el chisme, la arrogante jactancia y la desobediencia a los padres.

¿Cómo saben los pecadores sobre “el juicio de Dios” (Romanos 1:32)? En Romanos 2:14,15, Pablo habla de la ley de Dios escrita en los corazones de aquellos que no conocen los Diez Mandamientos: “Cuando los gentiles que no tienen la Ley hacen por naturaleza lo que es de la Ley, estos, aunque no tengan la Ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la Ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia y acusándolos o defendiéndolos sus razonamientos”. El apóstol no está diciendo que los paganos (gentiles) guardan la ley a satisfacción de Dios. Sin embargo, ellos están haciendo algunas de las cosas requeridas por la ley. Debemos decir que ellos tienen algún conocimiento que es malo deshonrar a los padres, asesinar, tomar la mujer de su vecino, robar, o dañar la reputación de otra persona. La corrupción natural del pecado y muchas generaciones de pecadores han borrado esta ley escrita en los corazones de la gente. Sin embargo, aún existe ese conocimiento de la ley en nuestro corazón y da testimonio que tenemos que responder a nuestro Hacedor por cómo vivimos. Se puede borrar, al menos en parte, ese conocimiento de la ley por el lavado de cerebro de profesores incrédulos o la literatura atea. No obstante, a menos que sean realmente perversos, ellos se dan cuenta que son responsables ante Dios, el dador del don de la vida.

La conciencia

Según Pablo, los gentiles, quienes no tienen la ley escrita, pero tienen la ley escrita en sus corazones, también tienen conciencia: “Dando testimonio su conciencia y acusándolos o defendiéndolos sus razonamientos” (Romanos 2:15). La conciencia es la “voz interior” dada por Dios a cada ser

humano que le recuerda a los pecadores sobre lo que es moral y lo que es inmoral. La conciencia testifica la rectitud o maldad de lo que hemos hecho. La conciencia acusa correctamente al infractor, y defiende a la persona que hace lo que es correcto. A menos que sea ahogada, cauterizada o completamente torcida, la conciencia existe para decirle aun a los no cristianos que el bien es bien y el mal es mal.

La historia

Dios también ha revelado su presencia que preserva y gobierna la historia del mundo, aun en la vida de los individuos. Desde el día en que él habló la palabra de bendición a Adán y Eva: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla; ejerced potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (Génesis 1:28), hasta el día de hoy, Dios ha dirigido y controlado el destino de las naciones. Él ha determinado cuánto tiempo perdurará cada civilización. Él ha establecido los límites de cada nación e imperio. “De una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos y los límites de su habitación” (Hechos 17:26). Imperios se levantan y caen de acuerdo a su voluntad. Él ordena el curso de civilizaciones y culturas, la geografía e historia de naciones. Por lo general no podemos interpretar sus actos (especialmente cuando están en progreso) o explicar por qué él hace lo que hace, pero la historia ha demostrado una y otra vez que él está a cargo.

El propósito de la revelación de Dios en naturaleza

¿Con qué propósito Dios se revela a él mismo en la naturaleza y en el testimonio de la conciencia de la ley natural? Como vemos en el discurso de Pablo antes de la asamblea de Areópago (colina de Marte) en Atenas, él

pretendía que la gente buscara al Dios verdadero: “Para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarlo, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros” (Hechos 17:27). Nuestra propia existencia y los recursos para vivir que Dios provee, nos deben urgir a buscar al dador de todos los buenos dones. Dios demostró su poder e inteligencia en la creación y en la historia de naciones, de tal forma que la gente pudiera darse cuenta que un ser poderoso e inteligente está encargado del universo. Según la intención de Dios, esto debería hacerlos buscarlo a él, y tratar de encontrarlo. La gente que dedicó un altar “al dios no conocido” en Atenas (Hechos 17:23), estaban buscando, pero aún no lo habían encontrado.

La revelación de Dios en la naturaleza deja a los pecadores sin “excusa” (Romanos 1:20). Aun más importante, provee puntos de contacto para la revelación de Dios en su Hijo, Jesucristo, por el evangelio que Dios ha revelado en la Biblia.

La locura del ateísmo

Si Dios ha revelado su poder creando el universo, su bondad al preservarlo y su sabiduría al gobernarlo, ¿cómo puede alguien negar que él exista? ¿Cómo puede decir un astrólogo incrédulo: “Los cielos no declaran la gloria de Dios, y el firmamento no muestra la obra de sus manos”? Sólo al negar obstinadamente la evidencia, ellos suprimen la verdad por su maldad (Romanos 1:18). No es inteligencia, sino maldad que hace que la gente niegue y desobedezca a Dios. La gente no puede usar como excusa que no conoce acerca de la existencia de Dios. Los ateos no son ateos por naturaleza, sino porque rechazan el testimonio de la naturaleza. Ellos no niegan a Dios porque son más inteligentes de lo que otra gente es, sino por su propia corrupción. “Dice el necio en su corazón: ‘No hay Dios’. Se han corrompido, hacen obras despreciables, no hay quien haga lo bueno” (Salmo 14:1).

Teorías ateas de la evolución han llevado a mucha gente a negar la naturaleza del testimonio de Dios. Un escritor cristiano hace la siguiente observación:

En su libro, *El origen del hombre*, Darwin dejó claro que él no creía que la conciencia o el juicio moral vinieran de Dios. . . Darwin negó que el hombre tenga instintivamente la creencia en Dios. . . No nos debe sorprender que los seguidores de Darwin llevaran sus enseñanzas a sus inevitables conclusiones. Si la evolución fuera verdad, no habría necesidad de un todopoderoso y omnisciente Dios, no habría necesidad de un Creador sobrenatural. Y si no hubiera Dios, no habría un Ser sobrenatural al cual deberíamos responder. No habría un bien o mal absoluto, ya que las normas morales también serían un resultado de la evolución, cambiante y flexible. El pecado sería una idea de la cual el hombre debe ser liberado. El mismo Salvador sería innecesario. El hombre no tendría otro propósito en la tierra que vivir para sí mismo y por su propia gloria. A pesar del sombrío panorama descrito aquí, hoy la mayoría de la gente acepta la teoría de la evolución como un relato cierto del origen del hombre.²

La trampa del orgullo pecaminoso

Seguidores de muchas religiones del mundo, aun aquellos que profesan creer en un solo dios, buscan ganar la aceptación del favor de Dios a través de lo que hacen y de cómo viven. Aquí estamos pensando en las religiones basadas en obras como el judaísmo y el islam en particular. Ambos insisten en que Dios es uno, pero ambos dependen de sus propios actos para ganar el favor de Dios. El número de musulmanes (seguidores del islam, que adoran a Alá) está creciendo rápidamente en Norteamérica. Los budistas veneran al Señor Buda, pero no creen en un dios personal. El budismo, especialmente el budismo zen, aumenta su influencia en el mundo occidental.

Los seguidores del Movimiento de la Nueva Era citan la Biblia cuando se adapta a sus propósitos, pero rechazan al Dios de la Biblia, y hacen énfasis en su supuesta divinidad innata.

Es necesario más que el conocimiento natural

El conocimiento natural de Dios no capacita a nadie a hacer lo que le agrada a Dios. La ley escrita en los corazones humanos hace posible que familias, comunidades y civilizaciones funcionen ordenadamente y de una manera relativamente pacífica. El conocimiento natural de Dios, sin embargo, no hace que la gente ame a Dios ni permite que guarde su ley. Por un lado, los pecadores pueden suprimir la ley de Dios y la conciencia con el fin de hacer simplemente lo que quieren hacer. Su naturaleza pecadora los puede hacer declararse en contra de Dios y su voluntad. Por otro lado, los pecadores pueden conformarse de una manera superficial con la regla de oro, pero sin amar a Dios o creer en él.

Aun más importante es que el conocimiento natural de Dios no le muestra a la gente su Salvador. Deja a las personas en su estado natural bajo la ira de Dios: “La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad” (Romanos 1:18). Los hace sujetos al “juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte” (Romanos 1:32). Por falta del temor y el amor a Dios en sus corazones, “no solo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican” (Romanos 1:32).

Dios revelado en su Hijo, Jesucristo

Juan el evangelista escribe: “A Dios nadie lo ha visto jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer” (Juan 1:18). Jesús, el Verbo de Dios que se hizo carne (Juan 1:14), ha hecho conocido a Dios. La

palabra griega traducida en Juan 1:18 como “lo ha dado a conocer” también puede ser traducida como “lo ha interpretado”, “lo ha explicado”, o “lo ha descrito”. Lo que debemos saber acerca de Dios, lo sabemos en y de su Hijo Jesucristo.

Jesús dijo: “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mateo 11:27). Lo que aun Moisés, quien vio sólo la espalda de Dios (Éxodo 33:18-23), no lo pudo hacer, el Hijo de Dios lo ha hecho. Jesús ha visto, ha conocido y ha revelado al Padre. Como Hijo de Dios, Jesús es testigo de todas las intenciones del Padre con la raza humana. Como verdadero hombre, él habla en un lenguaje que podemos entender cuando nos dice cuáles son esas intenciones.

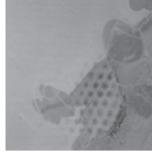
Dios revelado en la Escritura

El Dios verdadero es conocido en Jesucristo. Todo lo que nosotros podemos saber acerca de Jesucristo, lo conocemos de la Biblia. La revelación de Dios en su Hijo y la revelación de Dios en la Escritura no son independientes o diferentes una de la otra. Cristo es el enfoque y la esencia de la Escritura la cual da testimonio de él. A todos aquellos que desafiaron su reclamo de ser el Hijo de Dios y su autoridad de enseñar como él lo hizo, Jesús les dijo: “Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí, porque si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él” (Juan 5:39,46). Las profecías, las promesas, las ceremonias y sacrificios, de hecho, toda la historia del Antiguo Testamento, testifica acerca de Cristo. Su concepción y nacimiento, su vida de servicio, su muerte y resurrección fueron todas predichas y anunciadas en el Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento fue escrito para dar testimonio de él y de lo que hizo: “Pero

estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:31).

La Biblia no responde todas las preguntas serias ni satisface toda la curiosidad que podríamos tener. Sin embargo, nos hace sabios para la salvación y nos prepara para servir a Dios nuestro Salvador. Así como Pablo escribió a Timoteo: “Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:15-17). Por cierto, “el hombre de Dios” no se refiere al pastor, sino al cristiano. La Escritura prepara a cada cristiano “para toda buena obra”.

Las Sagradas Escrituras son la única fuente fiable, de la cual podemos aprender quién es Dios, qué hace y qué tiene en mente para nosotros. En algunos círculos está de moda decir: “Yo creo en Cristo, no en la Biblia. Mi fe está puesta en el Salvador, no en un libro.” Está de moda, pero es engañoso. ¿Cómo puede alguien creer en Jesús sin creer en la única fuente auténtica y fiable de conocimiento acerca de él? Por otro lado, ¿qué esperanza y consuelo nos daría la Escritura si no fuera por el mensaje de Cristo, el Salvador?



2

Yo Creo en Dios

El nombre de Dios

En Romanos 10:13,14, Pablo escribe: “Todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?” No podemos confiar en un ser humano del que sólo sabemos que existe, pero del que no sabemos nada más. Por esa misma razón, no podríamos confiar en un dios que no conocemos, si sólo supiéramos de su existencia. Gracias a Dios, él se nos revela, diciéndonos su nombre. Su nombre nos dice cómo es él, qué ha hecho y qué está haciendo. En los términos de Pablo, en Romanos 10:13,14, alguien nos ha predicado su nombre de tal forma que pudiéramos oír. Ese mensaje nos ha permitido creer en él, y por lo tanto ser salvos.

En el párrafo anterior, encontramos que Pablo llama a Dios “el Señor” (Romanos 10:13). La Biblia también se refiere a él

como “el Padre” y “el Todopoderoso”. Dios es conocido con otros nombres apropiados en la Escritura. El nombre de Dios significa quién es él, lo que hace y lo que quiere que nosotros sepamos acerca de él. Él hace esto por medio de Jesús, el Verbo que se hizo carne. Él también lo hace en su Palabra escrita, la Biblia. En el aposento alto, la noche antes de su crucifixión, Jesús oró a su Padre por sus discípulos. Él dijo: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. Porque las palabras que me diste les he dado; y ellos las recibieron y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste” (Juan 17:3,6,8). Dios nos dice su nombre, de tal forma que a través de él podemos ser salvos: “Esta es la vida eterna” (versículo 3).

Dios nos dice su nombre y su significado en el libro de Éxodo. Desde la zarza ardiente en el desierto: “Respondió Dios a Moisés: ‘Yo soy el que soy’. Y añadió: ‘Así dirás a los hijos de Israel: ‘Yo soy’ me envió a vosotros’” (Éxodo 3:14). Dios es un ser personal que habla y actúa. Él no es un simple poder impersonal en naturaleza. Él no es “la fuerza” de la película, La Guerra de las Galaxias. Sin comienzo y sin fin, DIOS ES. Hubo un tiempo en el que usted y yo (y el mundo entero) no existió. A menos que Jesús regrese antes que muramos, nos será dicho: “Ellos fueron”. Sin embargo, Dios es, sin comienzo y sin fin, constante e invariable. Yahveh (escrito como Jehová en las traducciones de Reina-Valera de la Biblia), el nombre especial de Dios en el Antiguo Testamento, está basado en la palabra hebrea para “Yo soy” de Éxodo 3:14. En la Nueva Versión Internacional de la Biblia, este nombre es traducido como “SEÑOR” escrito en mayúsculas. Ese nombre siempre nos recuerda que él es el Dios de la gracia gratuita y fiel, que cumple sus promesas. Él

no fue elegido, y no puede ser demandado ni destituido. Él simplemente es.

Después de que Dios liberó a los israelitas de Egipto, después que les dio la ley en el monte Sinaí, después que Moisés rogó al Señor que tuviera misericordia con la gente que adoraba el becerro de oro, Dios se le apareció a Moisés de nuevo, proclamando su nombre: “Descendió Jehová en la nube y permaneció allí junto a él; y él proclamó el nombre de Jehová. Jehová pasó por delante de él y exclamó: ‘¡Jehová! ¡Jehová! Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que castiga la maldad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (Éxodo 34:5-7).

Se puede decir que Dios predicó un sermón completo con esas palabras, con las amenazas de la ley y la misericordiosa promesa del evangelio. Él declaró que es fiel en su compasión, gracia, paciencia, y perdón. Él también es fiel a él mismo, a su propio carácter, castigando a aquellos que lo desprecian y desobedecen sus mandamientos: “De ningún modo tendrá por inocente al malvado”.

Más adelante en la historia de Israel, dijo: “Porque yo, Jehová, no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos” (Malaquías 3:6). Su propio nombre lo diferencia de cualquier dios que los humanos podrían tener de moda o podrían imaginar. Aún él nos revela su nombre y, por lo tanto, se nos revela a él mismo, a través de la predicación de la ley y el evangelio.

Es de gran significado que el nombre “Jehová” en el hebreo original del Antiguo Testamento siempre es traducido como *kyrios* en la traducción griega del Antiguo Testamento. En el Nuevo Testamento griego, la palabra *kyrios* (que significa

“Señor”) es usada para referirse a Jesús más de 150 veces. En Romanos capítulo 10 Pablo compara el confesar que Jesús es Señor con el invocar a Yahveh en el Antiguo Testamento. En el versículo 9 escribe: “Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo”. En el versículo 13, Pablo cita las primeras palabras de Joel 2:32: “Todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo”. De ese modo, él identifica a Jesús en el Nuevo Testamento con el Yahveh del Antiguo Testamento.

Los atributos de Dios

La Biblia no define a Dios. Dios no nos ha revelado su ser absoluto ni su esencia. Sin embargo, la Biblia sí revela los atributos de Dios (sus características), y por estos, lo conocemos a él. Nosotros aprendemos quién es él, al conocer cómo él es. Nosotros no podemos comprender la esencia de Dios, por lo cual se revela a sí mismo por medio de sus atributos en palabras que podemos entender. Generalmente hacemos una distinción entre los atributos y la esencia de una cosa. Sin embargo, en el caso de Dios, sus atributos describen su misma esencia (ser). Por ejemplo, no es sólo un atributo de Dios que él ama, sino que “Dios es amor” (1 Juan 4:8).

Muchos de los atributos de Dios, especialmente su justicia, simplemente nos aterrorizarían y atormentarían si no fuera por su atributo de gracia. Él está en todos lados; los pecadores no se pueden esconder de él. Él conoce todas las cosas; los pecadores no lo pueden engañar. Él es todopoderoso; los pecadores no pueden escapar de su ira. Él es santo; nosotros no lo somos. Estos son mensajes de la ley que nos advierten y nos aterrorizan.

Sin embargo, el mensaje central de la Biblia es que Dios, por los méritos de Cristo, ha perdonado a todos los pecadores. Para un creyente que goza del perdón de pecados en Cristo,

estos mismos atributos dan consuelo por medio del evangelio. Debido a que Dios es omnipresente, nosotros nunca estaremos fuera de su cuidado amoroso. Debido a que Dios es todopoderoso, él puede vencer a todos nuestros enemigos.

En este momento, miremos brevemente algunos de los atributos de Dios. Veremos luego que estas características no sólo describen al Padre, sino también al Hijo y al Espíritu Santo. Si el Hijo y el Espíritu Santo tienen los mismos atributos del Padre, también tienen la misma esencia divina (ser) que el Padre. El conocer estos atributos afecta nuestra fe y vida. Lo que nosotros sabemos y creemos acerca de Dios hace una diferencia en tiempo actual, así como para la eternidad.

El Dios de la gracia y la fidelidad es eterno, sin comienzo y sin fin, completamente independiente del tiempo. En su bendición de despedida a Israel, Moisés le aseguro al pueblo que: “El eterno Dios es tu refugio y sus brazos eternos son tu apoyo” (Deuteronomio 33:27). Mientras Dios te conserva y te protege a ti, a mí y a todas sus criaturas, mientras escucha las oraciones de todos sus hijos, él nunca está presionado de tiempo. El reloj y el calendario nunca lo limitan en lo que él puede hacer. Para él, siempre es ahora, y no necesita dejar nada para más tarde. “He aquí, ya se cumplieron las cosas primeras y yo anuncio cosas nuevas; antes que salgan a luz, yo os las haré saber” (Isaías 42:9). El Dios eterno nunca morirá ni nos dejará a nuestra propia suerte en el universo; nunca se jubila ni nos dejará buscando un reemplazo; nunca se cansa ni nos dejará solos.

Dios es omnipresente, está en todo lado a la vez. Cuando somos tentados, nosotros algunas veces necesitamos el recordatorio de que no hay ningún lugar en el que Dios no esté: “¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos donde yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?” (Jeremías 23:24).

En el día de tribulación, es bueno saber que Dios es omnipotente, es decir, todopoderoso: “Abram tenía noventa y nueve años de edad cuando se le apareció Jehová y le dijo: ‘Yo soy el Dios Todopoderoso. Anda delante de mí y sé perfecto’” (Génesis 17:1). Abram fue duramente presionado, y necesitaba restaurar su confianza. Casi 25 años habían pasado desde que Dios le había prometido a Abram que tendría un hijo, y que de los descendientes de ese hijo vendría el Salvador del mundo. Para ese entonces, Abram tenía 99 años, y Sarai, su esposa, era sólo 10 años más joven que él. Humanamente hablando, no había posibilidad de que alguna vez tuvieran un hijo. Con el anuncio “Yo soy el Dios Todopoderoso”, el Señor le estaba recordando a Abram que las leyes de la naturaleza no restringen a su gobernante. Dios es poderoso para preservar y proteger, para hacer que todo en su creación cumpla sus propósitos de gracia. Dios demostraría eso en la vida de Abram con el nacimiento de su hijo Isaac.

Si alguna vez llegamos a pensar que nuestros pecados secretos son desconocidos para Dios, nos despierta a la realidad el hecho que Dios conoce todas las cosas. Él es omnisciente, así como lo confesó Salomón en su oración en la dedicación del templo: “Tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, perdonarás y actuarás; darás a cada uno, cuyo corazón tú conoces, conforme a sus caminos (porque solo tú conoces el corazón de todos los hijos de los hombres)” (1 Reyes 8:39). Sin embargo, estas palabras también son un consuelo, así como también son una advertencia, ¿no es así? Como creyentes, estamos alegres porque nuestro Dios amoroso conoce todo acerca de nuestras dificultades y angustias.

Dios es santo. Él dijo a Moisés: “Habla a toda la congregación de los hijos de Israel y diles: ‘Santos seréis, porque santo soy yo, Jehová, vuestro Dios’” (Levítico 19:2). Dios es justo, perfecto en sus obras, así como fiel: “Él es la

Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectos. Es un Dios de verdad y no hay maldad en él; es justo y recto” (Deuteronomio 32:4).

Dios es compasivo: “Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras” (Salmo 145:9).

Dios es amor. Él provee para las necesidades de todos, ya sea que lo amen a él o no: “Hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos” (Mateo 5:45). La expresión más grande de su amor fue la de llevar a cabo la salvación de los pecados. Pablo escribió en Romanos: “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (5:8). Dios no nos ama porque nosotros o nuestras obras sean dignos de amor, ni porque lo amemos a él. Él nos ama porque el es amor. Juan escribe: “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros: en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:9,10). No podría haber mayor demostración de que Dios es amor. Juan agrega en el versículo 11: “Amados, si Dios así nos ha amado, también debemos amarnos unos a otros”.

Yo creo significa “yo confío”

La fe es más que creer que Dios existe. Santiago escribe: “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan” (Santiago 2:19). Es posible saber y decir todas las cosas correctas acerca de Dios y aun así no creer en él, en el sentido bíblico. Yo creo en Dios, significa más que: “Conozco su nombre y sus atributos”. Yo creo en Dios significa: “Confío en Dios y en su Palabra”. Creer es confiar, contar con, basar todo en lo que (¡en quien!) yo creo. Creer en el único Hijo de Dios no significa amar a mi vecino como a mí mismo. Yo no he logrado eso. Creer no es experimentar la

“luz interior”, sentir algo como un choque eléctrico o tomar una decisión por Cristo. Tampoco es simplemente afirmar un dogma. Al contrario, creer es contar con Jesucristo, quien fue obediente en vida y muerte como el sustituto de cada ser humano, a quien Dios levantó de los muertos como el comienzo de una gran cosecha de gente que será levantada a la vida eterna.

Estrictamente hablando, no es la fe la que nos salva, sino el Salvador. No es la fe la que justifica, sino Dios. La fe solamente confirma que él lo ha hecho. En ese sentido, somos justificados por medio de la fe. Sin la cruz, sin el sepulcro vacío, sin la obediente vida y muerte de Cristo por nosotros, la fe no tendría fundamento. Cuando un salvavidas lanza un flotador a una persona que se está ahogando, esa persona no se concentra en la fuerza de su agarre, sino en el flotador. Por lo tanto, la fe no se examina a sí misma ni se mide a sí misma ni confía en sí misma. Se concentra en Cristo, quien es fuerte para salvar. No pregunte: “¿Tengo fe?”, sino “¿Tengo un Salvador?” La respuesta a la primera pregunta es sí cuando sabemos que la respuesta a la segunda pregunta es sí.

A este respecto, Martín Lutero dice: “Aun si me fe fuera débil, todavía tengo el mismo tesoro y el mismo Cristo que otros tienen. No hay diferencia.”³

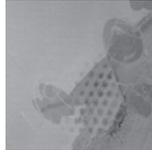
Abraham es recordado como el “padre de todos los creyentes” (Romanos 4:11). Cuando tenía casi cien años, cuando su esposa Sara tenía ya mucha más edad como para tener hijos, Jesús renovó su promesa de un hijo y muchos descendientes para Abram: “No te llamarás más Abram, sino que tu nombre será Abraham, porque te he puesto por padre de muchedumbre de gentes” (Génesis 17:5). Humanamente hablando, parecía que tal promesa no podría ser cumplida. ¿Por qué Dios no habría cumplido su promesa años atrás? “Tampoco dudó [Abram], por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció por la fe, dando gloria a Dios,

plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido” (Romanos 4:20,21). La fe es confiar en las promesas de Dios, en las que se ha revelado a sí mismo como el Salvador. La fe es aceptar como fidedigna la palabra del Dios fidedigno. La fe no es simplemente decir: “Yo creo que. . .”, sino: “Yo confío en. . .”

La fe es la mano mendiga que recibe el don de la vida eterna. No es algo que nosotros producimos o generamos. Es el don de Dios. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8,9). Por la gracia de Dios y por medio de la fe, hemos sido salvos. Como la gracia, la fe es el don de Dios. La fe no es la decisión auto-producida de aceptar la salvación de Dios. Así como no decidimos aceptar la vida física de nuestros padres, sino que la recibimos simplemente como un regalo, así también la vida espiritual de fe es un regalo, y no el resultado de una decisión hecha por nuestro propio poder.

Dios da fe por medio de su Palabra: “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). En última instancia, no es nuestro acto de oír, sino las palabras de Cristo que obran fe. La fe es engendrada por el Espíritu Santo: “Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios dice de Jesús: ‘¡Sea anatema!’”, como tampoco nadie puede exclamar: ‘¡Jesús es el Señor!’”, sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3).

Dios nos dio fe y perdón en el Santo Bautismo, alimenta y fortalece nuestra fe con la seguridad del perdón en la Santa Cena y continúa haciendo estas cosas diariamente a través de su Palabra.



3

El Padre y el Hijo son Dios

El Padre es Dios

Creador de todo lo que es

Que el Padre sea Dios ha sido raramente cuestionado o discutido dentro de la iglesia cristiana. Él es reconocido como el todopoderoso Hacedor de todas las cosas visibles e invisibles. Sin embargo, esto no significa que el Hijo y el Espíritu Santo no estuvieran involucrados en la creación del universo. Se hablará de la participación de ellos en el capítulo 7. No obstante, la Escritura asocia la obra de la creación particularmente con el Padre. Se habla de la creación como la obra especial o particular del Padre.

Padre de nuestro Señor Jesucristo

“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 Pedro 1:3). Cuando muchas y varias religiones hablan de Dios como el Padre, pero no reconocen a su Hijo con la misma divinidad que él, con ello deshonran tanto al Padre como al Hijo. Ellos se quedan con un dios que es un ídolo, y no Dios. Jesús dijo: “El que no honra al Hijo no honra al Padre, que lo envió” (Juan 5:23). Así como veremos en el capítulo 5, de acuerdo con su naturaleza divina, Jesucristo es el Hijo de Dios desde la eternidad y en su relación entre sí, el Padre es eternamente su Padre. Los pasajes de la Biblia que identifican a Jesucristo como el Hijo de Dios, también están afirmando que el Padre es una persona distinta del Hijo.

Parece ser que hay una excepción a la declaración hecha en la primera frase de este capítulo. Existe una gran y creciente secta conocida como la iglesia pentecostal del nombre de Jesús. Ellos creen en la unicidad de Dios, es decir, que hay una sola persona en la divinidad, no tres. Esa persona, según ellos, es Jesús. El Padre y el Espíritu Santo son sólo otros nombres para referirse a Jesús. Ellos señalan en Juan 10:30, donde Jesús dice: “El Padre y yo uno somos”. ¿No sugiere la palabra dos personas y no solamente una? Aun más importante es que el griego, como muchos otros idiomas, usa una palabra de diferentes formas para referirse al género masculino, femenino o neutro. En Juan 10:30, la palabra para uno, es neutra. Así, Jesús está diciendo: “El Padre y yo somos un solo ser; tenemos una unidad esencial”. Uno no es masculino: “El Padre y yo somos uno y la misma persona”. El mismo versículo, por cierto, puede ser usado para refutar aquellos quienes, como los testigos de Jehová, consideran al Hijo como un subordinado del Padre, como una clase de dios secundario.

Como el Credo Atanasiano lo dice: “Una es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo. Pero una sola es la divinidad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; igual es la gloria, y coeterna la majestad”.⁴

A la secta de los pentecostales del nombre de Jesús le gusta usar especialmente el texto de Isaías 9:6 como una prueba: “Porque un niño nos ha nacido, hijo nos ha sido dado, y el principado sobre su hombro. Se llamará su nombre ‘Admirable consejero’, ‘Dios fuerte’, ‘Padre eterno’, ‘Príncipe de paz’.”

Dado que se trata de una profecía relacionada con Jesús el Mesías, ellos ven la frase “Padre Eterno” y concluyen que Jesús es la misma persona que el Padre. Lo que realmente está diciendo la profecía en Isaías es que el Mesías sería un benevolente y amoroso guardián, buscando los mejores intereses de su pueblo tal como un padre humano lo hace. Jesús ejerce todo el cuidado amoroso del Dios que nos guarda y nos salva, pero él no es la primera persona de la Trinidad.

El Padre de aquellos creyentes en Jesús

El Cristo resucitado envió el siguiente mensaje a sus hermanos: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20:17). ¿Cómo fue que los hermanos de Jesús tienen a Dios como su Padre? ¿Cómo podemos dirigirnos a él con confianza como Padre? Pablo escribe: “Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús” (Gálatas 3:26). La palabra “hijos” por su puesto incluye a las hijas, a todos quienes Dios honra dirigiéndose a ellos con la misma palabra que usa para su Hijo unigénito. En contradicción a los pentecostales del nombre de Jesús, este versículo hace claridad en que hay una distinción entre Padre e Hijo; el Padre y el Hijo no son la misma persona.

Aquellos que creen en una paternidad de Dios y en una hermandad del hombre aparte de Jesús, algunas veces citan al profeta Malaquías: “¿Acaso no tenemos todos un mismo Padre? ¿No nos ha creado un mismo Dios? ¿Por qué, pues, somos desleales los unos con los otros, profanando el pacto de nuestros padres?” (Malaquías 2:10). Las personas parecen pasar por alto la tercera pregunta del profeta: “¿Por qué, pues, somos desleales los unos con los otros, profanando el pacto de nuestros padres?” Malaquías estaba reprendiendo a sus compañeros judíos por casarse con mujeres paganas. Él no estaba afirmando que esas mujeres y sus familias eran hijos de Dios. Él estaba diciendo lo contrario.

El Hijo es Dios

Es imposible discutir la doctrina de la Trinidad, sin poner particular atención a la verdad que, en Jesucristo, la segunda persona de la Trinidad llegó a ser completamente humano. De hecho, aparte de esta verdad, no sabríamos de la doctrina de la Trinidad ni estaríamos interesados en ella. Esta verdad fue el punto de discordia en las grandes controversias sobre la Trinidad del siglo cuarto. La controversia sobre la persona de Cristo, especialmente su naturaleza divina, llevó y estimuló a la iglesia a formular el Credo Apostólico, el Credo Niceno y el Credo Atanasiano. Ciertas palabras y frases en estos credos no sólo expresan verdades positivas de Cristo, sino que también identifican y rechazan errores.

Verdaderamente humano

Uno de los primeros errores sobre Jesús, fue el de negar que fuera verdaderamente humano. Varios individuos y grupos tenían una opinión “docética” de él, es decir, que ellos pensaban que Jesús sólo “pareció” (en latín, docet significa “parecer”) ser un humano de carne y hueso. Muchos de los

adherentes al docetismo consideraban el mundo material y físico de ser esencialmente malo. Ellos se negaban a creer que el puro y santo Hijo de Dios tomó un cuerpo físico. Ellos lo consideraban como una especie de fantasma. Otros, aun negaron que él realmente muriera, sugiriendo que Simón de Cirene murió en su lugar.

Los que hoy niegan la doctrina de la Trinidad, no cuestionan la humanidad de Jesús. Como ha sido usualmente el caso a lo largo de dos mil años desde que él vino a esta tierra, el problema actual es con su divinidad. Por supuesto, algunos de los que se niegan a tomar la Biblia al pie de la letra afirman que nosotros no podemos saber realmente nada de él. En ese sentido, ellos también están negando su humanidad.

Aunque no será necesario para nuestros propósitos tratar la verdadera humanidad de Cristo en gran extensión, revisemos rápidamente las pruebas de la Escritura. La Biblia claramente presenta un Jesús que es verdaderamente humano en todos los aspectos, con la excepción de uno: que no tenía pecado. “No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades” (Hebreos 4:15). Él nació de una mujer, con el fin de estar sujeto a la ley (Gálatas 4:4). Hebreos 7:26 lo describe como “santo”, es decir, no contaminado por el pecado; “inocente”, es decir, libre de toda clase de mal; “sin mancha”, es decir, no ensuciado por ninguna transgresión. Él es “apartado de los pecadores”, lo cual no quiere decir que se distancia de nuestras luchas humanas, sino que no participa en nuestras actitudes y acciones pecaminosas. El hecho que él cumplió con la ley de Dios en cada aspecto es evidente por el hecho que es “hecho más sublime que los cielos”.

Él vino al mundo como un bebé indefenso (Lucas 2:12); fue un descendiente del rey David (Romanos 1:3); se desarrolló física, mental y espiritualmente, creciendo y aprendiendo (Lucas 2:40). Además, tuvo hambre (Mateo 4:2); dormía

(Mateo 8:24); lloró (Juan 11:35); fue sobrecogido por el dolor (Mateo 26:38); y tuvo sed (Juan 19:28).

Jesucristo no sólo compartió nuestra humanidad, sino que, con el propósito de llevar a cabo su obra salvadora, incluso aceptó nuestra mortalidad. Así como lo confesamos en el Credo Apostólico: “Fue crucificado, muerto y sepultado” (ver Marcos 15:24,37,46). Él tuvo que ser humano para morir en nuestro lugar y salvarnos de las garras del diablo: “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Hebreos 2:14,15).

Martín Lutero lo dice de la siguiente manera:

Nosotros los cristianos debemos saber que, si Dios no se pone en la balanza para darle peso, nosotros, de nuestro lado, nos hundimos hasta el suelo. Lo que quiero decir es que, si no se puede decir que Dios murió por nosotros, sino que sólo un hombre, estamos perdidos; pero si la muerte de Dios y un Dios muerto se encuentran en la balanza, el lado de él baja y el nuestro sube como si fuera una balanza ligera y vacía. . . Pero él no se podría haber sentado en la balanza, si no se hubiera hecho hombre como nosotros, para que esto pudiera ser llamado el martirio de Dios, la sangre de Dios y la muerte de Dios. Pues Dios no puede morir en su propia naturaleza; pero ahora que Dios y hombre están unidos en una sola persona, es llamada muerte de Dios cuando el hombre muere quien es una substancia o una persona con Dios [énfasis agregado].⁵

Al tomar nuestra naturaleza humana y al obedecer completamente la ley de Dios, el Hijo de Dios se sometió a la muerte. Él hizo eso con un propósito especial y glorioso, el de poner fuera de servicio al diablo, “que tenía el imperio de la muerte” (Hebreos 2:14). Jesús, quien compartió nuestra humanidad, neutralizó la máxima arma del diablo al morir,

satisfaciendo la justicia de Dios y pagando el precio de nuestra liberación. El diablo todavía existe y la gente aún muere, pero la muerte ha perdido su poder para aterrorizar a quienes confiamos en el Salvador.

Verdaderamente Dios

Con el fin de tomar nuestro lugar bajo las exigencias y sanciones de la ley de Dios, para redimirnos, el Hijo de Dios se hizo hombre. Para realmente lograr esto, para liberarnos del pecado y de Satanás y para alcanzar la salvación, también necesitó ser Dios. Los mejores esfuerzos del mejor hombre nunca habrían salvado al mundo.

Cuando el Hijo de Dios se hizo plenamente humano, él no dejó de ser lo que había sido desde la eternidad: divino. Pablo exhortó a los ancianos de la iglesia de Éfeso: “Por tanto, mirad por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hechos 20:28). La expresión “su propia sangre” nos recuerda que cuando Dios se hizo hombre, él no dejó de ser Dios. Como el Dios-hombre, él no era dos personas sino una. Lo que hizo el hombre, lo hizo Dios. Cuando la sangre de Jesús fue derramada, fue derramada la sangre de Dios. Él compró la iglesia con su propia sangre. Como Atanasio de Alejandría (m. 373) recordó una y otra vez a Arrio, el hereje, y a sus seguidores, la redención es la obra de Dios. Al insistir en esto, Atanasio no estaba siendo un simple cansón o un teólogo quisquilloso, sino que estaba salvaguardando la verdad de nuestra salvación.

Obras y atributos divinos

El Nuevo Testamento dice que la segunda persona de la Trinidad realmente estaba participando en varias de las obras

divinas desde el principio, mucho antes de que apareciera como el niño de Belén. “Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho” (Juan 1:3). El increado Hijo de Dios, el Verbo eterno, tuvo un papel en la creación del universo. Sin su actividad, no habría habido universo. Pablo dice lo mismo en Colosenses 1:16: “Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él”.

El Hijo de Dios, quien estuvo presente y activo cuando todas las cosas fueron hechas, también mantiene todas las cosas juntas por su palabra poderosa: “Él. . . es el resplandor de su gloria [la de Dios el Padre], la imagen misma de su substancia y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (Hebreos 1:3). “La palabra de su poder”. trajo todas las cosas a la existencia y aún las conserva. Con su poder, “puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Filipenses 3:21).

Durante su ministerio, Jesús demostró su poder divino y sus otros atributos en muchos milagros. Él, quien creó los vientos, las olas y estableció las leyes de la naturaleza “reprendió a los vientos y al mar, y sobrevino una gran calma” (Mateo 8:26). El Señor ejerció su poder divino, enviando a una bandada de demonios a una manada de cerdos (Marcos 5:11-13).

Cuando sanó a un parálítico (Lucas 5:17-26), Jesús demostró su omnisciencia y omnipotencia divinas, así como su gracia divina:

Omnisciencia: Jesús vio la fe de los amigos del parálítico y reconoció que el problema más profundo del parálítico era la necesidad de perdón: “Al ver él la fe de ellos, le dijo: ‘Hombre, tus pecados te son perdonados’” (Lucas 5:20). Él también sabía lo que los fariseos y los maestros de la ley pensaron acerca de uno que reclamó autoridad

para el perdón de los pecados: “Entonces los escribas y los fariseos comenzaron a pensar, diciendo: ‘¿Quién es este que habla blasfemias? □ ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?’. □ Jesús entonces, conociendo los pensamientos de ellos, les preguntó: ‘¿Qué pensáis en vuestros corazones?’” (Lucas 5:21,22).

Omnipotencia: Él uso su poder para sanar al hombre: “¿Qué es más fácil, decir: ‘Tus pecados te son perdonados’, o decir: ‘Levántate y anda’? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados—dijo al paralítico—: A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa. Al instante se levantó en presencia de ellos, tomó la camilla en que estaba acostado y se fue a su casa glorificando a Dios” (Lucas 5:23-25).

Gracia divina: Lo más importante es que Jesús misericordiosamente usó su divina autoridad para perdonar los pecados.

Todo esto demostró que él es Dios.

Jesús demostró su gracia y poder divinos cuando resucitó de la muerte a la hija de Jairo (Mateo 9:18-26; Marcos 5:22-43; Lucas 8:41-56), al joven de Naín (Lucas 7:11-16), y a su querido amigo Lázaro (Juan 11:38-44). Jesús mismo “fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos” (Romanos 1:4). En el día final, “él transformará nuestro cuerpo mortal en un cuerpo glorioso semejante al suyo, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Filipenses 3:21). Él mismo resucitó, y nos resucitará a nosotros. Lo que el pecado y la muerte han dañado y corrompido, él lo cambiará en algo espléndido e inmortal.

“Asimismo, Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; y en espíritu

fue y predicó a los espíritus encarcelados” (1 Pedro 3:18,19). No para sufrir, ni para predicar el evangelio, sino para proclamar su victoria sobre Satanás, Cristo descendió al infierno (“a los espíritus encarcelados”). A todos los habitantes del infierno les declaró la noticia de su triunfo. Satanás estaba liderando una gran fiesta de victoria porque Jesús había sido crucificado, muerto y enterrado. El diablo pensó que el segundo Adán estaba derrotado y que el gran rescate de Dios por los pecadores había sido frustrado. Y es entonces, cuando aparece el Hijo de Dios, triunfante, y la fiesta en el infierno fue terminada.

Pablo expresa casi el mismo pensamiento en su carta a los Colosenses (2:15). Usando la imagen de la procesión triunfal romana, él dice que los ejércitos derrotados del infierno son públicamente avergonzados por la victoria de Cristo: “Y despojó a los principados y a las autoridades y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”. “Los principados y las autoridades” son los demonios conquistados. La cruz parecía sellar su victoria final sobre Dios, pero resultó que fue Cristo quien triunfó “sobre ellos en la cruz”.

Jesús venció las tentaciones de Satanás en el desierto, ganó muchas victorias sobre demonios en su ministerio, y dio el golpe de gracia al diablo con su muerte en la cruz. Dios confirmó eso por medio de la resurrección de Cristo. Él exaltó al Salvador, resucitándolo de entre los muertos, y a la vez, dándonos una nueva vida y esperanza: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 Pedro 1:3).

Dios es el juez final de todo ser humano. El Padre le ha encomendado este oficio divino al Hijo. Jesús dijo: “El Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo” (Juan 5:22).

Pablo escribe: “Dios juzgará por medio de Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio” (Romanos 2:16). Por lo tanto, Dios el Hijo, que también es verdadero hombre, es el juez final de todo ser humano.

Después de que Jesús había reprendido los vientos y las olas y tranquilizado la fuerte tormenta en el mar de Galilea, “los hombres, maravillados, decían: ‘¿Qué hombre es este, que aun los vientos y el mar lo obedecen?’” (Mateo 8:27). Tal vez ellos no estaban seguros de la respuesta en ese momento, pero aprendieron a confiar y a confesarlo como el Hijo del Altísimo, como Señor y Dios.

Nombres divinos

Nueve meses antes que el Salvador naciera, el ángel le dijo a María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que va a nacer será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). El título “Hijo de Dios” no le pertenece a él simplemente por su concepción y nacimiento milagrosos. El título tampoco significa simplemente que Jesús fue el Mesías. Por el contrario, habla de la relación eterna del Hijo con el Padre.

El mensajero del Señor declaró a los pastores de Belén: “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor” (Lucas 2:11). Como se señaló anteriormente, la traducción griega del Antiguo Testamento usó la palabra *kyrios* en referencia al nombre especial de Dios del Antiguo Testamento: “Jehová” o “el SEÑOR”. El Nuevo Testamento griego regularmente usa el mismo título para Jesús, refiriéndose a él como “el Señor”. Por ejemplo, Pedro escribe: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (1 Pedro 1:3). Desde la concepción de Jesús, y de acuerdo a su naturaleza humana, Dios es el Dios de Jesús. De acuerdo a la

naturaleza divina de Jesús, Jesús es el Señor. En su primera epístola, Pedro nos exhorta a creer y confesar esa misma verdad: “Santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (3:15). Como un judío devoto, Pedro nunca hubiera escrito esas cosas si no hubiera creído que Jesús era verdaderamente el Señor Dios.

Judíos piadosos nunca adorarían a un simple ser humano, pero los discípulos judíos de Jesús lo llamaban “el Hijo de Dios” y “Santo de Dios”, y él aceptó esos nombres divinos. “Entonces los que estaban en la barca se acercaron y lo adoraron, diciendo: ‘Verdaderamente eres Hijo de Dios’” (Mateo 14:33). “Respondiendo Simón Pedro, dijo: ‘Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente’” (Mateo 16:16). “Natanael exclamó: ‘¡Rabí, tú eres el Hijo de Dios! ¡Tú eres el Rey de Israel!’” (Juan 1:49). “Le respondió Simón Pedro: ‘. . . Nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente’” (Juan 6:68,69). Después de la resurrección de Jesús, “Tomás respondió y le dijo: ‘¡Señor mío y Dios mío!’” (Juan 20:28). Jesús no repudió esas confesiones como debería y como seguramente lo habría hecho si las palabras de Tomás no fueran ciertas.

Los demonios poderosos pueden conocer y tienen que reconocer que Jesús es divino. El espíritu malo que poseyó al hombre que vivía en las tumbas, “clamando a gran voz, dijo: ‘¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? ¡Te conjuro por Dios que no me atormentes!’” (Marcos 5:7).

Honor divino

El Nuevo Testamento también indica que Jesús debe ser adorado y honrado como Dios. Toda la gente debe honrar al Hijo “como honran al Padre” (Juan 5:23). Filipenses 2:9-11

dice: “Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”.

Cuando el apóstol Juan tuvo una visión de la gloria del cielo, vio multitudes que alababan a Jesús junto con el Padre. Juan vio millones de millones de ángeles cantando: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (Apocalipsis 5:12). Juan oyó un coro unido que alababa juntamente al Padre y al Hijo: “Al que está sentado en el trono y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 5:13).

Por lo tanto, si Jesús es alabado en el cielo junto con el Padre “por los siglos de los siglos”, debe ser verdadero Dios de la misma manera que el Padre.

“Toda la plenitud de la divinidad”

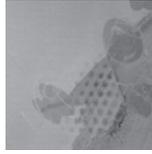
Hay gente religiosa dispuesta a admitir que había algo divino en Cristo. Algunos decían que recibió características divinas como un regalo o recompensa de Dios. Pablo dice infinitamente más que eso en Colosenses 2:9: “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad”, lo cual quiere decir: “Todo lo que Dios es, Cristo es”. El ser divino, todas las características divinas, toda la autoridad y poder de Dios reside en el hombre de Jesús. Mientras caminaba en la tierra, ocultó su deidad en su mayor parte, aunque no la dejó ni la perdió. Él nunca dejó de ser Dios. Aunque está fuera de nuestra comprensión entender esto, es lo que la Palabra de Dios enseña. El eterno se convirtió en bebé; el Creador se volvió una criatura. El Señor de vida rindió su vida. ¡Dios y hombre son una sola persona!

Cuando en Romanos 1:3 Pablo escribe que Cristo: “era del linaje de David según la carne”, sus palabras implican que Jesús tiene otra naturaleza, es decir, la divina. Eso es lo que el ángel le dijo a María cuando le anunció el nacimiento del Salvador venidero: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que va a nacer será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). Él es llamado el Hijo de Dios, porque él es el Hijo eterno de Dios.

“En el principio era el Verbo, el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad; y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre” (Juan 1:1,2,14). Juan no dice simplemente: “El Verbo era Dios”. Él no es un semidiós, una deidad parcial. Desde la eternidad, tiene la naturaleza de Dios y es esencialmente Dios.

El Verbo, quien en el principio era Dios, se hizo carne. Así como hemos visto, él se hizo completamente humano. “Habitó entre nosotros” (Juan 1:14), literalmente significa “acampó con nosotros”. Él hizo de la tierra su morada temporal, mientras lograba nuestra salvación. Él no dejó de ser Dios durante ese tiempo. No, en esta persona, la naturaleza divina y la naturaleza humana estaban y siguen estando juntas. Ese es el sentido en el que debemos entender las palabras de Jesús a Felipe. “Felipe le dijo: ‘Señor, muéstranos el Padre y nos basta’. Jesús le dijo: ‘¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?’” (Juan 14:8:9). Jesús y el Padre son uno, no sólo en el amor por el mundo, sino también son uno en deidad. Comparten un ser divino. “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad” (Colosenses 2:9). Como dice el Credo Atanasiano: “Creemos y confesamos que nuestro

Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, es Dios y hombre; Dios de la substancia del Padre, engendrado antes de los siglos; y hombre de la substancia de su madre, nacido en el tiempo”.⁶



4

El Espíritu Santo es Dios

En el Credo Niceno, la iglesia confiesa acerca del Espíritu Santo: “Que con el Padre y el Hijo juntamente es adorado y glorificado”.⁷ Él es llamado el Espíritu Santo porque es Dios y porque está completamente separado de cualquier y todo espíritu malo. El Espíritu Santo algunas veces es llamado la persona “tímida” de la Trinidad porque no llama la atención a sí mismo. Esto es porque su propósito es llamar la atención al Padre y al Hijo y no a sí mismo. Sin embargo, lo adoramos y lo glorificamos, porque sabemos de su libro que él es en realidad una persona, está identificado con Dios, tiene los atributos de Dios, hace la obra de Dios y procede del Padre y del Hijo.

Personalidad

Espíritu es la palabra castellana para la palabra hebrea del Antiguo Testamento ruach y para la palabra griega del Nuevo Testamento pneuma. Ambas palabras significan “soplo” o “viento”. Tomando la palabra literalmente, el Espíritu Santo es el “aliento” de Dios. Sin embargo, esto no significa que el Espíritu Santo es una simple cosa y no una persona. Como el “aliento” de Dios, él es, según el Credo Niceno lo expresa, “Dador de vida”.

La Escritura habla del Espíritu Santo como una persona. Las personas del pueblo de Dios del Antiguo Testamento “fueron rebeldes e hicieron enojar su santo espíritu; por lo cual se les volvió enemigo y él mismo peleó contra ellos” (Isaías 63:10).

La rebelión y el pecado afligieron al Espíritu Santo, así como las palabras de Pablo en Efesios 4:30 también lo indican: “Y no entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención”. Un sello es una marca de identificación o de propiedad. Pablo dice aquí que el Espíritu Santo nos identificará en “el día de la redención”, es decir, el día del juicio. Entonces, el Espíritu testificará que le pertenecemos a Dios, comprados con la sangre de Cristo y escogidos para la salvación eterna. Por lo tanto, somos posesión de Dios y bienvenidos al reino eterno de Dios. Seguramente, nosotros no queremos hacer enfadar o entristecer este Espíritu. Jesús dijo: “Cualquiera que diga alguna palabra contra el Hijo del hombre, será perdonado; pero el que hable contra el Espíritu Santo, no será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero” (Mateo 12:32). Nuevamente vemos que el Espíritu no es simplemente un poder o emanación de Dios. Como alguien al cual podemos ofender o contra el cual podemos pecar, el Espíritu Santo es más que la “auto-conciencia” de Dios, o (como dijo Schleiermacher) “el espíritu de la iglesia”.

El Espíritu fue el intermediario de la concepción de Jesús (Mateo 1:18). Él estuvo presente y activo en el bautismo de Cristo, apareciendo en forma de paloma, y ungiendo a Jesús para su ministerio como Mesías (Mateo 3:16). Como lo predijo Isaías: “Y reposará sobre él el espíritu de Jehová: espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová” (11:2).

El Espíritu Santo siempre está involucrado cada vez que alguien es bautizado: “[Dios] nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3:5). Sería incongruente hablar de él junto con el Padre y el Hijo en relación con el bautismo (Mateo 28:19) y la bendición apostólica (2 Corintios 13:14), si él no fuera una persona divina.

Identificado como Dios

Así como Atanasio le recordó a la iglesia que la redención es obra divina, y que, por lo tanto, Cristo el Redentor debe ser Dios verdadero, así mismo enseñó que el Espíritu Santo debe ser divino de tal forma que nos una con Cristo. Además, sólo si el Espíritu Santo es verdadero Dios, estamos justificados en adorarlo y glorificarlo junto con el Padre y el Hijo.

Recuerde cómo Pedro acusó a Ananías de deshonesto por afirmar que él y Safira no habían llevado la totalidad de las ganancias de su venta de los bienes raíces a los apóstoles para distribuir las a los pobres. “Pedro le dijo: ‘Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieras al Espíritu Santo y sustrajeras del producto de la venta de la heredad? Reteniéndola, ¿no te quedaba a ti?, y vendida, ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios’” (Hechos 5:3,4). Al mentirle al Espíritu Santo, Ananías le había mentido a Dios.

Hablando a aquellos judíos en Roma que se negaban a creer en el evangelio de Jesucristo, Pablo se remite a Isaías 6:9 e identificó al Espíritu Santo como Dios. Isaías 6:9 dice: “Anda, y dile a este pueblo: ‘Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, pero no comprendáis’”.

Cuando Pablo, en Hechos 28:25,26 usa las palabras de Isaías, el apóstol hace al Espíritu el orador: “Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres, diciendo: ‘Ve a este pueblo y diles: De oído oiréis y no entenderéis; y viendo veréis y no percibiréis’”.

Expresando una sola verdad con pensamientos paralelos, Pablo identifica a Dios con su Espíritu en 1 Corintios 3:16: “¿Acaso no sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios está en vosotros?” Él está diciendo que el Espíritu Santo es Dios. En 1 Corintios 12:6,11, hablando acerca de la distribución de los dones espirituales a los cristianos, el apóstol compara al Espíritu con Dios: “Y hay diversidad de actividades, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere.”

Atributos divinos

Como verdadero Dios, el Espíritu comparte todos los atributos (características) de Dios. A continuación citaremos de las Escrituras unos pocos recordatorios sobre este hecho.

El Espíritu es eterno. Cristo “el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (Hebreos 9:14). El Espíritu posee conocimiento divino, escudriñando “lo profundo de Dios” (1 Corintios 2:10). El Espíritu es omnipresente: “¿A dónde me iré de tu espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiera a los cielos, allí estás tú; y si en el seol hiciera mi estrado, allí tú estás” (Salmo 139:7,8).

Obras divinas

Junto con el Padre y el Hijo, el Espíritu Santo participó en la obra de la creación. Moisés nos dice que él “se movía sobre la faz de las aguas” (Génesis 1:2). Su obra creadora continúa, como Eliú el amigo de Job reconoció: “El espíritu de Dios me hizo y el soplo del Omnipotente me dio vida” (Job 33:4).

Todas las criaturas vivientes en cada nueva generación son el producto de la continua actividad creadora: “Envías tu espíritu, son creados y renuevas la faz de la tierra” (Salmo 104:30).

El Espíritu Santo estuvo involucrado en la obra de la redención de Jesús. Ya hemos mencionado su papel en la concepción del Salvador y su presencia en el bautismo de Cristo. Fue el Espíritu quien guió a Jesús en el desierto a ganar la triple victoria sobre el tentador (Mateo 4:1). Dios prometió a través de Isaías que el Espíritu del Señor reposaría en su Ungido: “El espíritu de Jehová, el Señor, está sobre mí, porque me ha unguido Jehová. Me ha enviado a predicar buenas noticias a los pobres, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos y a los prisioneros apertura de la cárcel” (Isaías 61:1).

En la sinagoga de Nazaret, Jesús leyó estas palabras y las aplicó a sí mismo y a su proclamación del evangelio: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (Lucas 4:21). El Espíritu capacitó a Jesús para su ministerio de salvación.

El Espíritu empoderó, guió e inspiró a los apóstoles de Jesús, así como el Salvador prometió que lo haría. Los discípulos serían llamados a hablar bajo gran presión cuando fueran llamados ante las autoridades judías y cuando testificaran ante gobernadores y reyes. Jesús los animaba con la promesa de que sus esfuerzos y el resultado realmente no dependerían de ellos. El Espíritu haría la obra: “Pues no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros” (Mateo 10:20). El Espíritu testificó de

Jesús a los apóstoles, de modo que también ellos pudieran testificar acerca de Jesús: “Cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio” (Juan 15:26,27).

El Salvador cumplió su promesa de enviar el Espíritu. El libro de Hechos relata muchos casos en los que pescadores que tenían poca educación formal hablaron con una elocuencia que venía del Espíritu Santo. El sermón de Pedro del día de Pentecostés (Hechos 2:14-40) es un caso obvio. Sus palabras ante el Sanedrín (Hechos 4:8-12) nos dan otro ejemplo de que él estaba “lleno del Espíritu Santo”.

El Espíritu Santo aún está involucrado en la vida y obra de la iglesia. De hecho, le da vida a la iglesia, así como restaura a los pecadores y hace de ellos personas santas. La gente de la iglesia es juntamente edificada “para morada de Dios en el Espíritu” (Efesios 2:22). El Espíritu Santo nos ayuda en nuestra vida de oración, y él mismo intercede por nosotros. Pablo escribe a los Romanos: “De igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (8:26).

El Espíritu reparte dones a la iglesia de Cristo: “Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1 Corintios 12:11). Cuando Bernabé y Saulo fueron elegidos, llamados y enviados a predicar el evangelio en Chipre y en Asia Menor, fue el Espíritu quien movió a la iglesia a que los enviaran: “Ministrando estos al Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: ‘Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado’. Ellos, entonces, enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre” (Hechos 13:2,4). De manera similar, hoy en día el Espíritu

desempeña un papel en el llamado de los ministros de la iglesia, así como lo hizo en el llamado de los pastores de la iglesia de Dios en Éfeso (Hechos 20:28): “Por tanto, mirad por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre”.

Filioque

Filioque es la palabra en latín para “y el Hijo”. Proviene de la frase “que procede del Padre y el Hijo” en el Credo Niceno. La expresión no apareció en la versión original (en griego) del Credo Niceno. Parece haber sido añadida al credo por el Sínodo de Toledo (en España) en el año 589. La iglesia franca bajo el mando de Carlomagno tomó la decisión de introducir la frase en el credo en el año 809, en el Sínodo de Aquisgrán. El papa León III (m. 816) se negó a incluirlo como era usado por la iglesia de Roma, pero en años siguientes, toda la iglesia latina, es decir, la iglesia occidental (incluyendo Roma) la aceptó. En 867, el patriarca Focio de Constantinopla excomulgó al papa Nicolás I de Roma por “corromper el credo”. Aunque otros factores jugaron un papel, el filioque fue la razón teológica principal para el gran cisma entre la iglesia oriental y la occidental en 1054. Aun hoy, la inclusión de filioque en el Credo Niceno y la doctrina que subyace de este texto, constituyen una significativa diferencia doctrinal entre la iglesia ortodoxa oriental y la iglesia católica romana.

Filioque fue una doctrina de la iglesia, mucho antes que se convirtiera en una parte formal del credo. En Mateo 10:20, Jesús identifica al Espíritu como “el Espíritu de vuestro Padre”. Los cristianos también sabían por la Escritura que el Espíritu Santo no es sólo el Espíritu del Padre, sino también el Espíritu del Hijo. En Gálatas 4:6, Pablo escribe: “Por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ‘¡Abba, Padre!’” La expresión “el

Espíritu de Jesús” en Hechos 16:7 también nos recuerda que el Espíritu procede del Hijo, así como del Padre: “Cuando llegaron cerca de Misia, intentaron pasar a Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo permitió”. Considere también las palabras de Pablo en Filipenses 1:19: “Porque sé que por vuestra oración y la suministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación”. La pequeña palabra de o del en cada uno de los versículos citados en este párrafo, señalan que la relación del Espíritu con el Hijo es su misma relación con el Padre. Si él procede del Padre, también procede del Hijo.

Nosotros parafraseamos lo que el gran maestro de la iglesia occidental, Agustín de Hipona (m. 430), dijo sobre este tema: El Hijo es igual que el Padre y participa en todas las obras del Padre. Por lo tanto, desde que el Padre “espira” (respira) el Espíritu, también lo hace el Hijo. Por consiguiente, el Espíritu Santo procede del Hijo así como del Padre. Recordando que el ruach (en hebreo) y el pneuma (en griego), las palabras de la Biblia para Espíritu, también significan “aliento” o “respiro”, podemos ver por qué los teólogos escogieron el concepto “espiración” como una manera de expresar la relación del Espíritu con el Padre y el Hijo.

El término proceder nos ayuda a entender la relación entre el Espíritu y las otras dos personas. Así como engendrado da a entender que el Hijo “no [fue] hecho”, así proceder da a entender que el Espíritu no fue hecho, ni creado, ni engendrado. La procesión no es un proceso físico. Ni es condicionado por el tiempo. Dado que es un proceder eterno, no quiere decir que el Espíritu Santo es “más joven” que el Padre o el Hijo. Puesto que el Espíritu Santo es Dios junto con el Padre y el Hijo, la procesión no hace que el Espíritu Santo sea inferior a las otras dos personas. Cada uno de los tres participa igualmente en la majestad eterna de un solo ser

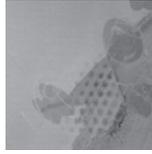
divino. Así como Trinidad, esencia, persona, engendrado y otras palabras, proceder no explica ni prueba nada acerca de Dios. Principalmente quiere decir lo que el Espíritu no es, es decir, que no es creado ni engendrado, y ayuda a aclarar nuestro pensamiento acerca de su relación con el Padre y el Hijo.

En la noche en que fue entregado, en la última cena, Jesús les dijo a los doce: “Cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí” (Juan 15:26). Para evitar posibles malentendidos, debemos señalar que aquí Jesús no habla de la procesión eterna del Espíritu Santo o de la procedencia de sí mismo (Jesús). Él habla de la relación del Espíritu con el Padre, y todas esas relaciones dentro de la divinidad son eternas. Cuando Jesús dice: “enviaré”, está hablando de lo que él (Jesús) hará en el futuro, y no acerca de de la relación eterna entre él mismo y el Espíritu.

El antiguo himno de alabanza “Te alabamos, oh Dios” (Te Deum laudamus), proclama al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo como Dios. Es apropiado para nosotros hacer lo mismo.

A Ti, por la extensión del orbe, la santa iglesia te confiesa;
Padre de majestad infinita: a tu Hijo único, verdadero y
venerable;

Y también al Espíritu Santo: Consolador.⁸



5

La Trinidad: Términos usados por la iglesia

De la Biblia sabemos que los creyentes confiaron en Jesucristo como su divino Salvador mucho antes que su unieran a confesar su fe con las palabras del Credo Apostólico o del Credo Niceno. Los cristianos fueron llenos del Espíritu Santo y adoraron a Jesús como Dios mucho antes que desarrollaran los conceptos y el lenguaje con los que la doctrina de la Trinidad es discutida y definida. La fe no requiere pruebas o argumentos, y lo que está en el corazón siempre es más profundo y más claro que las palabras que alguna vez podamos expresar. Sin embargo, temprano en la historia de la iglesia, los escépticos, así como también algunos pensadores cristianos serios, comenzaron a formular preguntas tales como: “¿Cómo puede haber un solo Dios cuando el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios?” Con más frecuencia, las preguntas se centraron en

Jesús: “¿Cómo puede un hombre convertirse en Dios?” ¿Cuál es la relación de la naturaleza divina con la naturaleza humana en Cristo?”

Una doctrina práctica

Todo lo que Dios dice en la Escritura sobre sí mismo, incluyendo su revelación de sí mismo como Padre, Hijo y Espíritu Santo, exige nuestra atención porque él es el Dios de nuestra salvación. Aunque la Biblia no presenta una doctrina de la Trinidad detallada, nos muestra al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en acción. Presenta a cada persona de la Trinidad actuando por la salvación de los seres humanos. El Padre envió a su único Hijo al mundo para salvarnos. Dios el Hijo se hizo uno de nosotros, totalmente humano, pero sin pecado, para rescatarnos. Dios el Espíritu Santo da testimonio de estos hechos y acontecimientos, nos convence de la veracidad de estas buenas nuevas, y por lo tanto nos hace hijos de Dios y herederos de la vida eterna.

Eso es lo que la iglesia primitiva expresó en los credos, especialmente detallando y enfatizando lo que el Hijo hizo por nosotros y por nuestra salvación. La Fórmula de Concordia, el escrito confesional de 1577 de la iglesia evangélica luterana dice:

Así que la Santa Trinidad entera, Padre, Hijo y Espíritu Santo, dirigen a todos los hombres hacia Cristo como el Libro de la Vida en el cual han de buscar la eterna elección del Padre. Pues esto lo ha resuelto el Padre desde la eternidad: A quien él quiere salvar, lo quiere salvar por medio de Cristo. Esto lo recalca Cristo mismo en las siguientes palabras en Juan 14:6: “Nadie viene al Padre sino por mí”; además, en Juan 10:9: “Yo soy la puerta: el que por mí entre será salvo”.⁹

A través de la historia y aún hoy, aquellos que han rechazado la doctrina de la Trinidad, han sido personas que se rehúsan a creer que esencialmente Jesucristo es Dios. Ellos no

quieren reconocerlo como el único intermediario entre Dios y el hombre. No tienen ningún uso para su perfecta obediencia en nuestro lugar y por nuestro favor. Imaginando que pueden satisfacer las exigencias de Dios por sí mismos, niegan al único Salvador que jamás tendrán.

La salvación es la obra de Dios. El Dios trino ha hecho la obra que no hubiéramos podido hacer por nosotros mismos.

Algún lenguaje útil

Como ya lo hemos indicado, los antiguos maestros de la iglesia desarrollaron y usaron tres términos que no están usados en la Biblia. Ellos hicieron eso con el fin de expresar de la manera más concisa y precisa como pudieran, lo que la Biblia enseña acerca de Dios. Las tres palabras son Trinidad, ser (substancia o esencia), y persona. Nosotros decimos que Dios es un ser divino, que consta de tres personas, la Trinidad.

En el siglo segundo, comenzando con Teófilo de Antioquía, varios autores cristianos griegos usaron la palabra trias para expresar el carácter de tres de Dios. Alrededor del año 180, el maestro griego Atenágoras escribió algo decididamente “trinitario”. Lo que él dijo no es tan claro y tan completo como los grandes credos de la iglesia, en parte porque las grandes controversias que ayudaron a dar forma a esos credos aún no habían ocurrido. Respondiendo la acusación de los críticos de que los cristianos eran ateos, Atenágoras escribió: “¿Entonces quién no se sorprenderá escuchando a los llamados ateos que le piden al Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, proclamando su poder en unión, y en el rango de su diversidad?”¹⁰ Unión y diversidad fueron y son todavía conceptos importantes cuando se trata del Dios de la Biblia.

Tertuliano, el autor latino del norte de África (150?-222?), proveyó el ejemplo más antiguo que tenemos de la palabra trinitas de la cual proviene la palabra castellana Trinidad. Él articuló la doctrina de la Trinidad de una manera que satisfizo

a la iglesia latina, es decir, occidental y dejó al occidente relativamente tranquilo por la posterior controversia arriana (del cuarto siglo), en la que la eterna divinidad del Hijo fue negada. Tertuliano enseñó que Dios es una sola “substancia” y que en esa substancia hay tres “personas”. El había sido capacitado como abogado y usaba términos legales. En la ley romana, la substancia significaba un solo ser, y persona significaba la parte de cualquier acción que pueda tener que ver con ese ser. En Dios, según Tertuliano, hay un solo ser (substancia, esencia, ser) y tres partes de la acción (personas). A diferencia de algunos de sus contemporáneos, Tertuliano dijo que el Hijo y el Espíritu no resultaron de una división del Padre, sino que son una extensión del Padre, como los rayos del sol. Esa es una comparación que también hizo Orígenes de Alejandría.

Orígenes (185-254) fue el brillante maestro que dijo: “Reconocemos que Dios fue siempre el Padre de su Hijo unigénito. . . Por lo tanto, se debe creer que Sabiduría [el Hijo] ha sido engendrado fuera de los límites de cualquier principio del que podamos hablar o entender”.¹¹ En otras palabras, si el Padre ha sido eternamente el Padre (que es cierto), él debía haber tenido eternamente un Hijo (lo cual también es cierto). Por lo tanto, el Hijo también es eterno. Además, Orígenes dijo que el Logos (palabra griega que significa “Verbo” o “Palabra”), es decir, el Hijo, la segunda persona, no dejó de ser divino cuando tomó la naturaleza humana.

Orígenes también adoptó dos palabras filosóficas que la iglesia ha encontrado útiles para hablar acerca de la relación de lo divino con lo humano en Cristo. Lamentablemente, la iglesia no estuvo preparada para adoptarlas hasta casi doscientos años después de la muerte de Orígenes. Él escribió con relación al Salvador: “Si [el entendimiento humano] piensa en Dios, sólo puede ver a un mortal; si se piensa en un hombre, se le contempla regresando de la tumba. . . La verdad

se puede ver claramente que existen ambas naturalezas en uno y el mismo Ser.”¹² Hoy en día nosotros decimos: “En Cristo, ambas naturalezas (physeis) existen en una y la misma persona (hipóstasis)”.

En el año 269, el Sínodo de Antioquía declaró que Jesucristo es la encarnación del Logos preexistente (el Verbo, ver Juan 1:1-14). Dionisio de Roma confesó que el Hijo es de la misma substancia (esencia, ser) del Padre y por lo tanto es eternamente Dios. En las décadas siguientes, otros teólogos hicieron contribuciones útiles en la larga y difícil lucha para expresar correctamente la verdad de la Escritura, o por lo menos para evitar decir algo equivocado, y por consiguiente perjudicial.

La palabra ser

Una manera de explicar qué se entiende por el ser de Dios es decir: “Es lo que hay en Dios por el cual él es lo que es”. Ser (esencia, substancia), cuando es usada en la filosofía, o aun en el lenguaje cotidiano, es una abstracción, un simple concepto sin existencia real. Sin embargo, cuando hablamos de Dios, estamos hablando de uno que eternamente y realmente es. Según las palabras de la Confesión de Augsburgo: “Hay una sola esencia [ser] divina, la que se llama Dios y verdaderamente es Dios”.¹³

La palabra persona

Cuando hablamos de Dios, la iglesia usa la palabra persona en un sentido en el que no es usado en cualquier otro lugar. Es sumamente necesario decir qué quiere y qué no quiere decir, la iglesia con esta palabra. De lo contrario, podríamos pensar equivocadamente en tres dioses. O más bien podríamos imaginar que Padre, Hijo, y Espíritu Santo, son simplemente cualidades, modos de operación, o distintos poderes de un solo ser.

Puesto que estamos hablando de Dios, tres personas no pueden significar tres seres distintos. Personas tampoco significa “partes”. Las tres personas no son partes de Dios; cada persona es Dios mismo. El primer artículo de la Confesión de Augsburgo lo expresa de la siguiente manera: “Con la palabra persona no se entiende una parte ni una cualidad en otro, sino lo que subsiste por sí mismo, tal como los padres han empleado la palabra en esta materia”.¹⁴ El gran misterio de la Trinidad es ¿cómo tres personas están relacionadas la una con la otra en un solo ser divino, sin ser solamente partes de ese ser?

La iglesia usa la palabra persona de una manera especial, para significar una auto-conciencia y auto-determinación del ego, un partido en la acción divina. Esto quiere decir que en Dios hay una realidad eterna que corresponde a lo que Dios ha revelado acerca de él mismo (Padre, Hijo, y Espíritu Santo) al crear, redimir, y santificarnos. No solamente se ha revelado a él mismo como Padre, Hijo, y Espíritu Santo, sino que él es Padre, Hijo, y Espíritu Santo. Jesús mismo ilustra que significa el término persona. En Juan 17:6, Jesús dijo a Dios el Padre: “He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra”. En Juan 15:26, Jesús habla acerca del Espíritu Santo como una persona distinta a él, y se refiere al Padre como distinto a ambos: “Cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí”.

La palabra Trinidad

Como hemos visto, la iglesia primitiva inventó la palabra Trinidad con el fin de resumir lo que la Biblia enseña acerca de Dios, para expresar quién es Dios y cómo es él. Es claro que los autores del Nuevo Testamento creían que Dios es uno.

Por otro lado, también creían que el Padre es Dios, que el Hijo es Dios, y que el Espíritu Santo es Dios.

Basándose en las enseñanzas de los apóstoles, los maestros de la iglesia primitiva desarrollaron y formularon el lenguaje para la doctrina de la Trinidad. Ellos no solamente trataban de decir lo que dice la Escritura, sino que también estaban reaccionando contra el lenguaje no escritural y las falsas ideas de ciertos maestros. En esta obra, la iglesia tomó prestado algún lenguaje de la filosofía. En parte, esto fue porque términos abstractos pueden ser útiles para resumir las enseñanzas de la Biblia, pero especialmente porque falsos maestros le estaban dando falsos significados al lenguaje de la Escritura.

El lenguaje de la Biblia es concreto e histórico: “El Padre hizo”; “Jesús dijo”; “el Espíritu envió”; “Dios es”. Usando términos griegos abstractos, los maestros de la iglesia no cambiaron los hechos históricos de la Biblia ni hicieron la verdad de Dios más difícil de entender. Ellos usaron el lenguaje educado de sus tiempos para tratar de presentar claramente la Palabra de Dios, para mostrar los errores cuando aparecieran y para evitar errores ellos mismos. Algunos estudiosos del siglo 19, en particular Adolf von Harnack (1851-1930), denunció que la doctrina trinitaria y los credos cambiaron la enseñanza simple de Jesús y los apóstoles por un sistema filosófico especulativo. Ese no es el caso. Así como hemos visto y veremos más adelante, todo lo que los credos confiesan acerca de Dios, él lo ha revelado sobre sí mismo en su Palabra escrita.

Los tres credos ecuménicos (es decir, universales, confesados por los cristianos en todas partes): el Credo Apostólico, el Credo Niceno y el Credo Atanasiano siguen siendo fieles resúmenes de las enseñanzas de la Biblia acerca de la Trinidad y medidas de protección contra las falsas

enseñanzas en la iglesia. Nadie ha logrado mejorarlos, y aquellos que piensan que ya no son útiles, son ignorantes acerca de la historia de la iglesia. O no entienden lo que enseña la Escritura, o simplemente se niegan a aceptarlo.



6

La Trinidad: Tres personas

El Obispo Hilario de Poitiers (m. 366) dijo que Dios es Uno, pero no está solo.¹⁵ Nosotros hablamos de tres personas en la Deidad. Creemos, con base en el Nuevo Testamento, que Dios envió a su Hijo a redimir el mundo, que Jesucristo es Dios en la carne, que vino a salvarnos y que el Espíritu Santo es el que nos ha dado fe y otros dones espirituales. Cada uno de los tres es diferenciado de los otros dos.

Ya hemos visto de dónde viene el término personas y la forma en que llegó a ser utilizado. Por ahora, simplemente repitamos que en este uso especial no significa “gente” o “seres” o “partes”. Dios es un solo ser, y no puede ser dividido en partes. Esto no se trata de aritmética, se trata acerca de lo que la Biblia enseña respecto a Dios. El gran maestro de la iglesia occidental, Agustín de Hipona (m. 430), escribió:

“Ciertamente hay tres. . . Pero cuando es preguntado, ¿cómo tres?, entonces la gran pobreza de la que sufre nuestro idioma se hace evidente. Sin embargo, la fórmula de tres personas ha sido acuñada, no con el fin de dar una explicación completa por medio de ella, sino con el propósito de que no pudiéramos estar obligados a permanecer en silencio.”¹⁶

La Trinidad en el Nuevo Testamento

Probablemente las palabras más familiares que hablan de la Trinidad son aquellas habladas por Jesús mientras le daba a sus discípulos la Gran Comisión: “Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). Nosotros usamos las palabras de esta “fórmula trinitaria” al comienzo del culto, en el Bautismo, cuando es anunciado el perdón de los pecados, cuando la congregación canta “Gloria sea al Padre” (Gloria Patri), y cuando hacemos las oraciones matutinas y vespertinas de Lutero. Cada vez que hacemos eso, estamos diciendo que Dios es uno, pues Jesús dijo nombre, no nombres. También estamos diciendo que Padre, Hijo y Espíritu Santo son tres personas distintas. Estamos confesando que cada uno es Dios. Las tres personas de la divinidad también son enumeradas en la conocida bendición apostólica de 2 Corintios 13:14: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros”.

El ángel Gabriel mencionó a las tres personas cuando anunció el nacimiento del Hijo de María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que va a nacer será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). El Espíritu Santo, el Altísimo, el Hijo de Dios las tres personas.

Las tres personas también estuvieron presentes y manifiestas en el bautismo de Jesús: “Y Jesús, después que fue

bautizado, subió enseguida del agua, y en ese momento los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma y se posaba sobre él. Y se oyó una voz de los cielos que decía: ‘Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia’” (Mateo 3:16,17). Jesús fue bautizado. El Espíritu descendió. El Padre habló desde el cielo reconociendo a su Hijo. Dios es uno, pero tres personas estuvieron presentes y participando.

El Hijo habla del Padre y del Espíritu Santo en Juan 14:26: “Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho”. Nuevamente en Juan 15:26 dice: “Cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí”. Espíritu, Hijo, Padre las tres personas.

El apóstol Pedro, en su primera carta, se dirige a los elegidos de Dios “según el previo conocimiento de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (1 Pedro 1:2). Estos son sólo unos pocos pasajes del Nuevo Testamento que hacen mención específica de las tres personas divinas.

La unidad de las tres personas es tal que nadie puede conocer al Padre sin conocer al Hijo. Jesús dice: “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mateo 11:27).

Lo contrario también es cierto. Después de que Simón Pedro hizo su gran confesión en cuanto a quién es Jesús, Jesús le respondió: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mateo 16:17). Del mismo modo, no podemos confesar a nuestro Salvador sin la obra del Espíritu Santo: “Nadie puede exclamar: ‘¡Jesús es el Señor!’, sino por el

Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3). Las personas físicamente muertas no pueden tomar decisiones en cuanto a su bienestar físico. Así mismo, las personas espiritualmente muertas no pueden tomar decisiones respecto a su bienestar espiritual. La fe es un don de Dios, no un logro del hombre.

La Trinidad en el Antiguo Testamento

La doctrina de la Trinidad no es enseñada en el Antiguo Testamento tan explícitamente ni tan abundantemente como en el Nuevo. No obstante, podemos ver más que algunas insinuaciones de ésta en el Antiguo Testamento. Éste proveyó palabras usadas por los escritores del Nuevo Testamento para expresar las verdades concernientes a la Trinidad: Padre, Hijo, Espíritu, Verbo, Sabiduría. Y como veremos, el Antiguo Testamento menciona explícitamente las tres personas de la divinidad.

No hay ninguna duda de que Moisés creyó que “Jehová uno es” (Deuteronomio 6:4). Sin embargo, él cita a Dios, el cual utiliza formas plurales para hablar de sí mismo. Por ejemplo, se puede ver estas formas plurales en Génesis 1:26: “Entonces dijo Dios: ‘Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y las bestias, sobre toda la tierra y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra’”. Sin embargo, el versículo siguiente se refiere a Dios con pronombres y formas verbales hebreas en singular: “Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Génesis 1:27). Aunque Dios es tres personas, es un solo ser. Mucho antes que el Antiguo Testamento fuera escrito, Moisés uso lenguaje que dejó muy en claro (por lo menos a los lectores del Nuevo Testamento) que las tres personas de la Trinidad estuvieron activas en la creación. En Génesis 3:22, después de que Adán y Eva desobedecieron a él, Dios habló con una triste ironía: “El hombre ha venido a ser como uno de

nosotros, conoedor del bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, tome también del árbol de la vida, coma y viva para siempre”. Moisés, el gran maestro del monoteísmo, citó a Dios usando nuevamente el plural, así como también lo hace en la historia de la torre de Babel. Cuando los descendientes de aquellos que sobrevivieron a la inundación decidieron glorificarse a sí mismos en lugar de honrar a Dios, él dijo: “Ahora, pues, descendamos y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero” (Génesis 11:7). Del mismo modo, el profeta Isaías dice: “Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?” (Isaías 6:8). Note la combinación de referencias plural y singular: “yo (enviaré)” y “nosotros”.

El triple pronunciamiento del nombre del Señor en la bendición sacerdotal (bendición aarónica, Números 6:24-27) es parafraseada por Pablo en la bendición apostólica de 2 Corintios 13:14, que es definitivamente trinitaria: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros”. Para los creyentes del Nuevo Testamento, hay por lo menos una sugerencia de la Trinidad en el triple “santo” de Isaías 6:3:

Y el uno al otro daba voces diciendo:

“¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos!
¡Toda la tierra está llena de su gloria!”

Un versículo de este mismo capítulo (Isaías 6:10) es citado en Juan 12:40:

“Cegó los ojos de ellos
y endureció su corazón,
para que no vean con los ojos,
ni entiendan con el corazón,
ni se conviertan, y yo los sane.”

Entonces, Juan el evangelista, con referencia a Isaías 6:10 y refiriéndose a la visión de Isaías 6:1-4 escribe: “Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él.” (Juan 12:41).

También citando Isaías 6:10, el apóstol Pablo dijo a los líderes de los judíos en Roma:

Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres, diciendo:
 “Ve a este pueblo y diles:
 De oído oiréis y no entenderéis;
 y viendo veréis y no percibiréis,
 porque el corazón de este pueblo se ha engrosado,
 y con los oídos oyeron pesadamente
 y sus ojos han cerrado,
 para que no vean con los ojos
 y oigan con los oídos,
 y entiendan de corazón
 y se conviertan, y yo los sane”. (Hechos 28:25-27).

Estos usos de Isaías 6 en el Nuevo Testamento no dejan ninguna duda que los ángeles que cantaron “Santo, santo, santo” estaban alabando a la Santísima Trinidad.

Pasajes del Antiguo Testamento que mencionan a las tres personas

También hay muchos pasajes en Isaías, en los cuales el profeta menciona todas las personas de la Trinidad. En Isaías 11:1,2, el profeta habla del Mesías como una vara y vástago del tronco de Isaí, así como también habla del Espíritu y del Señor mismo:

Saldrá una vara del tronco de Isaí;
 un vástago retoñará de sus raíces
 y reposará sobre él el espíritu de Jehová:
 espíritu de sabiduría y de inteligencia,
 espíritu de consejo y de poder,
 espíritu de conocimiento y de temor de Jehová.

Isaías cita directamente al Señor, una vez más en 42:1:

“Este es mi siervo, yo lo sostendré;
mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento.
He puesto sobre él mi espíritu;
él traerá justicia a las naciones.”

El Señor mismo habla de su siervo (el Mesías) y promete llenar a su siervo con su Espíritu. Así pues, las tres personas de la Trinidad son mencionadas.

En Isaías 48:16, el Mesías está diciendo:

Acercaos a mí, oíd esto:

“Desde el principio no hablé en secreto;
desde que eso se hizo, allí estaba yo.
Y ahora me envió Jehová el Señor,
y su espíritu”.

“Yo” (Mesías), “Jehová el Señor”, “su Espíritu” tres personas.

En Isaías 61:1, las tres personas son claramente mencionadas y distinguidas la una de la otra:

El espíritu de Jehová, el Señor, está sobre mí,
porque me ha ungió Jehová.
Me ha enviado a predicar buenas noticias a los pobres,
a vendar a los quebrantados de corazón,
a publicar libertad a los cautivos
y a los prisioneros apertura de la cárcel.

En estas varias citas, hemos visto a Isaías, quien como Moisés, creyó que hay un solo Dios, citando varias veces a una u otra de la personas de la divinidad, mientras habla o se refiere a las otras dos. Esto es asombroso, y sin duda ayuda a explicar el hecho de que los verdaderos israelitas que escribieron el Nuevo Testamento pudieran creer que Jesús es Dios e identificar al Espíritu Santo como una tercera persona

divina. De hecho, cuando Jesús llamó a Dios, su Padre, los judíos no se le opusieron. Decían que Dios tiene un Hijo: “Jesús les respondió: ‘Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo’. Por esto los judíos aun más intentaban matarlo, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (Juan 5: 17,18). Observe que ellos no negaron que Dios tiene un Hijo. A lo que se oponían era a que Jesús afirmaba ser tal Hijo de Dios. Observe también que, para ellos, el Hijo de Dios es “igual a Dios”.

El Antiguo Testamento citado en el libro de Hebreos

El autor de la epístola a los Hebreos cita una serie de pasajes del Antiguo Testamento en el capítulo 1 para probar que Cristo es verdadero Dios. En Hebreos 1:5, cita del Salmo 2:7 y de 2 Samuel 7:14:

¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás:

“Mi Hijo eres tú,
yo te he engendrado hoy”,

ni tampoco:

“Yo seré un padre para él,
y él será un hijo para mí”?

Pablo cita el mismo Salmo 2:7 en Hechos 13:32,33 con el fin de mostrar que la resurrección de Jesús prueba que él es el Hijo de Dios: “Nosotros también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres, la cual Dios nos ha cumplido a nosotros, sus hijos, resucitando a Jesús; como está escrito también en el salmo segundo: ‘Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy’”. Las palabras en 2 Samuel 7:14: “Yo seré padre para él, y él será hijo para mí”, son aplicadas inicialmente para Salomón, pero tenían un significado más profundo. Ellas profetizaban acerca del hijo superior del rey David, el Hijo de Dios, cuyo reino es eterno.

En Hebreos 1:6, el autor cita el Salmo 97:7: “Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: ‘Adórenlo todos los ángeles de Dios’”. Dios quiere que Cristo, su “Primogénito” (reconocido como primero en rango y autoridad), sea adorado por todos los ángeles quienes son las criaturas más grandes de Dios. Para ellos, adorar a Cristo es inclinarse ante alguien superior y más grande que ellos mismos, su Creador. Por cierto, el autor inspirado usó aquí la traducción del hebreo al griego del Antiguo Testamento. El salmista dice en hebreo: “Adórenlo a él, todos los dioses”, refiriéndose a los ídolos de los paganos. El Espíritu Santo interpreta su propio libro inspirando al autor de Hebreos a escribir: “Adórenlo todos los ángeles de Dios”. Los ángeles vivientes, los mensajeros de Dios, son superiores que los dioses muertos de las naciones. Estos ángeles se inclinan ante Cristo y reconocen que el es superior que todas las otras criaturas.

En Hebreos 1:7-9, leemos:

Y ciertamente, hablando de los ángeles dice:

“El que hace a sus ángeles espíritus,
y a sus ministros llama de fuego”.

Pero del Hijo dice:

“Tu trono, Dios, por los siglos de los siglos.
Cetro de equidad es el cetro de tu Reino.
Has amado la justicia y odiado la maldad,
por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo,
con óleo de alegría más que a tus compañeros”.

El autor, primero cita el Salmo 104:4 para reconocer la excelencia de los ángeles. Luego cita el Salmo 45: 6,7 para mostrar la superioridad de Cristo sobre los ángeles y todas las criaturas. ¿Dijimos Cristo? Sí. ¿Quién es el Ungido, el ungido “con óleo de alegría”? La palabra hebrea Mesías significa “Ungido”. En griego es “Cristo”. El salmista se dirige al

Mesías, Cristo, y se refiere a él como Dios. El trono del Mesías es eterno; él gobernará justamente, y por lo tanto su Dios (el Señor Dios de Israel) lo ha puesto sobre todos sus compañeros, haciéndolo superior a todos.

El Salmo 102: 25-27 dice:

Desde el principio tú fundaste la tierra,
y los cielos son obra de tus manos.
Ellos perecerán, mas tú permanecerás;
y todos ellos como una vestidura se envejecerán,
como un vestido los mudarás
y serán mudados;
pero tú eres el mismo
y tus años no se acabarán.

El autor de Hebreos cita este salmo y aplica las palabras a Jesucristo, el Hijo de Dios (Hebreos 1:10-12). En el comienzo de la creación, antes que existiera algo o alguien excepto Dios, el Hijo estaba ahí, participando en la obra de la creación del universo. A través de los tiempos, el universo ha sido consumido y finalmente será desechado y sustituido. Sin embargo, el Hijo sigue siendo el mismo. Sus años nunca terminarán. Él es el Dios eterno.

El Salmo 110:1 dice:

Jehová dijo a mi Señor:
“Siéntate a mi diestra,
hasta que ponga a tus enemigos
por estrado de tus pies”.

Hebreos 1:13 hace la pregunta: “¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás: ‘Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies’?” Una vez más el Mesías es superior a todas las criaturas, incluyendo los ángeles. La posición de suprema autoridad y poder, la diestra de Dios, es reservada para él. Ha vencido a todos sus enemigos y lo

demostrará poniendo su pie sobre sus cuellos. En Mateo 22:41-45, Jesús citó este mismo versículo del salmo para probarles a los fariseos que el Mesías no es sólo el hijo de David, sino también su Señor:

Estando reunidos los fariseos, Jesús les preguntó, diciendo:
“¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?”

Le dijeron: “De David”.

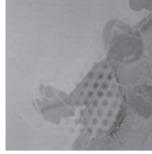
Él les dijo: “¿Cómo, pues, David en el Espíritu lo llama Señor, diciendo:

‘Dijo el Señor a mi Señor:
siéntate a mi derecha,
hasta que ponga a tus enemigos
por estrado de tus pies’?

Pues si David lo llama ‘Señor’, ¿cómo es su hijo?”

(Compare Marcos 12:35-37; Lucas 20:41-44.)

Ciertamente los judíos que creyeron que Jesús es el Mesías fueron capaces de encontrar las tres personas de la divinidad, y especialmente a Cristo, en el Antiguo Testamento.



7

La Trinidad: Un solo Dios

Nosotros hablamos de la unidad de Dios con el fin de decir que él es un ser esencial, que no hay otro Dios y no debemos pensar de él como si estuviera dividido en partes.

Por ser (esencia, substancia) queremos decir que lo que hay en Dios por lo cual él es Dios, es decir, lo que lo separa de todo lo demás. Las criaturas de Dios aparecen en multitudes. Hay miles de millones de personas, innumerables perros y un sinnúmero de insectos. Pero sólo hay un Dios. Él es único e induplicable, el único de su clase. En un mundo de dioses falsos, el verdadero Dios enseñó a su pueblo a confesar: “Oye, Israel: Jehová, nuestro Dios, Jehová uno es. Amarás a Jehová, tu Dios, de todo tu corazón, de toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Deuteronomio 6:4,5). Jesús lo llamó el mandamiento más importante (Marcos 12:29). En el Nuevo

Testamento, el apóstol Pablo escribe: “Acerca, pues, de los alimentos que se sacrifican a los ídolos, sabemos que un ídolo nada es en el mundo, y que no hay más que un Dios” (1 Corintios 8:4).

No hay otro Dios

A través de su profeta Isaías, Dios proclamó:

“Vosotros sois mis testigos”, dice Jehová,
 “y mi siervo que yo escogí,
 para que me conozcáis y creáis
 y entendáis que yo mismo soy;
 antes de mí no fue formado dios
 ni lo será después de mí”. (Isaías 43:10).

También:

“Yo soy Jehová y no hay ningún otro.
 No hay Dios fuera de mí.
 Yo te ceñiré,
 aunque tú no me has conocido.”
 (Isaías 45:5).

No hay un género que sea llamado dios, del cual, el Hacedor y Preservador de todas las cosas es una especie. Dios es absolutamente único, sin ningún duplicado o par. “Antes de mí no fue formado dios.” “No hay Dios fuera de mí.”

Dios no está dividido

No debemos pensar de Dios como si estuviera dividido en partes. En el reino de las criaturas de Dios, tres hombres son tres seres separados, no uno solo. Sin embargo, Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, pero es un solo ser, no tres. El Padre, el Hijo o el Espíritu Santo serían menos que Dios si de algún modo uno de ellos estuviera separado de las otras dos personas. La Biblia los distingue a los tres, pero no los separa.

No habla de tres partes de Dios o de un Dios triple. Dios es uno. Dios es trino, tres en uno; no triple, hecho de tres partes.

Analogías

A través de los siglos muchas comparaciones e ilustraciones de la naturaleza han sido usadas para representar o ilustrar la doctrina de la Trinidad. Ninguna de ellas puede explicar el misterio. Ninguna de ellas puede probar que Dios es trino o incluso que podría ser trino. Ninguna ilustra completamente la enseñanza de las Escrituras sobre el tema. Los creyentes podrían encontrar alguna ayuda para entender la Trinidad en algunas de ellas, pero ninguna va a satisfacer o convertir a un incrédulo. Algunas analogías podrían o en realidad hacen tergiversar la doctrina. Es importante recordar que la doctrina de la Trinidad no había sido establecida y basada a partir de grupos de tres en otras religiones, en triadas o triples en naturaleza. La enseñanza de los tres en uno viene sólo de la Sagrada Escritura. Las varias analogías fueron elaboradas más tarde.

Debido a que son muy populares, aunque no sean completamente útiles, presentaremos algunos ejemplos de esas analogías. La Trinidad ha sido comparada con el sol, el cual tiene fuego, luz y calor. Estos atributos no corresponden realmente con lo que la Escritura dice acerca del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo aunque pueden ilustrar (no probar) que el Padre no es disminuido por compartir su divinidad con el Hijo y el Espíritu. Aun así, las personas de la Trinidad no son atributos de Dios en la manera en que el fuego, la luz y el calor son atributos del sol. Por el contrario, cada persona es Dios mismo, mientras que la llama, la luz, y el calor no son en sí mismas el sol.

Lo mismo debe ser dicho sobre la analogía de cuerpo, alma y espíritu en un ser humano. Ninguno de los tres componentes

es en sí mismo un ser humano. Pero cada persona de la Trinidad es Dios en sí mismo. Del mismo modo considere la analogía de la psicología humana propuesta por Agustín entendimiento, voluntad y memoria. Ninguna de estas propiedades por sí mismas constituyen un ser humano, mientras que cada persona de la Trinidad es en sí misma verdadero Dios. Las analogías, en general tienden a ser más una fantasía que una ayuda, y realmente pueden llevar a serias confusiones en nuestra forma de pensar acerca de Dios.

Un símbolo útil pero limitado de la Trinidad es el triángulo equilátero. Que las tres caras sean iguales entre sí nos recuerda la igualdad de las personas. Las tres caras individuales nos recuerdan que las tres personas son distintas la una de la otra. Cada ángulo incluye el área completa del triángulo, ilustrando el hecho de que cada persona de la Trinidad tiene en él la totalidad del ser divino. Finalmente, cada ángulo penetra a los otros dos, una ilustración de la perichoresis, es decir, la interpretación de cada persona por los otros dos. Este símbolo muestra algo de lo que la Biblia enseña, pero nada de esto explica el misterio o prueba la doctrina. Hay decir lo mismo acerca del símbolo de tres círculos entrelazados, que también simbolizan la eternidad de cada persona.

El trébol y la flor de lis también han sido usados como ilustraciones de la Trinidad. Tres hojas separadas o flores combinadas forman un trébol o lirio. Sin embargo, lo que los tres forman, es una cuarta cosa. Cada uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo son Dios, y no se combinan para formar un cuarto ente o ser.

Alguien ha dicho que la doctrina de la Trinidad es “supremamente indescriptible”. Los teólogos más grandes han fracasado al “describirla”. Nosotros simplemente debemos tratar de repetir lo que Dios dice en la Biblia, sabiendo que en su unidad de ser y en su trinidad de personas,

él está más allá de nuestra capacidad de entender. Por otro lado, no miramos con desprecio a aquellos que han sugerido analogías y descripciones, en el intento de tratar un tema tan complicado.

La actividad del Dios trino

En y hacia el mundo creado: indivisible

Dios es un solo ser. No hay tres dioses sino uno. Puesto que él es uno en ser, Dios tiene una sola voluntad y un solo conjunto de atributos divinos. Por lo tanto, él también es uno e indivisible en sus acciones. Los maestros de la iglesia lo han expresado de la siguiente manera: “Las obras de Dios hacia lo que está afuera de él son indivisibles”. Aun cuando una sola persona de la Trinidad es mencionada en la Escritura, es Dios quien actúa, y por consiguiente las otras personas también están involucradas.

Es cierto que la historia de Dios tratando con su creación, especialmente con la raza humana, habla de la obra particular de cada persona de la Trinidad. La obra particular del Padre es la creación; la del Hijo, la redención; y la del Espíritu Santo, la santificación. Se hace estas distinciones en los credos y están reconocidas en la adoración de la iglesia. No obstante, las otras personas siempre están involucradas. La obra de Dios es trabajo cooperativo, no dividido, sino compartido entre las tres personas. Jesús dijo a sus discípulos: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. Como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida” (Juan 5:17,21).

El Hijo estuvo involucrado en la obra de la creación, como fue señalado en el capítulo 3. Juan 1:3 dice en relación a la segunda persona: “Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho”. Pablo escribió respecto al Hijo: “Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la

tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él” (Colosenses 1:16). Nuestro Redentor también es el Creador de todo lo que hay y es el Señor del universo. El autor de Hebreos escribe: “En estos últimos días nos ha hablado [Dios] por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo y por quien asimismo hizo el universo. Él, que es el resplandor de su gloria, la imagen misma de su substancia y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (Hebreos 1:2,3). El Hijo estuvo involucrado no sólo en la creación, sino también lo está en la preservación del universo.

Como el Padre y el Hijo, el Espíritu Santo también estuvo involucrado en la creación del universo, y continúa creando nueva vida hoy, como Eliú confesó: “El espíritu de Dios me hizo y el soplo del Omnipotente me dio vida” (Job 33:4). En el Salmo 104:30, el Padre y el Espíritu Santo son mencionados juntamente en la obra continua de la creación: “Envías tu espíritu, son creados y renuevas la faz de la tierra”.

Jesús el Redentor reconoció la presencia y la obra del Espíritu cuando, en particular, habla de su propia obra:

“El Espíritu del Señor está sobre mí,
por cuanto me ha ungido
para dar buenas nuevas a los pobres;
me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón,
a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos,
a poner en libertad a los oprimidos
y a predicar el año agradable del Señor.”

(Lucas 4:18,19)

Sólo la segunda persona se hizo verdaderamente humana, pero el Padre lo envió para nuestra redención (Juan 3:16; Gálatas 4:4,5), y fue concebido por medio del Espíritu Santo (Mateo 1:18).

Aunque la santificación es la obra particular del Espíritu Santo, Cristo el Redentor también ha actuado para santificar su iglesia, esto es, para hacerla santa: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5:25,26). Jesús se dirigía al Padre cuando oraba: “Santificalos en tu verdad: tu palabra es verdad” (Juan 17:17). Pablo involucraba a las tres personas en el privilegio y el ejercicio de la oración, un aspecto importante de la vida santificada: “Porque por medio de él [Cristo] los unos y los otros [los judíos y los gentiles] tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Efesios 2:18). Las tres personas obran para hacer de nosotros cristianos maduros: “En quien [Cristo] vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Efesios 2:22). De ese modo vemos que las tres personas están involucradas llamando, iluminando y santificando a los creyentes, lo cual es la obra “particular” del Espíritu Santo. Jesús dijo en Juan 14:16: “Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre”. Note una vez más las tres personas mencionadas.

Dentro de él mismo: dividido

El funcionamiento interno de la divinidad, a diferencia de la obras de Dios hacia el mundo creado, están divididas. Hacia el mundo que han creado y redimido, las personas de la Trinidad obran juntas, no divididas. Pero su “obra”, es decir, sus acciones y relaciones el uno hacia el otro no son las mismas, y por lo tanto decimos que están divididas. La Escritura dice mucho de lo que es explícito y claro acerca de la identidad separada y la obra particular “hacia fuera” de cada una de las tres personas de la divinidad. Mucho de lo que decimos de la vida interna del Dios trino, es decir, su obra

dentro de sí mismo, lo decimos más por inferencia, que con base en referencias directas de la Biblia.

Las acciones de Dios “hacia el interior” no tienen comienzo y no tendrán fin. Son eternas y por lo tanto continuas e ininterrumpidas. Estas acciones expresan y revelan las relaciones entre las tres. Activamente, el Padre genera (engendra) al Hijo. Pasivamente, el Hijo es generado (engendrado), porque él es el Hijo y el Padre es el Padre. El Hijo y el Espíritu Santo no generan o engendran. El Padre y el Hijo aspiran (alientan) al Espíritu y por lo tanto él procede de ellos. El Espíritu no alienta ya sea al Padre o al Hijo. Así, una vez más, decimos que sus obras internas están divididas.

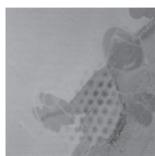
El Espíritu procede (es exhalado) tanto del Padre como del Hijo porque, como se explicó en el capítulo 4, él es el Espíritu de ambos, del Padre y el Hijo. Mateo 10:20 dice que él es el Espíritu del Padre: “Pues no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros”. Gálatas 4:6 dice que él es el Espíritu del Hijo: “Por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ‘¡Abba, Padre!’”.

El Padre no es ni generado (engendrado) ni exhalado. Él no “procede” de cualquiera de las otras dos personas. Una vez más, esta es la razón por la que decimos que las obras internas de la Trinidad son divididas.

Las tres personas existen y han existido eternamente en unión la una con la otra, en un solo ser. Ninguna de las tres jamás ha existido aparte de las otras. La relación de cada persona con las otras es una relación de amor y glorificación mutua. Hay una sola conciencia, una sola voluntad, un solo conjunto de atributos. La relación de cada persona de la divinidad con los otros no es como la de especie a género o de atributo a esencia. Así como son coeternos, también son iguales en majestad. No hay nada de superioridad o subordinación en su relación eterna, aunque en tiempo, en la

obra de redención del mundo, hubo una subordinación temporal del Hijo con el Padre.

Esta vida interior, este funcionamiento interno de la Trinidad, está más allá de nuestra comprensión. Lo que hemos dicho en esta sección acerca del funcionamiento y relación internos es simplemente una manera de expresar lo que sabe cualquier cristiano. Todo cristiano sabe que el Hijo es el Hijo unigénito del Padre de la eternidad hasta la eternidad y el Espíritu Santo es el espíritu del Padre y del Hijo de la eternidad hasta la eternidad.



8

Algunos errores antiguos y sus contrapartes modernas

Hace casi tres mil años, el rey Salomón escribió:

¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será.

¿Qué es lo que ha sido hecho?

Lo mismo que se hará. (Eclesiastés 1:9)

Muchos de los errores relacionados con Cristo y la Trinidad que enfrentó la iglesia en los primeros siglos de su existencia han reaparecido en los últimos siglos bajo nuevos nombres y usando nuevas caras. Esta época no es la excepción. Nosotros podemos evitar repetir los errores del pasado, si estamos dispuestos a aprender de aquellos quienes trataron primero con ellos. Ellos encontraron el lenguaje apropiado y las fórmulas para corregirlos y para expresar la verdad bíblica en relación con la Santa Trinidad.

Ya a finales del primer siglo, el apóstol Juan, en su primera epístola, advirtió sobre hombres que estaban enseñando falsamente con relación a la encarnación de Cristo, negando que el eterno Verbo divino en verdad se hiciera carne. Juan escribió:

Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del Anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo. (1 Juan 4:1-3).

La negación de la verdadera divinidad de Cristo.

Los ebionitas, nombre que proviene de la palabra hebrea para “el pobre”, fueron los judíos quienes creyeron que Jesús era el Mesías. Sin embargo, negaron su nacimiento virginal y no creyeron en su divinidad. Consideraron al apóstol Pablo como un traidor a la verdadera fe, alguien que había pervertido el evangelio.

Los elkesaítas fueron una rama de los ebionitas, fundada por Elkesai alrededor del año 100. Elkesai afirmaba que había recibido un libro del cielo, la verdadera enseñanza sobre Jesús. Él enseñó que Jesús fue un profeta como Moisés, que vino a predicar la verdad y para reunirse a los justos. Ambos grupos, como vemos, afirmaban ser cristianos y aun así negaban una verdad básica del evangelio cristiano: que Jesucristo es Dios hecho carne. El culto a Elkesai sobrevivió en Arabia y tuvo alguna influencia en Mahoma (a. 570-632), el fundador del islam. Gran parte de lo que el Corán del islam dice sobre Jesús, concuerda con las enseñanzas de Elkesai. Jesús, de acuerdo con el Corán, fue un profeta que nació virginalmente, que ascendió al cielo y que regresará. Sin

embargo, él no es el Hijo encarnado de Dios. El Corán dice: “Los cristianos dicen: ‘El Mesías es el hijo de Alá’. Eso es lo que dicen con su boca. Imitan lo dicho por aquellos que no creían en lo antiguo. Alá (él mismo) luchó contra ellos. ¡Qué perversos son ellos!”¹⁷ El Corán también dice: “Jesús, el hijo de María, fue sólo un mensajero de Alá y de su Palabra la cual él transmitió a María, y un espíritu de él. Por lo tanto, crea en Dios y en sus mensajeros, y no diga: ‘Tres’”.¹⁸ Una vez un guía jordano lo dijo más breve y suavemente: “Nosotros no creemos que Dios tenga una familia”.

El docetismo: negación de la verdadera humanidad de Cristo

Como fue mencionado previamente, una falsa enseñanza temprana acerca de Cristo fue el docetismo. Esta doctrina quería honrar a Jesús como verdadero Dios, pero lo privó de su verdadera humanidad. Sosteniendo el punto de vista que era incorrecto e imposible para el Dios todopoderoso nacer, sufrir y morir, los docetistas (del latín *docet* que significa: “parecer”) enseñaban que el Hijo de Dios sólo pareció ser humano. En su opinión, él realmente fue una clase de fantasma, o una proyección de lo divino, sin participar verdaderamente en nuestra humanidad. En el segundo siglo, Marción suprimió las palabras de Jesús en Lucas 24:39 por el interés de su sistema docético: “Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy. Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo.” El propósito de Marción era negar que Cristo fue un ser física y materialmente verdadero, especialmente después de que fue glorificado. Marción fue uno de muchos maestros que fueron fuertemente influenciados por los gnósticos, un grupo del cual vamos a escuchar más.

Los padres apostólicos

Los padres apostólicos fueron hombres que conocían o podían haber conocido personalmente a uno o más de los apóstoles de Jesús. Aunque algunas de sus obras pudieron haber sido escritas antes, por lo general se cree que su actividad fue desde finales de los años 90 a principios del 150. Todos ellos insistieron que hay uno solo Dios. Todos ellos afirmaron que Cristo es divino y que él vino a esta tierra como Jesús. Ellos creían que Cristo existió antes de la creación y que muchos hablaron de su obra en la creación de todas las cosas. Muchos de ellos usaron la expresión “Padre, Hijo y Espíritu Santo”. Ninguno de ellos tuvo mucho que decir acerca del Espíritu Santo, en parte porque su obra fue evidente en la vida de la iglesia y en parte porque los herejes no estaban negando o atacando su persona y obra, así como ya lo estaban haciendo en el caso del Padre y del Hijo. Desafortunadamente, mientras que todos estos padres apostólicos fueron muy cuidadosos de no hablar de Cristo como “creado”, cada uno de ellos de una manera u otra habló del Hijo como subordinado del Padre, y en realidad, no eterno.

Los apologistas

Los apologistas, un grupo en su mayoría escritores cristianos del siglo segundo, fueron defensores, o “exponentes”, de la fe. Siendo cristianos serios y hombres eruditos, ellos trataron de explicar la relación de Cristo y el Padre, especialmente a los no cristianos. Ellos no tenían la ventaja que nosotros tenemos, de poder construir sobre los esfuerzos de grandes hombres del pasado. En sus esfuerzos, algunas veces hicieron declaraciones que fueron inadecuadas, no claras, o incluso erróneas. Por ejemplo, teorizaron que el Logos (el Verbo) no era eterno, pero existió antes de la creación, de tal forma que pudo participar en la obra creadora.

Especialmente, tendían a subordinar tanto al Hijo como al Espíritu Santo al Padre.

Gnosticismo

Una de las más grandes amenazas para la iglesia en el siglo después de los apóstoles, una amenaza mucho mayor que la persecución del gobierno, fue la del gnosticismo (de la palabra griega *gnosis* que significa “conocimiento”). El gnosticismo no se originó en la iglesia, pero encontró adherentes allí. Los gnósticos afirmaban tener un conocimiento que la gente del común no tenía. El gnosticismo era una ciencia falsa, tanto como lo es el evolucionismo hoy. Hubo una gran variedad de sistemas gnósticos, sin embargo todos tendieron a tener ciertas cosas en común.

Entre los cristianos que fueron atrapados en este sistema de creencias falsas, el conocimiento fue considerado más conveniente que la fe. Aquellos a quienes fue revelado un conocimiento especial, supuestamente fueron superiores que los otros cristianos. Los gnósticos dieron respuestas especulativas a preguntas que la Biblia ni formula ni responde, o no estaban satisfechos con las respuestas de la Biblia. Por ejemplo, formulaban la muy “moderna” pregunta: “Si Dios es bueno y todopoderoso, ¿por qué permite el mal en el mundo?” La respuesta de los gnósticos era que Dios, el Creador del Antiguo Testamento era inepto, una fuerza ciega que no podía trabajar inteligentemente o efectivamente. Esta ineptitud que enseñaban, resultó en la imperfección del mundo material, y por lo tanto, se tradujo en pecado. Ellos consideraron la creación como una caída o una “devolución” del mundo espiritual al mundo material, de lo divino a lo corrupto. Pensaban de la salvación como una evolución o regeneración, en la cual el espíritu se libera de la prisión del cuerpo a través del conocimiento. Libre de lo material y de lo

físico, finalmente el espíritu puede ser raptado a la “plenitud de la deidad”. Aunque usaban vocabulario bíblico, los gnósticos explicaban muy diferente las palabras literales de la Escritura y asignaban significados “espirituales” (alegóricos) a ellas. No dudaban en agregar mitos a los relatos bíblicos con el fin de reforzar sus enseñanzas.

No parece haber existido sistemas gnósticos completamente desarrollados para el tiempo en el que el Nuevo Testamento fue escrito. Sin embargo, las ideas gnósticas ya estaban generando conflicto a algunos creyentes cristianos. Pablo escribió a los cristianos de Colosas: “Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas basadas en las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad” (Colosenses 2:8,9). Principios básicos y plenitud fueron expresiones frecuentemente usadas por los gnósticos. Parecía que Pablo urgía a sus lectores a evitar las ideas gnósticas acerca de la “plenitud de la divinidad” y a centrarse en Cristo, en quien mora la plenitud de la divinidad. Incluso, la expresión “corporalmente” podría ser relacionada con la idea gnóstica de que el cuerpo es intrínsecamente malo.

Pablo escribió a Timoteo: “Guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas y los argumentos de la falsamente llamada ciencia, la cual profesando algunos, se desviaron de la fe” (1 Timoteo 6:20,21). La expresión “la falsamente llamada ciencia” también puede ser traducida como “la falsamente llamada gnosis”. Las palabras de advertencia de Pablo ciertamente aplican aun hoy en día.

El error más perjudicial de los gnósticos fue el de negar la verdad fundamental cristiana de que “el Verbo se hizo carne” (Juan 1:14), es decir, que en Cristo Dios se hizo completamente humano. En su punto de vista, ya que carne y

sangre son materia, y la materia es maldad o un “espejismo”, el santo y divino Hijo de Dios no pudo haber asumido una naturaleza verdaderamente humana. En los sistemas gnósticos que le dieron algún honor divino a Cristo, él fue tratado como un ser espiritual, que sólo parecía ser humano (docetismo). Jesús no era el corazón y el centro del saber de la Biblia puesto que, según ellos, él sólo fue uno de muchos mediadores a través de los cuales Dios había dado conocimiento a la raza humana. No había mucho interés en el Jesús de los cuatro evangelios.

Ejemplos modernos de gnosticismo

La ciencia cristiana es un ejemplo moderno de gnosticismo. De acuerdo a la enseñanza de Mary Baker Eddy, la madre virgen concibió una idea de Dios y le dio el nombre de Jesús. El hijo de María fue la descendencia de la comunión de su propia conciencia con lo divino. Su hijo no es Dios, puesto que Dios es un principio impersonal o una mente infinita. Jesús no es Cristo, porque Cristo es simplemente la divinidad ideal. La “ciencia”, incidentalmente, es una manera en la que se traduce la palabra griega gnosis (conocimiento).

La ciencia cristiana tiene una “hermana gemela”: la escuela de la unidad de la cristiandad. En este sistema, se hace una distinción entre Jesús, el hombre, y el Cristo. El Cristo es simplemente el pensamiento de Dios de lo que el hombre debería ser. Jesús es el hombre exterior, y Cristo es la identidad espiritual. Jesús, el hombre, no fue Dios encarnado, sino una reencarnación del rey David. Jesús demostró el Cristo en su vida y así, manifestó que él fue uno de los hijos de Dios y no el unigénito Hijo de Dios. La sociedad teofilosófica es otro ejemplo de un grupo que enseña un Cristo gnóstico.

Los santos de los últimos días (mormones) registran la Biblia primero entre sus libros más importantes. Sin embargo,

enseñan un Cristo gnóstico con base en sus otros libros comunes y las revelaciones continuas de sus presidentes.

El Cristo de los testigos de Jehová fue creado como el arcángel Miguel. Él fue el hermano del ángel que pecó, Satanás. Jesús, el hombre, fue un ser humano perfecto, pero nada más. Él no se levantó físicamente de la muerte. Dado que su cuerpo no estaba en el sepulcro, debía haberse disuelto en gases, o debió haber sido removido sobrenaturalmente, y preservado como un gran monumento conmemorativo. El espíritu de Jesús se levantó como un ser divino (de nuevo, Miguel) y regresó como rey de la tierra en 1914. Él no regresó ni regresará visiblemente porque no tiene cuerpo.

Monarquismo

En ocasiones, los judíos acusaban a los primeros cristianos de creer en más de un Dios porque confesaban que “Jesús es Señor”. Filósofos gentiles también se preguntaban por qué los cristianos condenaban a los paganos por tener muchos dioses cuando ellos mismos adoraban a Padre, Hijo y Espíritu Santo. Tertuliano (murió alrededor del año 222), teólogo en Cartago, en África del Norte, habló de esta manera del problema común que los cristianos pueden tener con la doctrina de la Trinidad: “Los simples, de hecho, (no los llamaré necios ni analfabetas,) que siempre constituyen la mayoría de los creyentes, están sorprendidos por la distribución (de los tres en uno), sobre el fundamento de que su precepto de fe los separa de la pluralidad de dioses del mundo, al único y verdadero Dios”.¹⁹ ¿El Señor nuestro Dios es uno? ¿Cómo pueden ser adoradas tres personas como un solo Dios?

Algunos maestros en el siglo tercero hacían tanto énfasis en la unidad e identidad de Dios, que fueron llamados monarquistas. Las raíces griegas de esta palabra expresan el concepto de “un solo ser” o “un solo gobernante”. El monarquismo tomó dos formas, la modal y la dinámica.

Monarquismo modal

Una solución incorrecta a la dificultad de la enseñanza del tres en uno, es decir que el Padre, el Hijo y el Espíritu no son tres personas distintas. Los monarquistas modales negaban las personalidades individuales del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Más bien, según ellos, cada uno es un modo de la actividad de Dios, ya sea creando, redimiendo o santificando. Algunos teólogos, con el afán de ser útiles, aun hablaron de las tres máscaras o papeles de Dios (del latín *personae* de la cual viene la palabra *persona*). En el pensamiento monárquico, Padre, Hijo y Espíritu Santo son uno e iguales, pero no distintos el uno del otro. Realmente para algunos de ellos fue posible decir: “El Padre fue crucificado por nosotros”. Aquellos que enseñaban que el Padre (*patri-*) sufrió (*pasionistas*) fueron llamados *patripasionistas*. El más conocido de los modalistas fue Sabelio, quien fue condenado por un grupo de obispos que se reunieron en los años 268 y 269 en la ciudad de Antioquía de Siria.

Las palabras de Jesús en Mateo 28:19, de las cuales es tomada nuestra fórmula para el bautismo, proveen un testimonio que hay tres personas distintas, y no tres máscaras o modos. En el siglo 17, el teólogo Luterano Juan Gerhard, lo dijo de la siguiente manera: “El Padre recibe a la persona bautizada como su hijo, el Hijo como su hermano, el Espíritu Santo como su templo y habitación”.²⁰

Los pentecostales del nombre de Jesús (mencionados en el capítulo 3) son un ejemplo moderno de modalismo. A diferencia de los mormones y los testigos de Jehová, los pentecostales del nombre de Jesús enseñan que Jesús es verdadero Dios. Pero entonces, dicen que él es la única persona en la divinidad. Los seguidores de Emanuel Swedenborg (m. 1772), quien rechazó la doctrina escritural de la Trinidad, enseñan que la trinidad de “amor, sabiduría y actividad” son aspectos de una sola persona.

Monarquismo dinámico

La misma reunión de obispos que condenó a Sabelio en Antioquía durante el Sínodo de 268-269, también condenó a Pablo de Samosata por su “dinamismo”. El Sínodo de Antioquía dijo: “Él [Pablo] no confesará con nosotros que el Hijo de Dios descendió del cielo”.²¹ El dinamismo dice que en algún momento en el tiempo, quizá en su concepción o bautismo, Cristo recibió poder divino para hacer sus obras divinas. Por lo tanto, él no fue el Dios eterno que se hizo carne. En vez de eso, según Pablo de Samosata, un poder impersonal de Dios moró en él. Pablo de Samosata es recordado especialmente por prohibir a la congregación de Antioquía ofrecer oraciones e himnos a Jesús como Dios. Él insistió en que Cristo no es “de arriba” sino “de abajo”, un simple ser humano impregnado con el poder de Dios. Como el modalista Sabelio, Pablo pensó que su enseñanza estaba protegiendo la unidad de Dios.

Una forma de dinamismo, más comúnmente llamado hoy adopcionismo, aparece en algunas iglesias protestantes cuando Jesús es erróneamente presentado como un hombre perfecto, a quien Dios ha exaltado a un estatus divino, adoptándolo como su Hijo. La Fórmula de Concordia de la iglesia luterana condena el error de algunos de los anabaptistas, que “Cristo no es verdadero Dios; únicamente posee más dones del Espíritu Santo que ningún otro hombre santo”.²²

Subordinacionismo

Desafortunadamente, algunos de los que hicieron buenas contribuciones para el desarrollo sano de las enseñanzas de la Trinidad, también hablaron del Hijo como subordinado del Padre. El apologista Justino Mártir, ejecutado por el gobierno de Roma alrededor del año 165, enseñó que el Hijo es el

siervo del Padre, dependiente de él, sin tener todos los atributos o características divinas.

Mientras que Orígenes insistió que el Hijo es verdaderamente Dios de la eternidad, él, de alguna manera consideró al Hijo (y al Espíritu Santo) como secundarios o subordinados al Padre. Él no quiso decir simplemente que Jesús mismo se subordinó a su Padre al llevar a cabo su ministerio terrenal. Él quiso decir que el Hijo está subordinado al Padre en la divinidad, que no es una criatura ordinaria pero tampoco es Dios en el sentido más estricto y absoluto de la palabra. Hasta que hubo un momento en que él sugirió que el Padre y el Hijo son “dos dioses”, aunque uno en poder.

Es cierto que Jesús se subordinó al Padre al realizar su ministerio terrenal. “Porque el Padre mayor es que yo”, dijo Jesús (Juan 14:28). Sin hacer evidentes todas sus características divinas, sin hacer valer toda su autoridad divina, y sin ejercer todo su divino poder según su naturaleza humana, él pudo decir: “Para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago” (Juan 14:31). El apóstol Pablo, en su carta a los filipenses, nos dice que Jesucristo se humilló a sí mismo y se hizo obediente. Por esa misma acción, Jesús muestra que él es el Hijo de Dios por naturaleza, igual a Dios. Esto significa que él no es esencialmente subordinado. “Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Mas aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:6-8). Él no puede dejar de ser lo que eternamente ha sido. Su deidad no le puede ser quitada. Sin embargo, cuando él vino a redimir el mundo de pecadores, voluntariamente se apartó de toda la

manifestación de su divina majestad y del total uso de sus poderes divinos como el Dios-hombre. Jesús no usó para su propio beneficio en tiempo, lo que había sido suyo por derecho, desde la eternidad.

“Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos” (2 Corintios 8:9). Como el Hijo de Dios desde la eternidad, él es el infinitamente rico Señor del universo. No hubo ni hay nada que no le pertenezca a él. Se hizo pobre temporalmente por amor de nosotros, haciendo a un lado la totalidad y continuo uso de sus poderes y habilidades divinas.

No perdamos la vista de lo que Jesús logró al asumir nuestra pobreza en obediencia al Padre. “Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación que produce vida. Así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, muchos serán constituidos justos” (Romanos 5:18,19). A través de la humilde obediencia de Jesús “muchos serán constituidos justos”. Muchos no significa: “algunos”, sino “todos”. Los muchos que fueron hechos pecadores por el pecado de Adán, son declarados justos con base en la obediencia sumisa de Cristo: “por la justicia de uno”.



9

Arrianismo

Arrio

Arrio fue un presbítero (sacerdote) en Alejandría, Egipto, quien acusó a su obispo de ser un sabeliano, es decir, un monarquista modal. Él específicamente objetaba de la forma en que su obispo usaba la palabra griega homoousios para expresar la relación que existe entre el Padre y el Hijo. La palabra significa “de la misma esencia (ser)”. El problema con la palabra homoousios, un problema reconocido también por otros así como por Arrio, fue que Sabelio había usado la palabra para enseñar que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son simplemente tres modos diferentes o manifestaciones de Dios, en vez de tres personas diferentes. Sin embargo, el

problema de Arrio con su obispo no es la razón por la cual lo recordamos a él. Mencionamos eso aquí porque veremos que la palabra homoousios se convirtió en una palabra muy útil, aunque fue una palabra que molestaba a algunos.

En el año 320, el Sínodo de Alejandría declaró herético a Arrio, lo destituyó de su puesto y lo excomulgó. La verdadera razón por la cual recordamos a Arrio es porque él negó que el Hijo de Dios fuera Dios desde la eternidad y que Jesucristo sea el Hijo encarnado del Dios eterno. Arrio estudió el Nuevo Testamento, los escritos de maestros cristianos del siglo segundo (los apologistas), y especialmente a Orígenes, y llegó a la correcta conclusión que Cristo es el Hijo de Dios. Sin embargo, Arrio llegó a la conclusión equivocada que el Hijo es un dios menor, inferior y subordinado al Padre, y no eterno.

¿Qué enseñó realmente Arrio relacionado con la segunda persona de la Trinidad? Él dijo que el Hijo de Dios es la criatura más grande de Dios, hecha de la nada antes de la creación del mundo, divino pero no eterno. “Hubo una vez en que él no existió”, dijo Arrio. Él no podía decir: “Hubo un tiempo en que él no existió”, porque él enseñó que Cristo fue creado en eternidad, antes que el tiempo comenzara. Él le escribió a un amigo: “Antes que fuera engendrado, creado, ordenado o fundado, él no era”. Arrio también dijo: “Él fue creado de la nada”,²³ Dios, según Arrio, creó al Hijo para ser su agente en la creación del mundo. Cristo es una clase de segundo Dios. Puesto que el verdadero Dios está sobre y más allá del mundo, él no pudo llegar a ser encarnado. Dado que Dios no puede sufrir, el que murió en la cruz no puede ser el Dios eterno.

Parte del problema de Arrio fue que interpretó mal el concepto de engendrado en referencia a la relación entre el Padre y el Hijo, un error no muy difícil de entender. La palabra engendrado ha sido usada por Orígenes y otros (así como también el Credo Niceno) para expresar la verdad de

que el Hijo no fue hecho, es decir, que no es una criatura. Engendrado no se refiere a un evento, sino a una relación. Ésta da a entender que la relación de la segunda persona con la primera persona es una relación de Padre e Hijo. Hablando de relaciones humanas, engendrar implica un evento en tiempo e incluye el hecho de que el engendrado es más joven de aquel que engendra. Sin embargo, cuando el término unigénito (“el único engendrado”) es aplicado a la segunda persona de la Trinidad, no significa un evento en tiempo. Más bien, significa una relación eterna, sin comienzo ni fin. Como Orígenes de Alejandría dijo: “¿Quién, que es capaz de mantener pensamientos o sentimientos reverentes acerca de Dios, puede suponer o creer que Dios el Padre alguna vez existió, aun por un instante de tiempo, sin haber generado su Sabiduría [el Hijo]?”²⁴ Para decirlo más sencilla y brevemente: el Hijo es eternamente el Hijo porque el Padre es eternamente el Padre.

Los lectores que están familiarizados con Juan 3:16, saben que llama a Jesús el “Hijo unigénito” de Dios. Esa traducción expresa una verdad teológica correcta respecto a la relación entre Padre e Hijo. Sin embargo, es una mala traducción. La palabra griega en cuestión es *monogenes* que significa: “único; único en su género; único en su clase”. El punto de Jesús en este versículo no es que él es el único engendrado de Dios (aunque eso es cierto), sino que simplemente él es único, que no hay otro como él.

El Concilio de Nicea (325)

Hubo algunos líderes de la iglesia que estaban de acuerdo con Arrio y protestaron por su excomunión. Aquellos que realmente entendieron el significado de lo que Arrio estaba diciendo fue una minoría. No obstante, su enseñanza puso en peligro la enseñanza entera del evangelio, y la controversia amenazó con dividir la iglesia. El emperador Constantino

pensó que era necesaria una iglesia unida para ayudar a preservar la unidad del Imperio Romano. Con la asesoría del obispo español Osio de Córdoba, convocó a todos los obispos del imperio a un sínodo. Este sínodo es recordado como el primer concilio ecuménico (universal), aunque sólo un obispo del occidente asistió. Llegó a ser considerado como ecuménico porque los cristianos de todas partes finalmente aceptaron su gran decisión doctrinal.

En lo que ahora es Turquía, al sureste de Constantinopla (hoy Estambul), en Nicea (hoy Iznik), los obispos se reunieron el 20 de Mayo de 325. Había 318 de ellos, cerca de una sexta parte del total de los obispos del imperio. El hombre que presidió no era un obispo de la iglesia, y al mismo tiempo, ni siquiera un cristiano bautizado. Fue Constantino. El hombre cuyo nombre es especialmente recordado por su papel en resolver la controversia, tampoco era un obispo en ese tiempo. Él se llamaba Atanasio.

El diácono Atanasio de Alejandría fue el secretario de confianza de su obispo y, como su asesor teológico, indirectamente influenció el resultado del sínodo. La preocupación de Atanasio era práctica. Él reconoció que la pregunta de si Cristo es verdadero Dios o no, tenía que ver con la salvación de la raza humana. Él insistió correctamente, en que sólo Dios puede salvar. También señaló que para las Escrituras llamar a Jesucristo Dios o para dirigirse a él en la liturgia como Dios, sería una idolatría si no fuera verdadero Dios. Atanasio dijo: “Él se hizo hombre para que nosotros pudiéramos llegar a ser divinos”.²⁵ Él, por su puesto, no quiso decir que seremos dioses, sino que, por la obra de Cristo, por fin tendremos perfecto conocimiento de Dios y seremos santos e inmortales.

En el concilio (sínodo), el debate final se centró en dos palabras griegas, casi idénticas, pero inmensamente diferentes en su significado. ¿Es Cristo homoousios (la palabra que Arrio

había objetado), del mismo ser como Dios el Padre (consustancial al Padre)? ¿O es Cristo homoiousios, de un ser parecido o similar al de Dios el Padre? Según el punto de vista de Atanasio, homoousios expresa la verdad que Cristo es en esencia verdadero Dios de la eternidad. Dios no es un título de cortesía para el Hijo. Dios es quien él es. Esa palabra y esa verdad prevalecieron en Nicea, no sólo porque Atanasio lo recomendó, sino también porque, no de manera insignificante, el emperador Constantino insistió en ello. El sínodo (concilio) formuló un credo para expresarlo. La pequeña letra i no fue permitida.

El Credo de Nicea contiene muchas cosas que son familiares para la gente que hoy conoce el Credo Niceno, incluyendo la expresión “consustancial (homoousios) al Padre”. El tercer artículo del Credo de Nicea, por su parte, sencillamente dice: “Y en el Espíritu Santo”, porque hasta ese tiempo no habían surgido serias controversias relacionadas con la persona y la obra del Espíritu. Hubo un apéndice para el credo, condenando a aquellos quienes estaban de acuerdo con Arrio o que sostuvieron otros errores relacionados con la segunda persona: “Pero aquellos quienes dicen que hubo una vez cuando él no existió, y antes que fuera engendrado no existió, y que fue hecho de la nada; o aquellos que dicen que el Hijo de Dios era de una hipóstasis o ousia diferente, o que era una criatura, o susceptible de modificación o alteración, estos anatemia [condena] la iglesia católica”.²⁶

Problemas después del Concilio de Nicea

Sólo Arrio y un obispo se negaron a someterse ante la autoridad del emperador y a aceptar el credo. Otro obispo, Eusebio de Nicomedia, también fue destituido y excomulgado aunque aceptó la decisión y el credo. Años después, Eusebio puso a Constantino en contra de Atanasio. Atanasio fue exiliado un total de cinco veces por Constantino y sus

sucesores. Hubo tiempos en los que parecía que el mundo entero estaba en contra de Atanasio y que sólo él tenía la verdad que es resumida en homoousios.

Hubo dos problemas con las palabras escogidas para el Credo de Nicea, problemas que continuaron importunando a la iglesia por otros 56 años. Primero, la palabra homoousios había sido usada por Sabelio para enseñar el modalismo el cual niega que Dios sea tres personas distintas. Por esa razón, muchos teólogos en la iglesia oriental, quienes realmente estuvieron de acuerdo con Atanasio y rechazaron el arrianismo, encontraron la palabra “inapropiada”. Segundo, hypostasis y ousia fueron usadas por teólogos orientales como sinónimos, ambos para referirse al ser (esencia, substancia) de Dios. Entre el año 325 y 381, los teólogos comenzaron poco a poca a usar la palabra hypostasis, en el sentido de “persona”, para referirse a cada una de las tres personas de la Trinidad. Ellos guardaron la palabra ousia para referirse al ser de Dios. En eso, ellos siguieron a los teólogos occidentales que por mucho tiempo ya habían hecho una distinción entre substancia o esencia (ser) por un lado, y persona (expresando la individualidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo) por el otro lado.

Bajo la sucesión de emperadores y un continuo cambio del clima religioso, hubo credos de compromiso que evitaron el uso de la palabra homoousios: “consustancial” al Padre. Otros credos usaron expresiones tales como “en todas las cosas similares al Padre”, “de otro ser que el Padre”, “como el Padre”, y aun, en el caso de Eunomio y sus seguidores, “no similar al Padre”. No sólo obispos y teólogos se ocuparon de estos temas. Algunos de la gente común cantaron versos arrianos, mientras que otros argumentaban a favor de las enseñanzas de Atanasio.

La iglesia se pone de acuerdo en cuanto a la terminología

En una reunión en Alejandría en el año 362, el anciano Atanasio consultó con tres teólogos orientales que son recordados como los grandes capadocios, porque vinieron de una región al suroeste de Asia Menor conocida como Capadocia. Basilio de Cesarea, Gregorio Nancianceno y Gregorio de Nisa fueron capaces de explicar el problema que existió en el oriente con respecto al uso de homoousios: Había sido el término que Sabelio usó para enseñar el modalismo. Atanasio, por su parte, pudo explicar el sentido en el que él y la iglesia occidental lo estaban usando: para expresar la igualdad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no para negar que son distintos el uno del otro, sino para evitar renunciar a la unidad del ser de Dios. Los capadocios dijeron que siempre habían creído en la igualdad de las tres personas y en la unidad de Dios, sin usar la palabra homoousios para expresarlo.

Al final de su reunión, Atanasio y los capadocios llegaron a un acuerdo sobre una forma revisada del credo, llamado el Credo de Jerusalén. Los capadocios trabajaron para convencer a sus compañeros obispos y teólogos ortodoxos que Atanasio y aquellos que estaban de acuerdo con él no eran modalistas.

Recuerde que las dos palabras hypostasis y ousia habían sido usadas en el sentido de “ser” en Nicea. Ahora, los capadocios y Atanasio (y otros) acordaron que hypostasis debía ser usada para expresar las distintas identidades del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, es decir, que debe ser entendido como “persona”. La palabra ousia, por otro lado, sería usada para el solo ser que las tres personas comparten. Otros sínodos en otras partes del Imperio Romano llegaron a conclusiones similares durante las dos décadas siguientes.

El acuerdo total entre todos los líderes de la iglesia fue retardado cuando 35 obispos egipcios, seguidores de Macedonio, negaron que el Espíritu Santo sea igual con el

Padre y con el Hijo. Ellos se referían al espíritu como simplemente los dones espirituales dados a los creyentes. Los macedonianos se ganaron para sí el sobrenombre de pneumatómacos, “luchadores contra el espíritu”.

Este es un buen lugar para mencionar que cuando hablamos del Espíritu Santo como la tercera persona de la Trinidad, no estamos diciendo que el es tercero en categoría o divinidad. Es simplemente porque el Espíritu es usualmente mencionado de tercero cuando las personas de la Trinidad son nombradas, como en Mateo 28:19 (la institución del bautismo) y 2 Corintios 13:14 (la bendición apostólica). También existe un orden natural o relación de origen con el Padre, como la primera persona, el Hijo como la segunda y el Espíritu Santo como la tercera, puesto que el Hijo es engendrado del Padre y el Espíritu procede del Padre y del Hijo.

Los testigos de Jehová hablan del Espíritu Santo no como una persona sino como una “fuerza activa de Dios; la energía usada por Dios para crear el universo y para monitorear y bendecir a su creación”.²⁷ Joseph Franklin Rutherford (1869-1942), fundador de la secta, escribió en *El arpa de Dios*: “El espíritu santo [sic] es el poder invisible y la energía de Jehová”.²⁸ Los unitarios tampoco consideran al Espíritu como una persona separada de la divinidad. Friedrich Schleiermacher, “el padre de la teología moderna”, enseñó que “la expresión ‘Espíritu Santo’ debe ser entendida para significar la unidad vital del compañerismo cristiano como una personalidad moral; y esto... se puede denotar por la frase, su espíritu común”.²⁹

El Concilio de Constantinopla (381) y el actual Credo Niceno

Hubo otro problema por aclarar. En un intento de explicar cómo las naturalezas humana y divina se unieron en Cristo, Apolinar de Laodicea inadvertidamente negó la completa

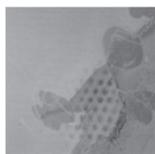
humanidad del Salvador. Primero, dijo que el divino Logos (el Verbo) tomó el lugar de la mente humana o alma en Jesús. Cuando fue señalado que esto privaba al Hijo de su completa humanidad, Apolinar cambió su punto de vista y dijo que, en Jesús, el Espíritu Santo reemplazó al espíritu humano. Eso, por supuesto, continuaba privando a Cristo de su completa humanidad. Apolinar estaba tratando de explicar cómo sucedió el gran milagro de la unión de las naturalezas humana y divina, un misterio que no puede ser explicado. Gregorio Nancianceno dejó claro por qué la entera y verdadera humanidad de Cristo es un tema muy importante: “Lo que él no ha asumido, no ha sanado”.³⁰ Fue necesario un Salvador divino, con una naturaleza totalmente humana para rescatarnos a los seres humanos en cuerpo y alma.

Un contemporáneo de Apolinar fue Marcelo de Ancira (la Ankara moderna, la capital de Turquía). El dijo que el solo Dios se expandió a tres dioses para la obra de la creación y redención, y luego se contrajo nuevamente a un solo Dios. Esto es una variación del modalismo.

Para tratar con estos problemas continuos, los coemperadores Teodosio I y Valentiniano II convocaron a lo que la historia llama, el Segundo Concilio Ecuménico. Los obispos de la parte oriental del Imperio Romano se reunieron en Constantinopla en el año 381. El propósito del concilio era encargarse de los errores de los pneumatómacos, de Apolinar y de Marcelo. Ningún obispo occidental fue invitado, principalmente porque el occidente no estaba involucrado en ninguna de las controversias contemporáneas. También, el propósito manifiesto de éste sínodo era reafirmar la fe trinitaria confesada en Nicea. Para ese propósito, los obispos reunidos discutieron y adoptaron, finalmente, el revisado Credo de Jerusalén sobre el cual Atanasio y los capadocios habían estado de acuerdo en Alejandría en el 362.

El concilio adoptó la confesión conocida por nosotros como el Credo Niceno. Los historiadores lo recuerdan como el Credo Niceno-Constantinopolitano o el Credo de Constantinopla. Podemos resumir la doctrina trinitaria y el credo de ese concilio de la siguiente manera: (1) Dios en un solo ser (ousia) en tres personas (hypostaseis). (2) El Hijo y el Espíritu Santo son del mismo ser (homoousios) como el Padre.

La cristiandad trinitaria se convirtió en la única religión legalmente protegida en el Imperio Romano. Esto no fue, como algunos han afirmado, una victoria de ideas griegas abstractas sobre el mensaje más concreto de los autores judíos de la Biblia. Al contrario, el Credo Niceno puso límites a las especulaciones filosóficas griegas respecto al Dios trino.



10

Errores anti-trinitarios modernos

Unitarismo

El arrianismo ha reaparecido en diversos tiempos, bajo varios nombres, y aún existe en el escenario religioso de hoy. En 1531, el físico español Miguel Servet publicó *De los errores acerca de la Trinidad*. En él, no sólo atacó la doctrina de la Trinidad, sino que también atacó la enseñanza de que en Cristo las naturalezas humana y divina están unidas en una sola persona. Después de su ejecución en Ginebra en 1553, muchos de los que estuvieron de acuerdo con él encontraron refugio en Polonia. Allí, ellos se unieron a los seguidores de Fausto Socino (m. 1604), un líder religioso italiano.

Socino rechazó la Trinidad y la deidad de Cristo. El decía que Cristo había nacido de la virgen, pero negó que sea divino. Según la opinión de Socino, Jesús fue simplemente dotado con sabiduría, poder e inmortalidad divinos. Jesús vino a proclamar el perdón de Dios, pero no obtuvo ese perdón al expiar nuestro pecado. Perseguido durante algunos años y finalmente obligado a salir de Polonia en 1658, algunos de los socianos se establecieron en Transilvania (hoy parte de Rumania). Allí, por primera vez, las personas de la creencia arriana fueron llamadas unitarias.

En el siglo 19, los descendientes espirituales de los socianos se declararon acuerdo y compañerismo con grupos unitarios en Gran Bretaña y Norte América. En los Estados Unidos, la Asociación Unitaria Universalista es franca en su rechazo a la Trinidad, así como a la encarnación y la expiación vicaria. Por lo menos algunos cuáqueros han seguido a William Penn, rechazando la doctrina de la Trinidad así como es confesada en el Credo Niceno y el Credo Atanasiano.

Servet, Socino e aun unitarios del siglo 19 malinterpretaron la Biblia al presentar y defender su opinión. Hoy, los unitarios confían casi exclusivamente en la autoridad de la razón humana.

En los Estados Unidos, la iglesia evangélica y reformada y las iglesias cristianas congregacionales se unieron en 1957 para formar la iglesia unida de Cristo. Algunas de las iglesias congregacionales con antelación habían formado parte de la convención general de iglesias cristianas, un cuerpo no trinitario. En la fusión de 1957, estas iglesias congregacionales no fueron requeridas a afirmar la doctrina de la Trinidad. Por lo tanto, la iglesia unida de Cristo está comprendida por algunas iglesias que confiesan la Trinidad y otras que no.

Hay muchos grupos religiosos que siguen la enseñanza básica de Arrio, de que Jesucristo no es el Dios eterno hecho

carne, sino un simple ser humano. Aunque puede que ellos no sigan las doctrinas de Arrio en detalle, de todas formas comparten su error elemental. Los representantes más conocidos y numerosos del arrianismo hoy son los testigos de Jehová, oficialmente conocidos como la Sociedad de la Biblia y de los Tratados de la Torre del Atalaya. Los testigos de Jehová reconocieron formalmente la autoridad de la Biblia, pero enseñan un Cristo arriano, con base en su traducción de la Biblia “Nuevo Mundo”, y su hábil manipulación de los pasajes de la Escritura. Enseñan que Jesús tuvo un comienzo como el Hijo creado de Dios. Ellos se deleitan en señalar que la declaración trinitaria más obvia en la versión Reina Valera de la Biblia no es una parte auténtica de la Sagrada Escritura. En la versión Reina Valera, 1 Juan 5:7 dice: “Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno”. Lo que dice este versículo es cierto, así como lo sabemos de muchos pasajes claros de la Escritura. No obstante, no debe ser considerado como parte de la Palabra inspirada por Dios. Ningún manuscrito griego anterior a 1520 contiene este versículo.

Protestantismo liberal

Se ha dicho, y puede ser fuertemente debatido, que la imagen pública, la visión general de Dios, es hoy más unitaria que trinitaria. Eso no es tanto porque la gente haya reflexionado en cuanto a la doctrina, sino porque son ignorantes o indiferentes en cuestiones religiosas. Los unitarios son menos responsables por esta situación de lo que lo son los teólogos liberales y los predicadores en iglesias nominalmente trinitarias. Hoy hay muchos protestantes liberales que llevan el nombre de cristianos y predicán en iglesias que son oficialmente trinitarias. Sin embargo, consideran las enseñanzas de la Biblia sobre la encarnación como un mito. Ellos tienden a darle menos naturaleza divina

al Hijo de la que Arrio le dio. Naturalmente, entonces, rechazan la doctrina de la Trinidad (de hecho, si no oficialmente).

Deísmo y francmasonería

La religión de muchos de los padres fundadores de los Estados Unidos de América era el deísmo. Ellos seguían las enseñanzas del Señor Herbert de Cherbury, publicadas en 1624. En resumen, él enseñó que hay un Ser Supremo, que creó el universo pero que ya no se involucra en controlarlo. Es como si Dios hiciera un reloj y simplemente lo dejara correr. La palabra deísmo se deriva del latín deus que significa “dios”. El dios de Cherbury debe ser adorado, pero tal adoración consiste principalmente en la piedad y la vida moral. Los pecados son para ser expiados por el arrepentimiento y por hacer penitencias. Aunque Dios no está directamente involucrado con el universo que creó, él castigará o recompensará a la gente, después de la muerte de acuerdo a lo que hayan hecho durante su vida. Los fundadores y desarrolladores de la francmasonería fueron deístas que cuidadosamente omitieron referencias de Cristo en sus rituales. Esto concuerda con su creencia deísta que Cristo no debe ser pensado ni adorado como Dios.

Judaísmo

Podría parecer extraño mencionar aquí al judaísmo, pero recordemos que Jesús y los autores del Nuevo Testamento fueron judíos. Además, hemos visto que hay muchas evidencias de la Trinidad en el Antiguo Testamento. Por supuesto, los judíos que creen que Jesús es el Mesías prometido son cristianos. Aunque pueden continuar con algunas de las prácticas tradicionales de sus ancestros, ya no son adherentes del judaísmo. Tampoco sus familias u otros judíos los consideran como judíos auténticos.

Aquellos judíos que aún creen que Dios enviará un Mesías, generalmente creen que él vendrá como un hombre nacido de dos padres humanos, y entonces comenzará su existencia. Es decir, ellos no creen que el Mesías será el Hijo eterno o preexistente de Dios. Por consiguiente, ellos no creen en la doctrina cristiana de la Trinidad.

Triteísmo, politeísmo, religión de la Nueva Era, y panteísmo

El triteísmo es la enseñanza que hay tres dioses. Joseph Smith, Jr., el fundador del mormonismo, dijo en un discurso de 16 de junio de 1844: “Yo siempre he declarado a Dios de ser un personaje distinto, Jesucristo como una persona separada y distinta de Dios el Padre, y el Espíritu Santo como una persona y un Espíritu diferente, y estas tres constituyen tres personajes y tres Dioses distintos (énfasis agregado)”.³¹

El politeísmo es la enseñanza que hay muchos dioses. Teólogos mormones han afirmado que, además del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo “pueden haber, y hay otros Dioses”.³² Así, a partir de dos fuentes oficiales diferentes de los mormones, se presenta tanto la doctrina de tres dioses (triteísmo) y la doctrina de muchos dioses (politeísmo).

Una de las enseñanzas más conocidas del mormonismo es el conocido refrán: “Como el hombre es, así fue Dios una vez; como Dios es, muchos pueden llegar a ser”. La autoridad oficial de este dicho popular se encuentra en el Diario de Discursos, volumen VI, página 3: “Dios una vez fue como somos nosotros ahora, y es un hombre exaltado”.³³ La manera de convertirse en un dios, es obedecer las leyes de la iglesia de Jesucristo de los santos de los últimos días.

Un nuevo tipo de politeísmo puede ser distinguido en algunas formas de la religión de la Nueva Era. Algunos de los adherentes declaran abiertamente que todos los seres humanos son dioses o tienen el potencial de convertirse en dioses. Ellos

instan a la gente a elevarse a la dignidad y a la autonomía de dioses. Su mensaje es notable como el del tentador en el huerto del Edén: Dios sabe que, cuando ustedes lo niegan y se apartan del cristianismo bíblico e histórico, sus ojos serán abiertos, y serán dioses.

El panteísmo confunde a la creación con su Creador, diciendo que todo es Dios y que no hay un Dios personal sobre o aparte de la naturaleza. Existen elementos fuertes del panteísmo en el movimiento de la Nueva Era. John Schuetze escribe:

En su libro *Desenmascarando la Nueva Era*, Douglas R. Groothuis ofrece las siguientes seis declaraciones para resumir la Nueva Era:

1. **TUDO ES UNO**—Groothuis explica: “En última instancia, no hay diferencia entre Dios, una persona, una zanahoria o una piedra. Todos ellos hacen parte de una realidad continua que no tiene fronteras, no la división final”.
2. **TUDO ES DIOS**—La Nueva Era enseña que Dios es todo y que todo es Dios. Dios no es considerado como un ser personal, sino como una fuerza energética impersonal. Todo lo que existe es dios. Este concepto fue evidente en las películas de la Guerra de las Galaxias con la presencia de “la fuerza”.
3. **TODOS SOMOS DIOS**—Dado que todo es Dios, de ahí se desprende que todos somos dioses. La clave es despertar al dios dentro de nosotros. Un notable líder de la Nueva Era afirmaba: “Arrodílese ante sí mismo. Honre y adore su propio ser. ¡Dios mora dentro usted como usted!”
4. **UN CAMBIO DE CONCIENCIA**—Aun cuando todos somos dioses, nosotros no lo sabemos. El problema es nuestra ignorancia, la cual nos impide darnos cuenta de nuestra divinidad. La solución es la iluminación. A través de la meditación, podemos alterar nuestra conciencia y abrir la puerta a la realidad.

5. TODAS LAS RELIGIONES SON UNA—Las religiones son simplemente diferentes caminos a la verdad. Así, la Nueva Era busca incorporar a todas las religiones a su movimiento. La cristiandad no es la excepción. En lugar de ser el Salvador del mundo, dicen que la misión de Cristo fue avisar a las masas dormidas de su divinidad innata.
6. LA LLEGADA DE LA NUEVA ERA—La antigua era está muriendo. Una nueva era está naciendo. Nosotros somos parte de una gran transformación de conciencia y cultura. A través de la “evolución de la conciencia” seremos capaces de dirigir la nave cósmica a más grandes y mejores tiempos. Los seguidores de la Nueva Era la llaman la Era de Acuario. Según la astrología, esto sucederá cuando el sol empiece a levantarse en Acuario, el primer día de la primavera. Esto traerá un final a la antigua era de Piscis, el pescado, que algunos identifican con la era cristiana, ya que el pescado fue adoptado como un símbolo del cristianismo. Ésta será remplazada por la nueva era de Acuario, la cual incluirá un nuevo orden del mundo, paz universal y un conjunto de valores completamente diferente. Pero debido a que los diferentes límites del zodiaco están pobremente definidos, los astrólogos no están de acuerdo sobre cuándo comenzará esta era de Acuario.³⁴

Rosicrucianismo

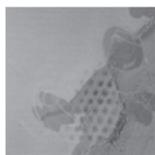
De ninguna manera es un movimiento de masas o una religión popular, sin embargo, el rosicrucianismo apela a una cierta clase de personas. Éste enseña que la deidad es un ser impersonal, compuesto por siete espíritus y que se manifiesta como una divinidad trina. El Padre es el más alto inicio del planeta Saturno, el Hijo es el más alto inicio del sol y el Espíritu Santo de la luna. Jesús, el hombre, es el Hijo de Dios o Cristo, pero solamente es uno de los miembros de un grupo que incluye a Buda. La cruz de la Antigua y Mística Orden de la Cruz Rosa, la hermandad de los rosacruces, no tiene ninguna conexión con la redención de los pecadores. Más

bien, es el signo de la evolución del pasado del hombre y su destino futuro. El hombre es en este momento una especie de semidiós, evolucionando en un ser divino. Jesús se manifestó a sí mismo con el fin de ayudar a la humanidad en este esfuerzo evolutivo.

Una deidad femenina

Entre las religiones más antiguas está la de adorar a la deidad femenina, generalmente en conexión con ritos de fertilidad. Isis en Egipto, Asera entre los cananeos y la Gran Madre de Asia Menor son algunos ejemplos. Algunos feministas modernos han adoptado por la adoración de una deidad femenina. Algunos han concebido de la tierra misma una fuerza femenina con el nombre de Gaya.

Otros, que quieren seguir siendo cristianos, han elegido referirse al Dios de la Biblia como Madre o ella, en vez de Padre y él. Algunos consideran al Espíritu Santo como el principio femenino, o aspecto femenino de Dios. Estas ideas, por su puesto, contradicen el lenguaje claro de la Biblia. La “masculinidad” de Dios es parte de la forma en que se revela a sí mismo, registrada en las Escrituras inspiradas, y no algo inventado e impuesto por la tradición patriarcal.



11

Nosotros creemos: Credos y confesiones

Los credos unen y dividen

El evangelio une a los creyentes en Cristo. El evangelio también divide a aquellos que lo rechazan de aquellos que creen en él. Lo mismo puede decirse de los credos. Cuando los cristianos están de acuerdo con un resumen del evangelio como su confesión de fe, están diciendo: “Estamos unidos en la verdad de la Palabra de Dios”. Aquellos que están en desacuerdo serán separados, o se separarán a sí mismos, de aquellos que comparten esta confesión de fe.

Existen tres credos ecuménicos (universales). Ellos resumen la doctrina de la iglesia del Dios trino y sus hechos poderosos. También rechazan implícitamente en el Credo Apostólico, más claramente en los Credos Niceno y Atanasiano antiguos errores relacionados con Dios. Como hemos visto en capítulos anteriores, esos errores antiguos

reaparecen de vez en cuando en nuevas formas con nombres modernos. Aunque no todos los creyentes los conocen y no todas las iglesias los reconocen oficialmente, todos los cristianos creen lo que los tres credos ecuménicos enseñan.

Puede haber peligro de que algunas personas piensen que han comprendido totalmente a Dios cuando han logrado entender un credo. Siempre hay un peligro que la gente se confunda el conocer el credo correcto con la confianza en el Dios de nuestra salvación, o que se imaginan que son salvos sólo porque confiesan credo “correcto”. Sin embargo, los credos son muy útiles en la vida de la iglesia como un estandarte para enseñar la verdad y como una manera de prevenir o corregir los errores. En el contexto de la adoración pública o de la devoción privada, proveen una oportunidad para examinar brevemente las cosas maravillosas que Dios ha hecho y está haciendo para la salvación de los pecadores y el bienestar de su iglesia. En donde quiera que los escritores del Nuevo Testamento resuman la obra de Jesús o hagan declaraciones sobre quién es él, simplemente están haciendo lo que los credos hacen en el segundo artículo. Puesto de otra manera, el segundo artículo en los credos ecuménicos resume la obra de redención de Cristo, según los registros del Nuevo Testamento.

Desarrollos tempranos

Después del tiempo de los apóstoles, luego de que el Nuevo Testamento había sido completado, los cristianos en diversos lugares y por varias razones han encontrado muy útil el uso de resúmenes cortos acerca de lo que la Biblia enseña sobre Dios y su salvación. Con el fin de dar una respuesta a aquellos que indagaban sobre la fe cristiana, de instruir a aquellos que querían ser bautizados y de corregir falsas enseñanzas, iglesias cristianas en diversas localidades agregaron tantas palabras y frases como fuera necesario. El uso de tres artículos

en cada uno de los credos se desarrolló naturalmente de la fórmula bautismal: “Bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). Antes de ser bautizados, se le preguntaba a los convertidos: “¿Cree en Dios el Padre?” “¿Cree en Dios el Hijo?” “¿Cree en Dios el Espíritu Santo?” Los candidatos para bautizarse simplemente contestaban: “Sí”, pero luego, también declaraban brevemente lo que creían sobre cada persona.

La “regla de la fe”

La redacción exacta de estas breves confesiones variaba de un lugar a otro. Sin embargo, había un acuerdo en la enseñanza. En el siglo segundo, los cristianos hablaron de la “regla de la fe”, o el “canon (estándar, norma) de verdad”. Ellos no se referían a una clase de credo que todos usaban. Se estaban refiriendo al contenido de sus diferentes declaraciones locales de fe, las cuales estaban esencialmente de acuerdo la una con la otra. En la iglesia oriental, usualmente comenzaron con: “Creemos”, como una confesión unida de la iglesia en ese lugar. En la iglesia occidental, con mayor frecuencia iniciaban con: “Creo”, como la confesión personal del individuo, especialmente durante el bautismo. Es de esas confesiones que proviene la palabra credo (que en latín significa: “Yo creo”). Estos primeros credos, como los credos a lo largo de la historia de la iglesia, fueron usados para instruir a aquellos que deseaban ser bautizados.

Con el paso del tiempo y al surgir el gnosticismo, el monarquismo y otros errores que amenazaron a la iglesia desde su interior, los credos se hicieron más detallados. Ellos especificaban exactamente lo que era entendido por Dios el Padre, quién realmente es Jesucristo y lo que hizo, y lo que es la iglesia.

Uno de los credos locales fue el Antiguo Símbolo Romano, fechado no más tarde del año 200, quizá ya en uso alrededor

del año 150. La palabra símbolo viene de la palabra griega usada en las legiones romanas que significa “contraseña” o “palabra clave”. Así como los soldados romanos se reconocían los unos a los otros por su *symbolum*, así los cristianos se reconocen uno al otro por sus símbolos (los credos y las confesiones).

La siguiente forma del Antiguo Símbolo Romano no parecerá completamente nueva o extraña para la mayoría de los lectores:

Creo en Dios Padre todopoderoso;
 Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor;
 Que fue concebido por el Espíritu Santo y la virgen María,
 Quien bajo Poncio Pilato fue crucificado y sepultado,
 Al tercer día resucitó de entre los muertos,
 ascendió al cielo,
 y está sentado a la diestra del Padre,
 de allí ha de venir a juzgar a los vivos
 y a los muertos;
 y en el Espíritu Santo,
 la santa iglesia,
 la remisión de los pecados,
 y la resurrección de la carne.³⁵

El Antiguo Símbolo Romano, era evidentemente el precursor del Credo Apostólico. No es conocido exactamente cuando el Credo Apostólico fue completado en la forma en que lo conocemos. Dado que es más breve que los credos posteriores, que tiene menos expresiones abstractas, y que resume la enseñanza de la persona y obra de Cristo en lenguaje concreto y bíblico, Martín Lutero lo llamó el credo de los niños.

Creo en Dios Padre todopoderoso,
 Creador del cielo y de la tierra.
 Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,
 que fue concebido por obra del Espíritu Santo;

nació de la virgen María;
 padeció bajo el poder de Poncio Pilato;
 fue crucificado, muerto y sepultado;
 descendió a los infiernos;
 al tercer día resucitó de entre los muertos;
 subió a los cielos
 y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso;
 y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

Creo en el Espíritu Santo;
 la santa iglesia cristiana;
 la comunión de los santos;
 la remisión de los pecados;
 la resurrección de la carne;
 y la vida perdurable. Amén.³⁶

Así como otros credos ecuménicos, este credo es tripartito, confesando la fe en cada persona de la Trinidad en artículos separados. No trata a las personas como “modos” o manifestaciones impersonales. Observe que las ideas gnósticas sobre de dónde vino el mundo, son tratadas con la confesión bíblica que el todopoderoso Dios lo creó. “El Padre todopoderoso” declara que Dios todavía está activamente involucrado en el gobierno de su creación.

Observe que Jesucristo es reconocido como verdaderamente divino, aunque el credo enfatiza su verdadera humanidad al resumir su carrera terrenal. Es nombrada su madre virgen, y su lugar en el tiempo histórico es documentado por la mención del gobernador quien ordenó su ejecución.

Si los doce apóstoles hubieran escrito el Credo Apostólico, como dice la leyenda que ellos lo hicieron, no hubiera existido necesidad del Antiguo Símbolo Romano, el cuál llegó en el siglo después del ministerio de los apóstoles. El Credo Apostólico realmente es un desarrollo posterior del Antiguo Símbolo Romano. Otra razón por la que sabemos que el Credo Apostólico no fue compuesto realmente por los apóstoles es

porque la iglesia oriental nunca lo usó de la manera en la cual nosotros la conocemos. Las iglesias del oriente (griega, siria, egipcia, caldea, etc.) produjeron sus propias confesiones, similar en contenido y forma al credo del occidente, pero no exactamente con la misma redacción. Ya para el año 200, esos credos y el Antiguo Símbolo Romano fueron desarrollados en una forma bastante completa. Por supuesto, las palabras y frases en ellos pueden ser remontadas a la literatura cristiana más temprana, al mismo Nuevo Testamento.

Por esa misma razón, el Credo Apostólico es apostólico en el sentido que enseña lo que los apóstoles enseñaron. Es apostólico porque está de acuerdo con lo que escribieron los apóstoles por inspiración del Espíritu Santo.

El Credo Niceno

Vimos anteriormente cómo el Concilio de Nicea (325) respondió a la pregunta: “¿Es Jesucristo Dios?” La respuesta fue: “Sí, él es de la misma substancia con (del mismo ser como) el Padre. Lo que sea cierto del Padre, es cierto del Hijo, de acuerdo a su naturaleza divina. Sin embargo, el Hijo no es el Padre.” La discusión siguió por 56 años más, hasta el Concilio de Constantinopla (381). El credo adoptado en Constantinopla, basado en el Credo de Jerusalén, llegó a ser llamado el Credo Niceno, ya que expresaba fielmente lo que la iglesia confesaba en Nicea en el 325. Los historiadores también lo conocen como Credo Niceno-Constantinopolitano o el Símbolo Constantinopolitano.

En el año 451, el Concilio de Calcedonia adoptó formalmente lo que nosotros llamamos el Credo Niceno para el uso en todas las iglesias, y pronto se convirtió en parte de la liturgia. Podemos decir que este credo es más “ecuménico” que el Credo Apostólico y el Credo Atanasiano, en el sentido que la iglesia ortodoxa oriental nunca ha usado los otros dos credos en sus liturgias, aunque sí acepta su contenido.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra
y de todo
lo visible e invisible.

Y creo en un solo Señor Jesucristo, Hijo unigénito
de Dios,
engendrado del Padre antes de todos los siglos,
Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios
de verdadero Dios,
engendrado y no hecho,
consustancial al Padre,
y por quien todas las cosas fueron hechas;
el cual, por amor de nosotros y por nuestra salvación,
descendió del cielo y,
encarnado en la virgen María por el Espíritu Santo,
fue hecho hombre;
y fue crucificado también por nosotros bajo el poder de
Poncio Pilato.

Padeció y fue sepultado,
y resucitó al tercer día según
las Escrituras;
y ascendió a los cielos,
y está sentado a la diestra del Padre
y vendrá otra vez en gloria a juzgar a los vivos y a
los muertos,
y su reino no tendrá fin.

Y creo en el Espíritu Santo,
Señor y Dador de vida,
que procede del Padre y del Hijo,
que con el Padre y el Hijo juntamente es
adorado y glorificado,
que habló por medio de los profetas.

Y creo en una santa iglesia cristiana y apostólica.
Confieso que hay un solo bautismo para la remisión de los
pecados;
y espero la resurrección de los muertos
y la vida del mundo venidero. Amén.³⁷

Observe que, como el Credo Apostólico, el Credo Niceno habla de lo que Dios ha hecho en la historia y de lo que está haciendo en el tiempo por nuestra salvación. Sin embargo, observe que también habla sobre quién es Dios eternamente. Dice que “un solo Señor Jesucristo” es el único Salvador de este mundo. “Consustancial al Padre” expresa la homoousios por la que Atanasio tan heroicamente luchó.

El concepto difícil, engendrado, tal como se aplica al Hijo, quien es eterno, se pone de manifiesto con la expresión “no hecho”. Como el eternamente “engendrado del Padre”, él es “Dios, . . . Luz, . . . verdadero Dios”. Y sin embargo, “fue hecho hombre”. El misterio de cómo Dios y hombre están reunidos en una sola persona es tan profundo como el misterio de la Trinidad. Si la encarnación, es decir, la unión de lo divino y lo humano en Cristo, no se hubiera ocurrido, nosotros no habríamos sabido de la Trinidad ni habríamos estado interesados en ella. Pero sí ocurrió, y creemos que todo lo que hizo Jesús fue “por amor de nosotros y por nuestra salvación”.

Recuerde que el tercer artículo en el Credo Niceno (325) decía simplemente: “y en el Espíritu Santo”. En parte, debido a los ataques contra la personalidad del Espíritu Santo, y especialmente contra su deidad, ese tercer artículo muy breve fue ampliado en el Concilio de Constantinopla (381). El Credo Niceno actual reconoce la obra creativa de Espíritu Santo con las palabras “Señor y Dador de vida”. También relaciona al Espíritu con el Padre y con el Hijo, confesando que el Espíritu procede de los dos. Dado que él es Dios, y por causa de su obra por nosotros, el “es adorado y glorificado”. El tercer artículo también nota su obra en particular, que él “habló por medio de los profetas”, también prediciendo que Cristo resucitaría al tercer día, “según las Escrituras”.

El Credo Atanasiano

Así como los otros dos credos ecuménicos, esta confesión de fe también tiene un nombre un poco engañoso. El Credo Apostólico confiesa las enseñanzas de los apóstoles, aunque ellos no lo escribieron. El Credo Niceno confiesa la enseñanza del Concilio de Nicea, pero fue realmente adoptado en el Concilio de Constantinopla. El Credo Atanasiano confiesa las enseñanzas de Atanasio, y aun en más detalle, pero él no lo escribió.

El idioma de trabajo de Atanasio fue el griego, pero el credo llamado por él fue escrito en latín. Ni él, ni aquellos que escribieron en elogio a él después de su muerte, hicieron ninguna mención a este documento. Atanasio fue un teólogo del oriente, pero el credo escrito en latín ni siquiera fue conocido en la iglesia griega ortodoxa hasta aproximadamente el año 1200. Algunos de los pensamientos y expresiones en el credo respecto a la relación de lo divino con lo humano en Cristo, no habían sido formulados para el tiempo que Atanasio murió (373). Muchos de los pensamientos y expresiones se parecen bastante al Credo de Calcedonia (451). El Credo Atanasiano también incluye un resumen claro de lo que fue confesado en Nicea (325) y Constantinopla (381). Debido a que comienza con la palabra en latín quicumque (“quienquiera”), también es conocido como el Símbolo Quicumque, es decir, la Confesión de Quienquiera.

Entonces, ¿quién escribió este credo? Nadie sabe con seguridad. Algunos dicen que fue un monje muy estudiado del sur de Galia (Francia moderna). Otros dicen que un monje muy estudiado del sur de España. La fecha también es incierta, pero debe haber sido después del año 451 (fecha del Concilio de Calcedonia) y probablemente antes del año 600. Dado que fue compuesto muy artísticamente y es tan rítmico, su intención probablemente fue que fuera cantado. De hecho,

fue cantado diariamente en el servicio litúrgico monástico llamado Prima desde antes del año 800:

Todo el que (Quicumque) quiere ser salvo, antes que todo es necesario que tenga la verdadera fe cristiana.

Y si alguno no la guardare íntegra e inviolada, es indudable que perecerá eternamente.

Y la verdadera fe cristianan es ésta,
que veneremos a un solo Dios en la Trinidad, y a la Trinidad en la unidad;
no confundiendo las personas, ni dividiendo la substancia.

Una es la persona del Padre, otra la del Hijo,
otra la del Espíritu Santo.

Pero una sola es la divinidad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;

Igual es la gloria, y coeterna la majestad.

Cual el Padre, tal el Hijo, tal
el Espíritu Santo.

Increado el Padre, increado el Hijo,
increado el Espíritu Santo.

El Padre es Inmenso, el Hijo es inmenso,
el Espíritu Santo es inmenso.

El Padre es eterno, el Hijo es eterno, el Espíritu Santo es eterno.

Sin embargo, no son tres eternos, sino un eterno.

Como tampoco son tres increados, ni tres inmensos,
sino un increado y un inmenso.

Igualmente, el Padre es todopoderoso, el Hijo es todopoderoso, el
Espíritu Santo es todopoderoso.

Sin embargo, no son tres todopoderosos, sino un
todopoderoso.

Así que el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es
Dios.

Sin embargo, no son tres dioses, sino un solo Dios.

Asimismo, el Padre es Señor, el Hijo es Señor, el Espíritu Santo es Señor.

Sin embargo, no son tres señores, sino un solo Señor.

Porque, así como somos compelidos por la verdad cristiana a
 confesar
 a cada una de las tres personas, por sí misma, Dios y
 Señor:
 Así nos prohíbe la religión cristiana decir que son tres
 dioses y tres señores.

El Padre no fue hecho por nadie, ni creado,
 ni engendrado.

El Hijo es del Padre solamente; ni hecho, ni creado, sino
 engendrado.

El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo;
 ni hecho, ni creado, ni engendrado, sino procedente.
 Así que es un Padre, no tres padres; un Hijo, no tres hijos;
 un Espíritu Santo, no tres espíritus santos.

Y en esta Trinidad ninguno es primero o postrero; ninguno mayor
 o menor;
 sino que todas las tres personas son coeternas juntamente y
 coiguales;

así que en todas las cosas, como queda dicho, debe ser venerada
 la Trinidad en la unidad,
 y la unidad en la Trinidad.

Quien, pues, quiere ser salvo,
 debe pensar así de la Trinidad.

Además, es necesario para la salvación que se crea también
 fielmente
 la encarnación de nuestro Señor Jesucristo.

Esta es, pues, la fe verdadera,
 que creamos y confesemos que nuestro Señor Jesucristo, el
 Hijo de Dios,
 es Dios y hombre;

Dios de la substancia del Padre, engendrado antes de los siglos; y
 hombre de la
 substancia de su madre, nacido en el tiempo;
 perfecto Dios y perfecto hombre, subsistiendo de alma
 racional y de carne humana;

Igual al Padre según la divinidad, menor que el Padre según
 la humanidad;

Quien, aunque es Dios y hombre, sin embargo no son dos, sino
 un solo Cristo;
 Uno, empero, no por la conversión de la divinidad en carne,
 sino por
 la ascensión de la humanidad en Dios;
 Absolutamente uno, no por la confusión de la substancia, sino por
 la unidad de la persona.
 Porque como el alma racional y la carne es un hombre,
 así Dios y el hombre es un Cristo;
 Quien padeció por nuestra salvación; descendió al infierno, al
 tercer día resucitó de los muertos;
 Subió al cielo; está sentado a la diestra de Dios Padre
 todopoderoso;
 De donde ha de venir para juzgar a los vivos y a los
 muertos;
 En cuya venida todos los hombres han de resucitar con sus
 cuerpos;
 y han de dar cuenta de sus propias obras.
 Los que hicieron bien, irán a la vida eternal;
 pero los que hicieron mal, al fuego eterno.
 Esta es la verdadera fe cristiana;
 Que si alguno no la creyere firme y fielmente, no podrá ser
 salvo.³⁸

Observe que este credo se divide en dos grandes partes. La primera se refiere a la Trinidad y la unidad de Dios. La segunda describe la persona y naturalezas de Cristo. El credo habla y confiesa estas dos doctrinas de una manera más completa y precisa de la que lo hacen los otros dos credos ecuménicos.

En parte debido a qué tan largo es, el credo no se usa en la adoración pública de manera regular. En algunas iglesias no se usa para nada. En algunas, es usado cada año para el domingo de Trinidad. Al margen de cualquier preocupación doctrinal o reservas que puedan tener, los críticos han tenido inconveniente con las dos primeras y las dos últimas frases del credo. Veamos si la crítica es justificada.

“Todo el que quiere ser salvo, antes que todo es necesario que tenga la verdadera fe cristiana. Y si alguno no la guardare íntegra e inviolada, es indudable que perecerá eternamente.” Los críticos dicen que en estas frases, la fe como confianza en el Salvador, se ha confundido con una exposición o expresión particular de la fe. Nosotros respondemos que no puede haber fe salvadora, es decir, la confianza en Dios y su salvación, sin el objeto de la fe. La fe debe basarse en algo, o mejor dicho, en alguien. Y ese alguien y su obra salvadora son detalladamente descritos en este credo. Así como los otros dos credos ecuménicos, y de una manera más profunda de lo que ellos lo hacen, este credo resume el evangelio sin el cual no puede haber fe verdadera. El conocimiento del Dios trino, la divinidad de Cristo y su obra de la redención son fundamentales para la fe.

“Esta es la verdadera fe cristiana. Que si alguno no la creyere firme y fielmente, no podrá ser salvo.” ¿No significa eso que es necesario para ser salvo conformarse con un grupo de palabras? ¿Qué pasa con las personas que no conocen este credo o que carecen de un claro entendimiento de éste? Wayne Schulz ha contestado muy bien las objeciones: “Por supuesto, para la salvación no es necesario conocer el Credo Atanasiano o estar familiarizado con su teología. Por otro lado, cualquiera que esté totalmente informado de su testimonio, y aun así denigra o niega lo que enseña sobre el Dios y Salvador cristiano, ha sufrido el naufragio de la fe cristiana.”³⁹

La nuestra es una época en la que mucha gente piensa que todas las religiones conducen al mismo Dios. Cabe destacar que, de acuerdo con la Biblia, es necesario creer en el Dios trino para ser salvo. Si alguien no cree en Cristo ni lo adora junto con el Padre, entonces no está adorando al Dios verdadero. La Palabra de Dios dice: “Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo tiene también al Padre” (1 Juan 2:23). “Cualquiera que se extravía

y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ese sí tiene al Padre y al Hijo” (2 Juan 9).

Los Catecismos de Martín Lutero

Los luteranos incluyen los Catecismos Menor y Mayor entre sus escritos confesionales. En su Catecismo Menor, Lutero explicó brevemente el Credo Apostólico, artículo por artículo. Para cualquier lector que puede no estar familiarizado con ese escrito, lo citamos aquí.⁴⁰

ARTÍCULO PRIMERO

(La Creación)

Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

¿Qué quiere decir esto?

Creo que Dios me ha creado y también a todas las criaturas; que me ha dado cuerpo y alma, ojos, oídos y todos los miembros, la razón y todos los sentidos y aún los sostiene, y además vestido y calzado, comida y bebida, casa y hogar, esposa e hijos, campos, ganado y todos los bienes; que me provee abundantemente y a diario de todo lo que necesito para sustentar este cuerpo y vida, me protege contra todo peligro y me guarda y preserva de todo mal; y todo esto por pura bondad y misericordia paternal y divina, sin que yo en manera alguna lo merezca ni sea digno de ello. Por todo esto debo darle gracias, ensalzarlo, servirle y obedecerle.

Esto es con toda certeza la verdad.

ARTÍCULO SEGUNDO

(La Redención)

Y en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, que fue concebido por obra del Espíritu Santo, nació de la virgen María, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos, y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso, desde donde vendrá para juzgar a los vivos y a los muertos.

¿Qué quiere decir esto?

Creo que Jesucristo, verdadero Dios engendrado del Padre en la eternidad, y también verdadero hombre nacido de la Virgen María, es mi Señor, que me ha redimido a mí, hombre perdido y condenado, y me ha rescatado y conquistado de todos los pecados, de la muerte y de la potestad del diablo, no con oro o plata, sino con su santa y preciosa sangre y con su inocente pasión y muerte; y todo esto lo hizo para que yo fuese suyo y viviese bajo él en su reino, y le sirviese en justicia, inocencia y bienaventuranza eternas, así como él resucitó de la muerte y vive y reina eternamente.

Esto es con toda certeza la verdad.

ARTÍCULO TERCERO

(La Santificación)

Creo en el Espíritu Santo, una santa iglesia cristiana, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida perdurable. Amén.

¿Qué quiere decir esto?

Creo que ni por mi propia razón, ni por mis propias fuerzas soy capaz de creer en Jesucristo, mi Señor, o venir a él; sino que el Espíritu Santo me ha llamado mediante el evangelio,

me ha iluminado con sus dones, y me ha santificado y conservado en la verdadera fe, del mismo modo como él llama, congrega, ilumina y santifica a toda la cristiandad en la tierra, y la conserva unida a Jesucristo en la verdadera y única fe; en esta cristiandad él me perdona todos los pecados a mí y a todos los creyentes, diaria y abundantemente, y en el postrer día me resucitará a mí y a todos los muertos y me dará en Cristo, juntamente con todos los creyentes, la vida eterna.

Esto es con toda certeza la verdad.

Lutero preparó su Catecismo Mayor como una ayuda para aquellos que enseñarían el catecismo en las iglesias y colegios. Éste confiesa las mismas verdades como las que se encuentran en el Catecismo Menor, incluyendo el trato de la Trinidad en el Credo Apostólico, pero los expone con mayor extensión y detalle.

Las confesiones luteranas

Las confesiones luteranas, incluyendo los catecismos de Martín Lutero, son los escritos que muestran las enseñanzas básicas de la iglesia evangélica luterana. Ellas son la norma doctrinal, ya que son presentaciones fieles de lo que es enseñado en las Sagradas Escrituras. Éstas, por su puesto, son la norma absoluta de enseñanza.

Los príncipes luteranos de Alemania, con ayuda de sus teólogos, presentaron una confesión de fe al emperador Carlos V en la Dieta de Augsburgo, el 25 de junio de 1530. Su Confesión de Augsburgo comenzó con la confesión del Dios trino. Ellos querían dejar en claro que estaban de acuerdo con toda la iglesia cristiana sobre la tierra acerca de esta fe trinitaria. Así mismo, querían demostrar que no eran “bandidos”, ya que la ley del Santo Imperio Romano hizo que el cristianismo trinitario fuera la única religión legal de Alemania.

El Artículo I de la Confesión de Augsburgo dice, en una traducción del texto alemán:

En primer lugar, se enseña y se sostiene unánimemente, de acuerdo con el decreto del Concilio de Nicea, que hay una sola esencia divina, la que se llama Dios y verdaderamente es Dios. Sin embargo, hay tres personas en la misma esencia divina, igualmente poderosas y eternas: Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo. Todas las tres son una esencia divina, eterna, sin división, sin fin, de inmenso poder, sabiduría y bondad, un Creador y Conservador de todas las cosas visibles e invisibles. Con la palabra “persona” no se entiende una parte ni una cualidad en otro, sino lo que subsiste por sí mismo, tal como los padres han empleado la palabra en esta materia.⁴¹

Debido a que no hubo desacuerdo con la iglesia católica romana sobre la doctrina de la Trinidad, la Apología (defensa y explicación) de la Confesión de Augsburgo no se explica en más detalle el Artículo I de la Confesión de Augsburgo. A finales de 1536 y principios de 1537, el mismo Martín Lutero preparó una confesión de fe llamada los Artículos de Esmalcalda. Esta confesión también comienza con una afirmación de la fe trinitaria de los luteranos. Mientras que el Artículo I de la Confesión de Augsburgo enfatiza quién es Dios, los Artículos de Esmalcalda hacen un recuento de lo que Dios ha hecho. Como se señaló anteriormente, la Fórmula de Concordia (1577) también afirmó la Trinidad y rechazó los errores de algunos anti-trinitarios.

Mucho más puede decirse acerca de las enseñanzas de la Biblia sobre la Santísima Trinidad. La esperanza del autor es que lo que se ha incluido en este libro sea útil, y especialmente que este estudio de la Trinidad hará que los lectores estén más seguros de la salvación en Cristo y más agradecidos con el Dios de nuestra salvación. No con las mismas palabras, pero con un solo corazón y una sola mente, toda la iglesia cristiana en la tierra ora, y nos unimos a su oración:

Dios y Padre todopoderoso, morada de majestad y misterio, que llenas y renuevas toda la creación por tu eterno Espíritu, y manifiestas tu gracia salvadora a través de nuestro Señor Jesucristo: con misericordia limpia nuestro corazón y labios para que, libres de toda duda y temor, siempre podamos adorarte a ti, único y verdadero Dios inmortal, con tu Hijo y Espíritu Santo, que vive y reina ahora y por siempre.⁴²

Notas finales

- ¹Friedrich Schleiermacher, *The Christian Faith*, traducido al inglés y editado por H. R. Mackintosh y J. S. Stewart, Vol. 2 (New York: Harper & Row, 1963), p. 535. (Traducción libre del inglés.)
- ²Lyle L. Luchterhand, *Man: From Glory to Ashes and Back*, The People's Bible Teachings (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1998), pp. 30,31. (Traducción libre del inglés.)
- ³Martin Luther, *Luther's Works*, editado por Jaroslav Pelikan y Helmut T. Lehmann, American Edition, Vol. 23 (St. Louis: Concordia Publishing House; Philadelphia: Fortress Press, 1955–1986), p. 28. (Traducción libre del inglés.)
- ⁴El Credo de Atanasio, El Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana, Editor: Dr. Andrés A. Meléndez (St. Louis: Editorial Concordia, 1989), p. 19.
- ⁵*Luther's Works*, Vol. 41, pp. 103,104. (Traducción libre del inglés.)
- ⁶El Credo de Atanasio, Meléndez, p. 20.
- ⁷El Credo Niceno, Meléndez, p. 19.
- ⁸*Culto Cristiano*, (New York: Publicaciones “El Escudo”, 1964) p. 51.
- ⁹*La Formula de Concordia*, Declaración Sólida, Artículo XI: 66, Meléndez, p. 683.
- ¹⁰Athenagoras, *Embassy for the Christians*, in *Ancient Christian Writers*, Vol. 23 (Westminster, Maryland: Newman Press, 1956), p. 41. (Traducción libre del inglés.)

- 11 Origen, *On First Principles* 1.2.2, en Harper Torchbooks, The Cathedral Library (New York: Harper & Row, 1966), p. 16. (Traducción libre del inglés.)
- 12 Origen, *On First Principles* 2.4.2, en The Ante-Nicene Fathers, editado por Alexander Roberts y James Donaldson, Vol. 4 (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, segunda edición 1989), p. 282. (Traducción libre del inglés.)
- 13 La Confesión de Augsburgo, Artículo I:2, Meléndez, p. 27.
- 14 La Confesión de Augsburgo, Artículo I:4, Meléndez, p. 27.
- 15 Saint Hilary of Poitiers, *The Trinity*, traducido al inglés por Stephen McKenna (New York: Fathers of the Church, Inc., 1954), pp. 127,261,403. (Traducción libre del inglés.)
- 16 Saint Augustine, *The Trinity*, traducido al inglés por Stephen McKenna (Washington, D.C.: The Catholic University of America Press, 1963), pp. 187,188. (Traducción libre del inglés.)
- 17 *The Meaning of the Glorious Koran: An Explanatory Translation*, introducción y notas por Muhammad Marmaduke Pickthall (Boston: Allen and Unwin, 1976), Parte X, Surah ix, 30, p. 30. (Traducción libre del inglés.)
- 18 *The Glorious Koran*, Parte VI, Surah iv, 171, p. 131. (Traducción libre del inglés.)
- 19 Tertullian, *Against Praxeas*, 3, en The Ante-Nicene Fathers, Vol. 3, pp. 598,599. (Traducción libre del inglés.)
- 20 R. C. H. Lenski, *The Interpretation of St. Matthew's Gospel* (Columbus, Ohio: Wartburg Press, 1943), p. 1177. (Traducción libre del inglés.)
- 21 Eusebius, *The History of the Church from Christ to Constantine*, traducido al inglés por G. A. Williamson (Minneapolis: Augsburg Publishing House, 1975), p. 317. (Traducción libre del inglés.)
- 22 Formula de Concordia, Artículo XII:4, Meléndez, p. 536.
- 23 Athanasius, *Against the Arians, Discourse 1.2.5*, in A Select Library of Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church, Second Series, editado por Philip Schaff y Henry Wace (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1971), p. 308. (Traducción libre del inglés.)

- ²⁴Origen, *On First Principles* 1.2.2, in *The Ante-Nicene Fathers*, p. 246. (Traducción libre del inglés.)
- ²⁵Athanasius, *Contra Gentes, and De Incarnatione* (Against the Gentiles and Concerning the Incarnation), editado y traducido al inglés por Robert W. Thomson (Oxford: Clarendon Press, 1971), p. 269. (Traducción libre del inglés.)
- ²⁶Socrates Scholasticus, *History of the Church* 1.8, en *A Source Book for Ancient Church History from the Apostolic Age to the Close of the Conciliar Period*, Joseph Cullen Ayer, Jr., (New York: Charles Scribner's Sons, 1952), p. 305. (Traducción libre del inglés.)
- ²⁷Heather and Gary Botting, *The Orwellian World of Jehovah's Witnesses* (Toronto: University of Toronto Press, 1984), p. 189. (Traducción libre del inglés.)
- ²⁸J. F. Rutherford, *The Harp of God* (Brooklyn, New York: Watch Tower Bible and Tract Society, Inc., 1921), p. 15. (Traducción libre del inglés.)
- ²⁹Schleiermacher, *The Christian Faith*, Vol. 2, p. 535. (Traducción libre del inglés.)
- ³⁰Gregory of Nazianzus, *Epistle 101*, en *A Select Library of Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church*, Second Series, Vol. 7, p. 440. (Traducción libre del inglés.)
- ³¹Quoted in *Selections from Answers to Gospel Questions Taken from the Writings of Joseph Fielding Smith, Tenth President of the Church: A Course of Study for the Melchizedek Priesthood Quorums of the Church of Jesus Christ of Latter Day Saints 1972–73*, (Utah: Deseret News Press, 1972), p. 11. (Traducción libre del inglés.)
- ³²*Selections from Answers to Gospel Questions*, p. 13. (Traducción libre del inglés.)
- ³³Ed Decker and Dave Hunt, *The God Makers* (Eugene, Oregon: Harvest House Publishers, ca. 1984), p. 31. (Traducción libre del inglés.)
- ³⁴John D. Schuetze, *Angels and Demons: Have Wings—Will Travel*, *The People's Bible Teachings* (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1997), pp. 81-83. (Traducción libre del inglés.)

- ³⁵J. N. D. Kelly, *Early Christian Creeds* (New York: David McKay Company, Inc., 1972), p. 102. (Traducción libre del inglés.)
- ³⁶El Credo Apostólico, Meléndez, p. 18.
- ³⁷El Credo Niceno, Meléndez, pp. 18, 19.
- ³⁸El Credo de Atanasio, Meléndez, pp. 19, 20, 21.
- ³⁹*Christian Worship: Manual*, editado por Gary Baumler y Kermit Moldenhauer (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1993), p. 222. (Traducción libre del inglés.)
- ⁴⁰*El Catecismo Menor*, Meléndez, pp. 359, 360.
- ⁴¹La Confesión de Augsburgo, Artículo I:1-4, Meléndez, p. 27.
- ⁴²Prayer of the Day for Trinity Sunday, *Christian Worship: Manual*, p. 422. (Traducción libre del inglés.)

Para lectura adicional

Caemmerer, R. R. "The Nature and Attributes of God." *The Abiding Word*. Vol. 2. St. Louis: Concordia Publishing House, 1947.

Essays in *Our Great Heritage*. 3 vols. Edited by Lyle W. Lange. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1991:

Meyer, John P. "The Holy Trinity." Vol. 1.

Meyer, John P. "Ancient Errors about God." Vol. 1.

"Modern Errors about God." Vol. 1.

Winterstein, Herbert. "Unitarian Universalists."

Kuehl, D. H. "Mormons."

Beckmann, Walter. "Christian Science."

Bergholz, H. W. "Unity."

Schulz, Reuel. "Jehovah's Witnesses."

Reim, Edmund. "Ancient Heresies in Modern Garb—Errors Which Affect the Deity of Christ." Vol. 2.

Pieper, Francis. *Christian Dogmatics*. Vol. 1. St. Louis: Concordia Publishing House, 1950.

Índice de textos bíblicos

Génesis

1:1—12
1:2—51
1:26,27—68
1:28—15
3:22—69
11:7—69
17:1—26
17:5—29

Éxodo

3:14—22,23
33:18-23—19
34:5-7—23

Levítico

19:2—27

Números

6:24-27—69

Deuteronomio

6:4—68
6:4,5—77
32:4—27
33:27—25

2 Samuel

7:14—72,73

1 Reyes

8:39—26

Job

33:4—51,82

Salmos

2:7—72,73
14:1—17
19:1—12
45:6,7—74

97:7—73
 102:25-27—74
 104:4—74
 104:30—51,82
 110:1—75
 139:7,8—51
 145:9—27

Eclesiastés

1:9—87

Isaías

6:1-4—70
 6:3—69
 6:8—69
 6:9—50
 6:10—69,70
 9:6—33
 11:1,2—70,71
 11:2—49
 42:1—71
 42:9—25
 43:10—78
 45:5—78
 48:16—71
 61:1—51,71
 63:10—48

Jeremías

23:24—26

Joel

2:32—24

Malaquías

2:10—34
 3:6—23

Mateo

1:18—48,83
 3:16—49
 3:16,17—67
 4:1—51
 4:2—35
 5:45—27
 8:24—35
 8:26—38
 8:27—41
 9:18-26—39
 10:20—52,54,84
 11:27—19,67
 12:32—48
 14:33—42
 16:16—42
 16:17—67,68
 22:41-45—75
 26:28—35
 28:19—49,66,95,106,119

Marcos

5:7—42
 5:11-13—38
 5:22-43—39
 12:29—77,78
 12:35-37—75
 15:24,37,46—36

Lucas

1:35—41,44,66
 2:11—41
 2:12—35
 2:40—35
 4:18—82
 4:21—51
 5:17-26—38
 5:21,22—39

5:23-25—39
 7:11-16—39
 8:41-56—39
 20:41-44—75
 24:39—89

Juan

1:1-14—61
 1:1,2,14—44
 1:3—37,81
 1:14—19,92
 1:18—19
 1:49—42
 3:16—83,101
 5:17,18—72
 5:17,21—81
 5:22—41
 5:23—32,42
 5:39,46—20
 6:68,69—42
 10:9—58
 10:30—32
 11:35—35
 11:38-44—39
 12:40—69,70
 12:41—70
 14:6—58
 14:8,9—45
 14:16—83
 14:26—67
 14:28—97
 14:31—97
 15:26—55,62,67
 15:26,27—52
 17:3,6,8—22
 17:6—62
 17:17—83
 19:28—35

20:17—33
 20:28—42
 20:31—20

Hechos

2:14-40—52
 4:8-12—52
 5:3,4—49,50
 13:2,4—53
 13:32,33—72,73
 14:17—13
 16:7—54
 17:23—16
 17:26—15
 14:27—16
 20:28—37,53
 28:25,26—50
 28:25-27—70

Romanos

1:3—35,44
 1:4—39
 1:18—16,18
 1:18-31—14
 1:19,20—12
 1:20—16
 1:32—13,14,18,19
 2:14,15—14
 2:15—15
 2:16—41
 4:11—28
 4:20,21—29
 5:8—27
 5:18,19—98
 8:26—52
 10:9,13—24
 10:13,14—21,22
 10:17—29

1 Corintios

2:10—50
 2:11—11
 3:16—50
 8:4—78
 12:3—29,68
 12:6,11—50
 12:11—52

2 Corintios

8:9—98
 13:14—49,66,69,106

Gálatas

3:26—33
 4:4—35
 4:4,5—83
 4:6—54,84

Efesios

2:8,9—29
 2:18—83
 2:22—52,83
 5:25,26—83
 4:30—48

Filipenses

1:19—54
 2:6-8—97
 2:9-12—43
 3:21—38,39

Colosenses

1:16—38,82
 2:8,9—92
 2:9—43,45
 2:15—40

1 Timoteo

6:16—11
 6:20,21—92

2 Timoteo

3:15-17—20

Tito

3:15—49

Hebreos

1:2,3—82
 1:3—38
 1:5—72
 1:6—73
 1:7-9—73,74
 1:10-12—74
 1:13—75
 2:14—36
 2:14,15—36
 4:15—35
 7:26—35
 9:14—50

Santiago

2:19—27

1 Pedro

1:2—67
 1:3—32,40,41
 3:15—42
 3:18,19—40

1 Juan

2:23—129,130
 4:1-3—88
 4:8—24
 4:9-11—27

2 Juan

9—130

Apocalipsis

5:12,13—43

Índice temático

- Aquisgrán, Sínodo de 53
Abraham 28,29
adopcionismo 96
Alejandría 104,107
 Sínodo de 100
amor (atributo divino) 27
analogías de la Trinidad 79-81
Ananías 49,50
Antigua y Mística Orden de la
 Cruz Roja. Ver
 rosicrucianismo.
Antiguo Símbolo Romano 120-
 122
Antioquía 95
 Sínodo de 61,96
Apolinar de Laodicea 106,107
Apología de la Confesión de
 Augsburgo 133
arrianismo 60,99-103,109-111
Arrio 37,99-103
Artículos de Esmalcalda 133
Asociación Unitaria
 Universalista 110
Atanasio de Alejandría 37,
 49,102-105,107
ateísmo 16,17
Atenágoras 59
atributos de Dios 24-27
 mostrados en Cristo 37-41
 mostrados en el Espíritu
 Santo 50,51
Agustín de Hipona 54,66
Basilio de Cesarea 105
bendición aarónica 69
bendición apostólica 66,69
Bernabé 53
budismo 18

- Capadocia 105
 Carlomagno 53
 Carlos V (emperador) 132
 Cartago 94
 catecismos 130-132
 ciencia cristiana 93
 compasión (atributo divino) 27
 Concilio de Calcedón 122
 Concilio de Constantinopla 106-108,122,124
 Concilio de Nicea 101-103, 122
 Confesión de Augsburgo 61,62, 133
 conciencia 14,15,17,18
 Constantino (emperador) 101-103
 Convención general de iglesias cristianas 110
 Convento de la Fuente 7
 Corán 88,89
 creación 12,13,31,81,82
 y Dios el Espíritu Santo 51,82
 y Dios el Hijo 37,38, 81,82
 Credo Apostólico 34,36,63,64, 117-122,125,130-132
 Credo Atanasiano (de Atanasio) 125-130
 sobre la deidad de la Trinidad 33
 sobre Jesús como hombre y Dios 45
 Credo Constantinopolitano (de Constantinopla). Ver Credo Niceno.
 Credo de Jerusalén 105,107, 122
 Credo de Nicea 103,104
 Credo Niceno 34,47,48,53, 63,64,103,106-108, 122-125
 Credo Niceno-Constantinopolitano. Ver Credo Niceno.
 credos
 desarrollo 117-119
 ecuménicos 63,64
 mal nombrados 125
 cuáqueros 110
 Darwin, Charles 17
 Definición de la Fe de Calcedón 125
 deidad femenina 116
 deísmo 112
 Dieta of Augsburgo 132
 dinamismo 96
 Dios
 atributos 24-27
 nombre 21-24
 revelación en la historia 15
 revelación en Jesucristo 19
 revelación en la naturaleza 12,13
 revelación en la Escritura 19,20
 Dios el Espíritu Santo
 atributos 50,51
 identificado como Dios 49,50
 personalidad 48,49
 procesión 53-56,84
 obra 51-53,81-83
 y la creación 51,82

- Dios el Hijo
 atributos 37-41
 como juez 40,41
 descenso al infierno 40
 divinidad 37,43-45
 honrado como Dios 42,43
 humanidad 34-36,43-45,
 92,93,106,107
 relación con el Padre
 100,101
 resurrección 40,72
 título 41,42
 obra 81,82
 y la creación 37,38,81,82
- Dios el Padre
 como Creador 31,81
 de Jesucristo 32,33,84
 relación con el Hijo 100,101
- Dios trino. Ver Trinidad.
 docetismo 34,35,89
- ebionitas 88
- Eddy, Mary Baker 93
- elkesaitas 88
- Escritura, como fuente
 de revelación 19,20
- escuela de la unidad de
 cristianismo 93
- esencia 77,104.
 Ver también ser; ousia;
 substancia.
- Espíritu Santo. Ver Dios el
 Espíritu Santo.
- eterno (atributo divino) 25,
 43,44,50
- Eunomio 104
- Eusebio de Cesarea 103
- evolución 17
- fe 27-30
 regla de 119
- filioque 53-56
- fleur-de-lis 80
- Focio de Constantinopla 53
- Formula de Concordia 133
 sobre la divinidad de
 Jesucristo 96
 sobre la Trinidad 58
- francmasonería 112
- Gabriel (ángel) 66
- Gaya 116
- Gerhard, Juan 95
- Gloria Patri 66
- gnosticismo 89,91-94,119
- gracia (atributo divino) 39
- gran cisma 53
- Gregorio de Nisa 105
- Gregorio Nancianceno 105,107
- Groothuis, Douglas R. 114
- Herbert de Cherbury 112
- Hijo. Ver Dios el Hijo.
- Hilario de Poitiers (obispo) 65
- homoiousios 103
- homoousios 99,100,102-105,
 108,122,124
- hypostasis 61,103-105,108.
 Ver también persona
 definida 61,62
- iglesia católica romana 54, 133
- iglesias congregacionales
 cristianas 110
- iglesia de Jesucristo de los
 santos de los últimos días
 93, 113

- iglesia evangélica y reformada 110
 iglesia ortodoxa oriental 54, 123
 iglesia pentecostal del nombre de Jesús 32, 33,95
 iglesia unida de Cristo 110
 infierno, el descenso de Cristo al 40
 Isis 116
 islam 17,18,88,89

 Jairo 39
 Jesucristo. Ver también Dios el Hijo.
 judaísmo 17,112,113
 justicia por las obras 17,18

 kyrios 24,41,42

 ley natural 12-14,18
 Lázaro 39
 Leo III (papa) 53
 Logos 60,61,90,107
 Lutero, Martín
 catecismos 130-132
 oraciones matutinas y vespertinas 66
 sobre la fe 28
 sobre la humanidad del Hijo de Dios 36

 Macedonio 105
 Marcelo de Ancira 107
 Marción 89
 Mártir, Justino 96,97
 Miguel (arcángel) 94
 modalismo 95,105,107
 monarquismo 94-96,119
 monogenes 101

 mormonismo 113.
 Ver también la iglesia de Jesucristo de los santos de los últimos días
 Moisés 68,69
 musulmanes. Ver islam.

 Naín 39
 naturaleza. Ver physeis.
 Nicolás I (papa) 53
 nombre de Dios 21-24
 Nueva Era, movimiento de 18,113-115
 Nuevo Mundo (traducción bíblica) 111
 Nueva Versión Internacional 101

 omnipotencia (atributo divino) 26,39
 omnipresencia (atributo divino) 26,51
 omnisciencia (atributo divino) 26, 38,39
 Orígenes de Alejandría 60,61, 97,100,101
 Osio de Córdoba 102
 ousia 103-105,108.
 Ver también ser, esencia, substancia

 Padre. Ver Dios el Padre.
 padres apostólicos 90
 panteísmo 114
 patripasionistas 95
 Pablo de Samosata 96
 Penn, William 110
 perichoresis 80

- persona 60-62.
 Ver también hypostasis.
 personae 95
 physeis 61
 pneuma 48,54
 pneumatómacos 106,107
 politeísmo 113
- resurrección de Cristo 40,72
 revelación de Dios
 en la historia 15
 en Jesucristo 19
 en la naturaleza 12,13
 propósito de 16
 en la Escritura 19,20
 rosicrucianismo 115,116
 ruach 48,54
 Rutherford, Joseph Franklin 106
- Sabelio 95,96,99,104,105
 santo (atributo divino) 27
 Safira 49,50
 Sarah 28
 Saúl 53
 Schleiermacher, Friedrich 8,
 48,106
 Schuetze, John 114
 Schulz, Wayne 129
 Segundo Concilio Ecuménico
 107
 Señor 22-24,41,42
 ser 61,77,104,105
 Ver también esencia; ousia;
 substancia
 Servet, Miguel 109
 símbolo 120
 Símbolo Constantinopolitano.
 Ver Credo Niceno.
- Simón de Cirene 35
 Sínodo
 de Aquisgrán 53
 de Alejandría 100
 de Antioquía 61,96
 de Toledo 53
 Smith, Joseph,
 Jr. 113
 Sociedad de la Biblia y los
 Tratados la Atalaya.
 Ver testigos de Jehová.
 Sociedad Teosófica 93
 Socino, Fausto 109,110
 subordinacionismo 96-98
 substancia 60,61,77,104.
 Ver también ser, esencia,
 ousia
 Swedenborg, Emanuel 95
 Symbolum Quicunque. Ver
 Credo Atanasiano.
- Te Deum Laudamus 55,56
 Teodosio I (emperador) 107
 Teófilo de Antioquía 59
 Tertuliano 60,94
 testigos de Jehová 32,94,95,
 106,111
 Toledo, Sínodo de 53
 Transilvania 110
 trébol 80
 triángulo equilátero 80
 Trinidad
 analogías de 79-81
 en el Nuevo Testamento 66-
 68
 en el Antiguo Testamento
 68-75
 relación entre las personas
 83-85

triteísmo 113

última cena 55

unidad 77-79

 uso del término 59-61,63,64

 obra 81-85

unidad de la Trinidad 77-79

unitarianismo 106,109,110

Valentino II (emperador) 107

von Harnack, Adolf 63

Yahveh 23,24

Enseñanzas de la
BIBLIA
Popular

† LOS ÁNGELES Y LOS DEMONIOS

† EL BAUTISMO

† LA BIBLIA

† CRISTO

† LA LIBERTAD CRISTIANA

† LA ADORACIÓN CRISTIANA

† EL COMPAÑERISMO
ECLESIAÍSTICO

† IGLESIA—MISIÓN—MINISTERIO

† EL GOBIERNO CIVIL

† LA CONVERSIÓN

† LA CREACIÓN

† TIEMPOS FINALES

† LA PROVIDENCIA DE DIOS

† EL CIELO Y EL INFIERNO

† EL ESPÍRITU SANTO

† LA JUSTIFICACIÓN

† LEY Y EVANGELIO

† LA SANTA CENA

† EL HOMBRE

† EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

† LA ORACIÓN

† LA PREDESTINACIÓN

† LA SANTIFICACIÓN

† LA MAYORDOMÍA

† LA TRINIDAD



Multi-Language
Productions

Bringing the Word to the World

www.mlpwels.com